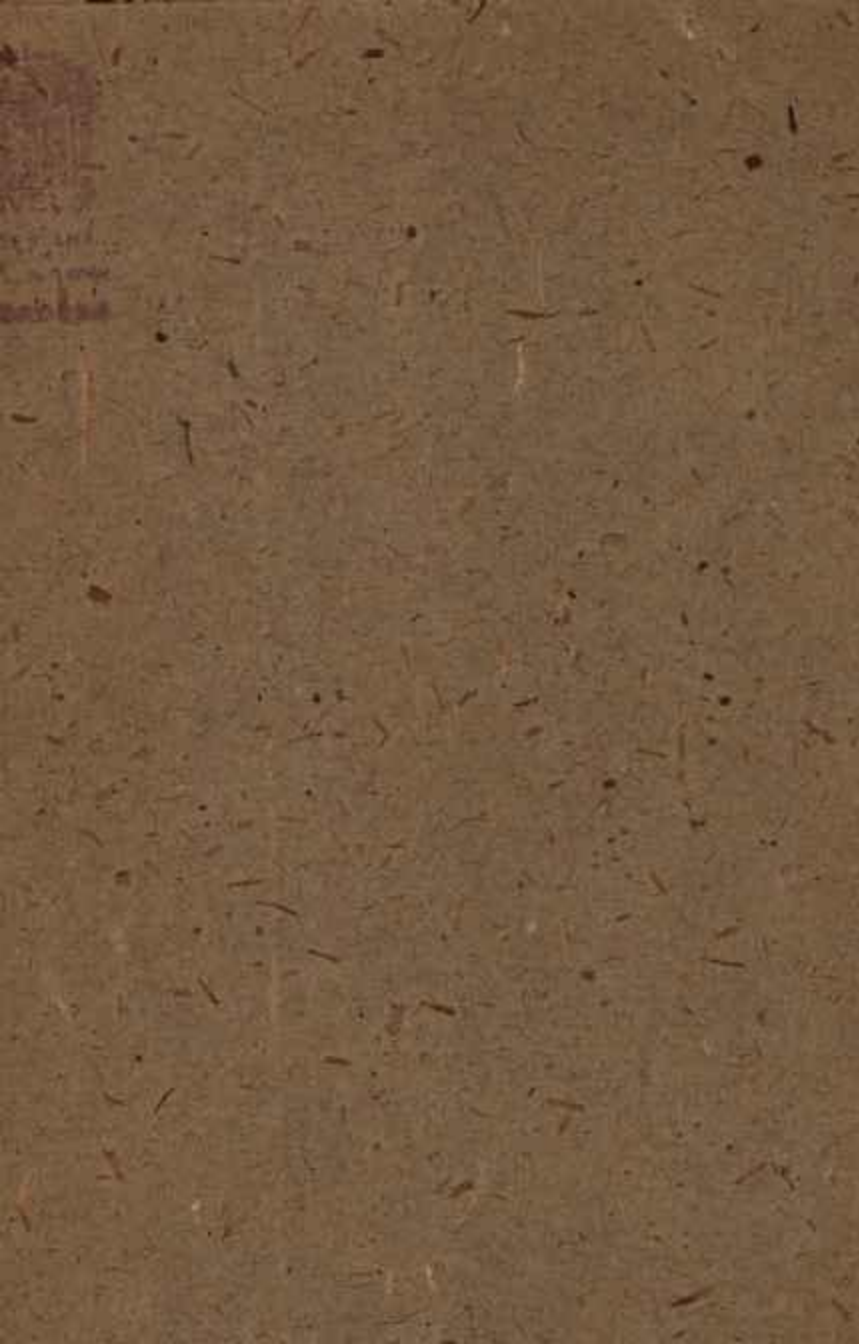








SANTA CASILDA.



Esta obra es propiedad de los editores que perséguirán ante la ley
al que la reimprima.

SANTA

863.53

9

CASILDA.

XIX

1686

NOVELA ORIGINAL

DE DOÑA DOLORES GOMEZ DE CADIZ.



MADRID,
IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
plaza de los Ministerios, 3.

1861.

Reg. n.º 5.386

ANTA

CASTLE.

THE

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

1890

**Al Excmo. é Ilmo. Señor Don Fernando
DE LA PUENTE Y PRIMO DE RIVERA, ARZOBISPO
DE BÚRGOS.**

Tengo la honra de ofrecer á V. E. este libro, de someterle á su grave inteligencia, y de recomendarle á su activa piedad.

Si la alta ilustracion que le hace tan digno del sublime cargo que desempeña, le muestra en esta obra una planta útil para el extenso huerto del Señor, allá va á poder de V. E. para que con sus asiduos afanes, por la frondosidad del hermoso campo que cultiva, la proteja de la tormenta, la salve del olvido, la riegue por su mano, ofrezca sus flores y esparza sus semillas.

Soy su más humilde servidora,

D. G. DE C.

Al Excmo. y Illmo. Sr. Dn. Don Antonio

DE LA REAL Y CATHOLICA UNIVERSIDAD

DE ALBANY

Yo, Dn. Juan de

Don Juan de

Don Juan de

Don Juan de

Don Juan de

Don Juan de

Don Juan de

PROLOGO.

PERDONADME, amigos mios, si contrariando el uso moderno, no os molesto exigiéndoos un prólogo para esta obra. No es porque desdeño vuestros talentos, sino al contrario; es porque temo que á fuer de galantes arquitectos, levanteis una magnífica portada á mi humilde edificio. Mi portada modesta convida á los que anhelan descanso. La portada soberbia podria engañar á algun poderoso. Mi obra es como una casita edificada en una loma. Se descubre en ella una luz perenne que anuncia posada al peregrino, asistencia al leproso, cama para el febricitante, asilo para los afligidos. No convido á ella á la aristocracia literaria. Estos inteligentes artistas al pasar por una puerta suntuosa se desdeñarían de entrar en un edificio de tierra labrado por una pobre obrera.

No recomiendo en este libro las cualidades

literarias; pero sí la bondad de su doctrina. Ella es justa, encantadora, sublime. Con ella cantó Horacio la vida del campo, Homero las virtudes del hogar, Platon llenó al mundo con la predicacion de virtudes austeras, y el gran filósofo humanitario, á su voz levantó altares por todo el mundo, y despues de diez y nueve siglos, aún resuenan los mágicos sonidos de sus eternos ecos.

Los principales personajes pertenecen á la historia y merecieron en ella una vida prolongada: La protagonista vive en el catálogo de los santos, y hace ochocientos años que cien pueblos doblan ante su efigie la rodilla, ante la virtud que nacida en Jerusalem, fué practicada en la augusta soledad del filósofo, en el solemne retiro del santo.

Olvidad á la pobre autora que en nada tiene la molesta pompa de las reputaciones literarias. Su vida silenciosa ha probado que más ama los cantos del hogar, que las orquestas, desacordes siempre, de las trompas de la fama.

Pero dad gracias á un humilde, instruido y santo varon, que, con su fe cristiana y su entusiasmo por la santa princesa, me inspiró la idea de escribirle, ayudándome con sus ilustrados

consejos. Si os agrada, si os cura alguna llaga del corazon, dad gracia por el bien que recibais al piadoso y R. P. el Sr. D. José Ruiz y Cortés, á quien debemos respetar por su saber, y amar por su santidad.

No padeceré si no inspiro al mundo fe literaria; pero seré feliz si inspira uncion evangélica nuestra santa Casilda.

estampas. Si se agitando. Si se trata alguna cosa
de la corte. Las cosas por el bien que re-
presentan. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.

Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.

Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.

Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.

Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.

Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.

Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.

Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.
Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas. Las cosas.

CAPITULO PRIMERO.

JESUS ARROJA Á LOS VENDEDORES, PORQUE PROFANAN LA
SINAGOGA.

Escrito está ; mi casa , casa de oracion
será llamada.

(SAN MATEO.)

Han pasado más de ochocientos años despues de la historia que vamos á narrar. La hemos hallado consignada en los graves libros de los doctos historiadores, y tambien en esas populares tradiciones que de siglo en siglo y de gente en gente , han pasado de una en otra generacion , si no apoyadas por la severa crítica , acogidas sí , por la fe y entusiasmo de los pueblos.

La Iglesia , aceptando lo probado , y respetando lo creído , nos señala su sábia leccion , y procurarémos seguir su senda , recogiendo las flores esparcidas de esta historia , para formar un ramillete que pueda gozarse de una sola mirada.

No vamos á hacer el libro de los razonadores. No vamos á escribir para los filósofos analíticos que comienzan negando su existencia , para concluir creyendo sus propios errores. No vamos á comenzar por el *yo* *dudo* de los enciclopedistas , para conceder al fin con grave trabajo la vida material.

El caos de las dudas, las amarguras de las increencias, han dado sepultura á más de un corazon grande, y á más de una cabeza eminente, al paso que la fe ha salvado muchas generaciones, y la piedad cristiana su compañera, han sido las aguas saludables para las empedernidas llagas de la humanidad.

Desechad este libro, vosotros los que no gozais sino por los sentidos materiales. Desechadle, porque no vamos á razonaros, ni á mostraros verdades matemáticas. No vamos á convenceros. Leed vuestros filósofos. Aceptad cualquiera de sus racionalistas doctrinas. Este libro es para los creyentes, para los piadosos, para los humildes, para los afligidos. En él hallaremos los milagros que desechais, la caridad que no sabeis proclamar, la modestia que no reconocéis, el consuelo que desdeñais.

No os convido á esta lectura, desdichados razonadores. Os despido desde la portada, para que no os molesteis en pasar adelante.

Jesus arroja del templo á los vendedores, porque profanan el santuario.

Yo os cierro la puerta de este pequeño edificio de piedad. Yo impido que vuestras miradas penetren en este humilde santuario, para que no le profaneis. Huid, aquellos que negais lo que envidiais creer; cerrad el libro, arrojadle. En él se refieren prodigios increíbles. Vosotros creéis en los de la existencia. Creéis bastante para humillaros ante la divinidad creadora. Creéis lo más prodigioso, y os negais á aceptar lo menos. Pues bien; cerrad el libro, porque voy á contar la historia de una santa. Cerradle, porque este libro es para la fe, y para los sentimientos.

CAPITULO II.

OJEADA HISTÓRICA.

Pregunta, pues, á la edad pasada, que enseñe atentamente las memorias de los padres.

(JOB.)

Sobre una colina de rudos peñascos, que parecen contemporáneos de la vida de nuestro globo, no se eleva; sino se apiña una ciudad, que más que suntuosa corte, parece al léjos escabrosidades de la misma severa montaña.

Al aproximarse se descubren casas de dorados ladrillos, de piedras cuadradas y blanquecinas, en órdenes varias fabricadas, pues ya arrojan el arco romano, ya elevan los pilares góticos, ya levantan la ojiva del árabe.

Ventanas pequeñas y desiguales, techumbres pizarrosas y de argamasas, castillos, torres y murallas de empedernidas mezclas, de petrificadas arcillas, y de piedras de infinita resistencia, levantaban fabulosas fortalezas, que guarnecían la ciudad como círculo de gigantes centinelas, ó como testimonio de aquellos tiempos, cuya política era la guerra, cuya industria eran las fortalezas, era la misma guerra.

En órden esparcidas se veian almenadas atalayas, telégrafos de aquellos tiempos, desde donde se descubrian todas las avenidas de la ciudad.

Las imponentes alturas, las grietas tristes, las cuevas medrosas, las risueñas faldas, los amenos valles, los bosques sombríos, las cintas de plata bullidoras de los arroyos, los huertos, los puentes, los caminos, todo se divisaba desde aquellos balcones circulares que se comunicaban entre sí con la velocidad eléctrica de nuestra época, pues no es más instantánea la vibracion del alambre, que el aparecer mil luces á la presencia de una primera luz.

El Tajo rodea la montaña como una ancha faja de bruñida plata, ó como un brillante cinturon, dejando sólo un claro como para un broche de esmeraldas, en la cintura de aquella matrona de Castilla, coronada con la córte de Toledo, vestida de almenas, guarnecida de follaje, y adornada de piedras musgosas, y de musgo salpicado de perlas de las evaporaciones del profundo rio.

Aquella ciudad asentada en medio del imperio godo, ostentando en sus banderas la media luna, junto á otras que ostentaban la cruz, bien debia elevar sus fuertes artificiales sobre aquel fuerte de la naturaleza, bien necesitaba aquellos argos de cien ojos que llamaban atalayas, para precaver sus posesiones de los invasores de Astúrias y Leon, de Aragon y de la alta Castilla.

Las poblaciones henchidas de las Andalucías, deramaron tiempos atrás sus sobrantes, y enviaron sus falanjes conquistadoras á las posesiones godas, desde

Tarpeya á las Galias, desde el mar Indico al Duero.

El intrépido Tarif, despues de sepultar en el Guadalete el carro de piedras preciosas que conducia al opulento D. Rodrigo, caminó hácia el corazon de Castilla, para herir de muerte aquella monarquía entronizada sobre las águilas romanas, desde Leovigildo á D. Rodrigo y á la piadosa Placidia, que fué atada al caballo de Sigerico, hasta que el general árabe envió de presear la cabeza del rey vencido, á su ambicioso califa.

El palacio de Marruecos fué enriquecido con la famosa mesa de Salomon hallada por Tarif cerca de Toledo, y recogida por Muza. Esta prodigiosa mesa de esmeraldas de 360 piés de longitud, no fué la sola riqueza que exportaron de este suelo, marcado con la huella de infinitas dominaciones poderosas.

Riquezas extraídas de las entrañas de la tierra, millones de monedas de oro, vasos fenicios, lámparas, estátuas, dibujos, ánforas y sortijas romanas, efigies góticas, mujeres adornadas de preciosos collares, y mancebos ajustados con cinturones de pedrería, enriquecieron el imperio musulman, y avivaron la codicia de sus emperadores.

Las hordas endurecidas y sedientas de la Siria y del Egipto, las voluptuosas falanjes del Yemen, los cortesanos de Marruecos y de Damasco, los sábios de Alejandria, todos prestaron su rudo valor y su lujo, su política y sus artes, á los ejércitos que habian peleado veinte siglos sin descanso, y que multiplicados como enjambres de industriosas abejas, ó como peste de asoladoras alimañas, se desbordaron por el mundo, y cru-

zaron los mares , y destruyeron , y fecundaron las tierras.

Los campos africanos estaban regados de perpétua sangre. Muchedumbre de castas degeneradas , venian de los secos arenales ó de las concavidades de las breñas , y como leopardos embestian á los ejércitos civilizados , que , llenos del terror más que vencidos , dejaban satisfacer la sed de sangre , y las hambrientas hordas , tambien hallaban plantas frescas que devorar , y carne humana con que satisfacer su hambre.

La tierra era estrecha para aquel mundo humano. El Asia conocia estos enjambres monstruosos ; la Grecia conoció los puñales árabes ; los romanos las cimitarras , y tambien los olas del Mediterráneo batieron en sus pacíficas avenidas la sangre goda que enrojeció el Guadalete.

Pero esta raza musulmica vino á las tranquilas aguas purgadas de hordas feroces. Las guerras y las comunicaciones habian fundido las razas , y á la aparicion de aquellos hombres bellos y valientes , hallaron los sucesores de Sigerico , el poder de las armas , junto á las riquezas de las ciencias.

Asentaron tronos aquí y allí esparcidos por la feraz España , que entonces extendia sus dominios por el Norte á la Francia , por el Occidente á Lusitania.

Llegaron Tarif y Muza á Toledo. Los moros fronterizos sufrieron sus impuestos y sus guerras , sus escaramuzas y usurpaciones.

Así pasaron los años y tras ellos los siglos , hasta que en 1044 el trono de la alta Castilla , que sustentaba al rey D. Fernando I , apellidado el Magno , ofreció acon-

tecimientos dignos de la historia, y muy especialmente del suceso que vamos á referir.

Recibió este rey por herencia de su padre la alta Castilla. Trozo de aquel reinado que poseia los de Navarra y Leon unidos, y que dividió el rey D. Sancho entre sus tres hijos.

Volvió á unírse el reino de Leon al de Castilla por el casamiento de doña Sancha con D. Fernando, y el rey dió gran importancia á sus pueblos, no sólo por la extension de sus dominios; sino porque los ordenó creando leyes, verificando concilios, y dando tan severa importancia á su gobierno como á su persona.

Este rey habia conocido que más que la virtud de los hechos, crea reputacion y prestigio, ó una sagaz humildad, ó un inflexible amor propio.

Subió al trono, sin ser amado del pueblo que intentaba gobernar, y el pueblo razonaba su aversion.

D. Fernando habia acusado á su madre falsamente de adulterio, unido á su violento hermano D. Ramiro. Dejó caminar á su madre al suplicio. Se verificó el juicio de Dios, fué defendida la reina y humillados los acusadores. Entonces los hijos viboreznos pidieron perdon á su madre.

La reina al pié del suplicio todavía los perdonó, y derramó sobre ellos la bendicion de madre.

Con este precedente ciñó la corona D. Fernando. Despues de asegurar un poder respetable, empuñó la espada, recorrió las tierras hasta el Duero, y arrebató al musulman las ciudades de Viseo, de Jena y Gani.

Los moros pelearon sin desmentir su sangre; pero las armas de D. Fernando estaban sostenidas por el

talento asaz alto y suspicaz del rey, que dando inmenso prestigio al sacerdote, cada soldado se convertia en un leon para acometer, en un espíritu supremo para no ceder al enemigo de su Dios.

✧ Confesemos que ni las letras, ni las armas, han creado ni tantos héroes ni tantos pueblos invencibles, como el poder sacerdotal.

D. Fernando leyó las necesidades de su época. Sus pueblos eran guerreros, y á su espíritu indómito debia oponer otra fuerza superior. Su orgullo necesitaba adquirir la reputacion de grande, y si no hubiese sido su orgullo, su pueblo tenia necesidad de respetar una figura más completa que la de sus antiguos condes, y que la de sus amados, aunque familiares héroes.

A la sombra sacerdotal, D. Fernando crecia como el cuerpo interpuesto y cercano á la luz.

El pueblo olvidó la falta del monarca; pero él tocaba la espina de su remordimiento, siempre clavada en su corazon.

CAPITULO III.

EL CAUTIVO.

Porque yo no quiero la muerte del
que muere, dice el Señor Dios:
convertios y vivid.

(EZECHIEL.)

Ben-Benabet, hijo del voluptuoso Aben-Habet rey de Sevilla, corrió desde los edenes de Andalucía á los campos de Lusitania. El eco del instrumento de guerra retumbaba en el Guadalquivir desde las márgenes del Duero. Suspendidas las hostilidades del sevillano con el cordobés, desecó el guerrero no dejar ocioso su talento y su valor. Caminó hácia Viseo, y reforzó su lanza las huestes morunas desangradas y escasas.

Allí mismo treinta años antes, D. Alfonso V murió atravesado de una flecha. Allí mismo un verdadero creyente atravesó las filas enemigas y recogió un laurel empapado en la sangre de un rey. Allí, en aquel lugar de una historia alumbrada por un recuerdo glorioso, pretendió Ben-Benabet señalar una conquista en el libro de sus antepasados. Peleó Ben-Benabet con un valor fabuloso. Puñados de hombres llevaba á la muerte en medio del gentío que apiñaban á las puertas de Viseo los capitanes de D. Fernando. Lanza en ristre en-

traba entre los pelotones enemigos, y siempre volvía la espalda, dejando una alfombra de cadáveres, por encima de la cual trotaba su brido orgulloso como su jinete, ó mal herido el animal, apenas sostenía la vida, mientras cambiaba el batallador de bruto y á veces de lanza.

Alguna vez empleando los instantes de estos cambios en armas, su flecha asestaba golpes tan certeros y tan mortales, como su lanza y su alfanje.

Cada vez que la fortuna corona sus atrevidos empujes, cobra doble osadía, y más y más penetrando entre los enemigos, como una centella despiden su fuego, así sus armas en veloces movimientos despiden en cada resplandor un espanto, en cada línea que recorre una muerte, en cada silbido una agonía. El corazón del adalid palpitaba de entusiasmo, cuando volvía á las filas de sus soldados, y estos, recibéndole en alegre algazara, ofrecían en sus bendiciones el premio á su ciego valor.

Invulnerable eran su peto, su espaldar y su almete; ó más bien parecían divinidades que el enemigo no osaba profanar.

A su presencia el terror se difundía; y el terror era como lava devoradora que más que las armas del guerrero, devastaba las filas de los valientes cristianos.

Así, ahuyentando el bravo Ben-Benabet, que llamaron el Almanzor de Sevilla, las embestidas á las murallas, entretuvo días y días el sitio de Viseo.

El audaz campeón de cien batallas, no conoce límites á su osadía. Distingue la tienda del rey, recuerda sus victorias, confía en el miedo que inspira, tiene pre-

sente el lugar donde un rey fué muerto por una flecha, y decide inmortalizar su nombre con otra flecha y otro rey muerto.

Su alfanje le abre paso por entre las gentes, cuyas armaduras formaban murallas de viviente bronce. Ya se halla á tiro de ballesta, ya caen los suyos como arbutos cercenados por el tronco: ya dispara la flecha, y silba y se clava su arpon en el pecho del rey enemigo.

El rey, bajo la túnica de flexible lana, conserva su peto de inflexible acero. Valientes capitanes que habia muchas horas le acechaban, ponen sus manoplas sobre los hombros del moro; y el moro solo, sorprendido, lejos de los suyos, pelea ya sin esperanzas de vida, pero sí de gloria.

No era tan resistente su armadura como la del cristiano; pero en cambio era ágil el moro como el jefe de un aduar. Se defiende como una hiena, y salta como un tigre; oprime como un oso, y se retira para embestir de muerte como el furioso toro de las fiestas moriscas.

D. Fernando presencia la feroz lucha. Ve á sus bravos capitanes tendidos por tierra, y que el audaz musulman parece como el ave reñidora que va á cantar el triunfo sobre sus cadáveres.

Pero todo es un instante. La vida, la muerte, el triunfo, la victoria, se cree á la par que se vacila, se goza al mismo tiempo que se teme.

Cayó Almanzor á la voz del rey, que gritando entusiasmado á la puerta de la tienda, dijo:—no le mateis, traedle vivo y sin lesion. ¡Ah de mis bravos capitanes!

¿Cuántos necesitais ser, para un hombre solo? Si no podeis cogerle, huid. El rey solo domará al leon.

Los nobles que luchaban , á la primera voz , sólo pensaron sujetar la presa.

Entre otros esclavos , presentaron al rey al invencible Almanzor. Al genio más indómito de su época.

Cayó , que no siempre están unidos el triunfo y la bravura.

—Señor, dijo uno de los caballeros que le conducian, dirigiéndose al rey. Aquí teneis la piedra del rayo que espantó un instante nuestros leones. Ya no despide fuego, ni atruena su estampido. Para satisfacer la justicia ¿qué ley debe caer sobre el regicida? O más bien ¿qué género de muerte debe padecer?

D. Fernando sin contestar al caballero , sino con su agradable y perenne sonrisa , fijó los ojos en el prisionero , y aunque el moro no conocia todo el valor de la lengua de Castilla , se trabó entre los dos este diálogo.

—Dime, alarbe : díjole el rey. ¿Estaba envenenada la saeta con que me heriste?

En el rostro de Almanzor brilló una sonrisa como de triunfo y contestó:

—El acero lleva el veneno en su exquisito temple.

—¿Clavaste en mí su arpon sin conocerme?

—No. Tu corona y tu clámide , me dijeron que eras el rey.

—¿Y cómo te atreviste á matar á un rey cristiano?
* ¿No sabes que un Dios poderoso nos ampara? x

—Y alguna vez os deja al blanco de una saeta , dijo el moro con desden.

—Eres atrevido.

—Soy musulman.

—¿No has tenido noticia de que los cristianos tienen protectores en sus santos; es decir, en espíritus superiores al humano poder? x

Almanzor desplegó aún más expresion en su desdenosa sonrisa y añadió.

—No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta.

—¡Blasfemo! Exclamaron algunos caballeros, llevando las manos á los pomos de sus espadas.

D. Fernando los miró, clavando los ojos en el más osado. El silencio apenas interrumpido, volvió á reinar despues de aquella fascinadora mirada.

El rey continuó :

—¿Con que sabias que era el rey?

—Sí. Y por eso vine á matarte.

—¿No sabias que yo era la poderosa cabeza de esas falanjes siempre victoriosas?

—Para matar á la serpiente, se le pisa la cabeza.

Los caballeros, indignados de las atrevidas é irreverentes respuestas del prisionero, adelantaron hácia el altivo moro algunos pasos.

Volvió á mirarlos D. Fernando, repasando con su adusta mirada los continentes de los más avanzados.

—Costaráte la vida, continuó el rey.

—Ya lo sabia.

—¿Y no has temido la ira del emperador de Leon y de Castilla? ¿Del domador de Extremadura? ¿Del que arrastra en sus carros triunfales los esclavos de San Martin y de Taranzo? x ¿Del que confia sus victorias á los prodigios de sus santos? x

Almanzor distrajo la mirada en señal de desprecio.

El rey hizo un gesto inexplicable, y volviéndose á

los caballeros, les mandó retirar con los esclavos, quedándose con el bravo con quien conversaba.

Cuando se halló á solas con él, le dijo:

—Esclavo, eres valiente, y tu destino es morir.
¿Quieres la vida?

—¿Y la libertad?

—Sí.

—¿Y mi país?

—Sí.

—¿Y mi religion?

—No.

—Pues mándame matar. Podría engañarte ya que me das libertad. Pero Alá me escucha desde el Paraíso, y mis antepasados desde sus sepulcros.

—Yo te daré un Dios que baje y se humanice, sin dejar de ser magnífico y omnipotente. Yo te daré un profeta más sábio que tu Mahoma, unos sacerdotes más piadosos que tus santones; te daré hermanos en los hombres; te daré esposa más casta que tus concubinas; una vírgen que siempre ames, una madre que consuele tus dolores. Te daré paz en el alma en medio de tus naufragios; y en fin, vivirás y serás dichoso con sólo obedecer de grado el mandato de un rey, y las leyes de un Dios de justicia.

Tu negativa será tu sentencia de muerte.

—¿Y qué es morir, para los hijos del Islam? Blanda es la sentencia que me impone el enemigo de mi raza y de mi religion. ¡Morir! ¿Sabes, rey, lo que es morir para un verdadero creyente? Escucha:

Es esperar el Bórac que el ángel Gabriel envió al Profeta para elevarle al cielo. Es subir á la mansion

sin límites, de pavimento de plata y perlas, con montañas de ámbar y esmeraldas. Allí se habla al Profeta sábio entre los sábios, y son amigos los ángeles. El ambiente es aromas, los árboles filigranas, los frutos dulcísimos: corren las aguas por cauces de metal bruñido, y la mesa de diamantes, cubierta de manjares, tiene de extension setecientos mil días de jornadas.

Alcázares de oro, doncellas de hermosuras inmarcchitables, resplandecientes como las estrellas de la aurora.

La cimitarra es la llave del Paraíso. El que perezca en el campo de batalla, será elevado al cielo en alas de los ángeles. Su sangre, olorosa como el almizcle, se convertirá en púrpura.

El incrédulo y el cobarde sufrirán las penas del infierno.

El mahometano ¡oh rey! debe caminar por el mundo buscando su muerte, para hallar su vida de delicias eternas, y proclamar: *No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta.*

Para hallar esa inmensa vida, abandonamos la Arabia los verdaderos creyentes y caminamos á buscar los martirios. Murallas, brechas, torres y ciudades, todo lo asaltó el musulman; como huracanes rugidores caímos sobre la Siria y la Persia, pasamos al Egipto, conquistamos á Alejandría, ondeamos en Menfis nuestros pendones y descansamos á la sombra de las Pirámides.

Las huestes musulmanas en vez de perecer, se multiplican con las fatigas de la guerra. Su sangre brota generaciones cada día más numerosas. En vano establecimos falanjes de ciudades desde las playas del At-

lántico hasta las llanuras del Nilo. Los islamitas rebo-
san y caen sobre nuevas tierras. El Profeta nos abre
las puertas de los imperios, y el mundo es del Islam.

Mátame, rey. De mi sangre brotarán mil creyentes
que no sólo asalten tu tienda, sino tambien tu estre-
cho reino.

El rey comprendió todo el valor de la conquista de
aquel árabe, más bien que moro, segun indicaba su
relacion, para dejar de utilizar su talento, y el ascen-
diente que su arrogancia podria ejercer sobre los mu-
sulmanes.

El talento del rey Fernando comprendia que las con-
quistas de la razon, eran más fieles y extensas que
las de las armas.

Los nueve obispos que verificaron el concilio de Co-
yanza con los caballeros del reino, y ante los reyes de
Castilla, despues de imponer á su grey sus rezos y pe-
nitencias, se ocupaban con asiduos afanes en la con-
version de los infieles, y ya el rigor ó la templanza,
ya la dulzura, ya la predicacion, ya el fuego de las
pasiones, ya la sencillez de la doctrina, ya las mara-
villas de los milagros; todo servia, todo se empleaba
para cumplir los fines del rey y de su clero poderoso.

D. Fernando, aunque herido en su amor propio por
oir llamar á su reino estrecho, cuando su orgullo le
habia hecho llamarse emperador, no manifestó eno-
jo alguno en su gesto y continuó fijos sus ojos en
los del cautivo, y leyendo hasta su más ligera sensa-
cion:

—¿Pero tú sabes cómo debe morir el matador de un
rey cristiano?

—Cortándole la cabeza con el alfanje, ó traspasándole el corazón con una flecha.

—No. La muerte pronta no es castigo. Irás á las mazmorras empapadas en agua corrompida. Unos reptiles hambrientos roerán tus carnes, de cuyos agudos y tenaces dientes, las cadenas que te sujeten y los cordeles que te opriman, no te dejarán defender. Tus ojos serán arrancados de sus órbitas, tus manos y piés cortados lentamente, tus huesos descoyuntados y ni aún así podrás morir. Se sanarán tus heridas con el frío de las estancias infectas, y vivirás mutilado y sin luz.

— ¡Qué horror! exclamó Almanzor, sin poder contener su emoción.

El rey se sintió satisfecho de haber herido aquella alma indómita.

Comprendió que no pertenecía á la plebe y que era una adquisición para llevar á cima el gran pensamiento.

Almanzor más tranquilizado después de la horrible descripción de los tormentos que le aguardaban, exclamó:

—¿Y ese Dios que me ofreces piadoso, es el que te inspiró esa sed de tormentos? ¿Y tus santos protectores protegen tu crueldad? ¿Y tus santos, guardadores de la ley de tu profeta, te lo consienten?

No quiero esposa cristiana, que obedece estas leyes, ni virgen que ampare vuestro amor al dolor, ni paraíso, si le tuvieseis, por no vivir una eternidad entre vosotros.

Mátame. Por mucho que prolongues mi agonía, no podrás hacerla infinita como mi vida celestial.

D. Fernando no contestó al moro. Sonó una campana pequeña de plata con su báculo de metal, y al punto se llenó su tienda de servidores.

—Llevad, dijo, á este esclavo á su destino; pero conservadle hasta mi sentencia definitiva.

El esclavo lanzó sobre el rey una mirada de indignacion.

El rey con la más tranquila indiferencia, comenzó á informarse por sí mismo de los accidentes del último ataque, y á combinar el asalto de Coimbra.

El moro acababa de estimular su ambicion, llamando estrecho á su reino.

CAPITULO IV.

ATAQUE DE COIMBRA.

Y os conquistaré yo con mano extendida,
y con brazo fuerte, y con saña, y con
indignacion, y con grande ira.

(JEREMIAS.)

Las falanjes castellanas mal descansadas de su victoria, caminan hácia la populosa ciudad, que en los reinos lusitanos rebosaba gente, artefactos, frutos y fiestas.

Los moros de aquella famosa poblacion prepararon sus armas aguzadas para los cristianos atrevidos que osasen asaltar sus murallas.

Los cristianos caminan, ó más bien, arrastran á los infelices cautivos, que rodando los carros de municiones de boca y guerra, ó amarrados á los del botin, dolientes, macilentos, exánimes, elevan sus quejidos ó riegan el polvo con su abundante llanto. Atrás vuelven los ojos, pero ya no ven ni el horizonte de su país amado. Ya no oyen los lamentos de los que amaron, ya no volverán á verlos jamás.

La estúpida soldadesca creía ofrecer un homenaje á su religion, en el exterminio de cada prisionero musulman.

Los sacerdotes, que con la cruz en una mano y muchas veces la espada en la otra, animaban á los combatientes, hubieron de interponer sus manos consagradas entre las víctimas y los verdugos. Muchos esclavos ceden á las fatigas, y las márgenes del Duero sembradas de cadáveres musulmanes, infestan el aire con la podredumbre de la carne humana.

D. Fernando caminaba entre los suyos, y apenas se diferencia de sus aguerridos capitanes.

Nada olvida. Conoce como otro Alejandro á sus soldados.

Atiende á la reina, consulta con sus obispos, adula á sus valientes, dispone el ataque, escoge y utiliza los esclavos, distribuye los trabajos, distingue las capacidades, aprovecha los talentos, y dispone todos los ánimos á su obediencia sin mandarlos.

Así llegó hasta Coimbra.

Prepárase el sitio. Acampa sus soldados, y próxima á la suya, hace levantar una tienda para su esclavo Almanzor.

En vano los cortesanos se afanan por presentarle el peligro de aquella proximidad. El emperador se rie con desden de tales observaciones y temores.

—Señor, le decian, vuestra vida se expone por tanta bondad.

—Los reyes, les contestaba con risa de broma cariñosa, debemos temer más de los nuestros que de los enemigos.

Los cristianos se agolpaban ya á las murallas de la ciudad.

Los moros guarnecen sus almenas.

Las piedras y las flechas comienzan á oscurecer el sol. Los arietes golpean las puertas férreas; las escalas caen plagadas de cristianos atrevidos, que intentan asaltar las murallas. Los moros avanzan sobre los cubos para desalojar aquel hormiguero que allega su cabeza á las almenas. Las resinas ardiendo se derraman doquier que una compañía planta sus escalas. Los cuerpos mutilados demandan con ayes sus miembros esparcidos. Lluvias de piedras bajan á formar los sepulcros cristianos. Las flechas y saetas limpian las torres de turbantes coronadas, mientras las puertas de la ciudad se desquician al horrible martilleo del ariete, tintas con la sangre de ambas razas.

Los cristianos hallan una resistencia inesperada.

Los cadáveres infeccionan la atmósfera, el polvo pestilente sofoca, las fuerzas decaen.

Siete meses duró la angustiosa lucha; el cristiano sufrió las lluvias de Enero al campo raso, como padeció los rigores del sol de Julio, golpeando las tenaces puertas de la ciudad, que si caían derribadas las de hierro, se renovaban en su lugar las de carne humana.

Los moros salieron durante el sueño y el cansancio de los cristianos, y formaron un nuevo cerco aún más allá de la caballería.

Las vituallas eran escasas. El agua se daba por raciones.

Los soldados de Castilla no podían resistir este nuevo ataque.

El moro victorioso pide la rendición.

Los soldados de las murallas flamean banderolas, y

en estrepitosa algazara, se rien del cristiano desfallecido por tanto inútil afan.

El rey de Castilla pide unas horas de tregua para responderle.

Los soldados de la circunvalacion, cogen las vituallas y el agua.

Los cristianos anticipan á esta desgracia su sed. Sus bocas secas sólo piden agua y morir.

Los capitanes han desmayado. Los sacerdotes recorren las filas, no ya animando, sino dando consuelos á los exánimes, y calmando á los desesperados.

En todos se pintaba la angustia y el desaliento. Sólo D. Fernando conserva su sonrisa grave, y su rostro apacible.

En tal situacion reúne sus prelados, y convierte como por encanto su tienda en templo.

Los banderas de Viseo y Jena y Taranzo, ondean sobre la techumbre. Se levanta en el fondo de la improvisada iglesia, la imagen de San Isidoro. Entónanse en lengua mozárabe himnos de misericordia. Suenan instrumentos melodiosos é invisibles, y voces como celestiales; pero que no descienden de las alturas; sino que parecen elevarse de las entrañas de la tierra. Estos ecos conmueven los espíritus. Celébrase el santo sacrificio, y despues de elevar el sacerdote la forma sagrada, se vuelve este al pueblo postrado y desfallecido por las fatigas, ahora consolado por la religion, y dice:

—¡Guerreros de Lusitania! Vuestras culpas han irritado á vuestro apóstol protector Santiago. Habeis ultrajado al vencido; habeis gozado en los tormentos de vuestros hermanos, y no la victoria, ni la fortuna, ni

vuestra pujanza los pusieron en vuestras manos. Dios os ha hecho dueños del vencido para que le protejais y le ampareis. Para reparacion, Dios pide la libertad de cien cautivos, que volverán á su país proclamando la justicia, y la piedad de nuestro soberano del cielo.

¡Guerreros de Lusitania! Habeis tirado por tierra el edificio que levantasteis de victoria por el triunfo del estandarte de Cristo. Dios os demanda las conquistas para extender su santo imperio; pero abomina las crueldades.

Su azote pesa sobre vosotros. Las armas musulmanas os cercan. Las risotadas de los vencedores os insultan. El hambre con su rostro escuálido habita entre vosotros. La sed inflama ya vuestras gargantas secas.

¡No hay pan! culpables castellanos. ¡No hay agua! ¡La última gota ya refrescó vuestras lenguas! ¡Mirad en derredor! ¡Muerte y esterminio os amenazan!

El pueblo escuálido se oprimió de dolor. En vano el respeto al lugar intentaba reprimir los sollozos; en vano los sollozos confundian el horror.

El sacerdote continúa :

Pero siento la inspiracion del Dios que acaba de bajar á mis manos, y por esta santa inspiracion os digo que pidais á San Isidoro por vuestras culpas pasadas, y por la falta de fe que arruina vuestros corazones. Si os postrais arrepentidos, tendreis pan y agua, porque Jesucristo os dará el agua como Moisés á los egipcios.

¡Soldados! si peleais por Jesucristo, mañana á la aurora, Coimbra será de los cristianos.

El sacerdote continuó su santa ceremonia.

El pueblo lloraba penitente , mientras la tierra como por encanto se abría en bocas , arrojando pan , agua , y mil elementos reparadores de las fuerzas de la tropa ya desfallecida y desesperada. x

Salieron unos del templo y otros que yacían arrodillados á campo raso, fueron los primeros en ver la aparición de los panes y del agua , y en gritar... ¡Milagro! ¡Milagro!

La voz se difunde. La idea del agua aparecida aplaca la sed. Nadie prueba una gota antes de rezar , dando gracias por el favor concedido ; que el cristiano embota las angustias materiales, con la felicidad del alma. La profusión de vituallas y el licor de Oporto que se repartió con las raciones del milagro , repararon las fuerzas, y devolvieron la fe , el entusiasmo , el valor , la alegría. Mil visiones creyeron ver en los aires. Les parecía á la tropa entusiasta que sus santos guerreros preparaban las espadas vencedoras para apoderarse de Coimbra. Trompas guerreras llenan con sus ecos los recintos. Tocaban el himno de Santiago , que canta el inmenso coro de los cristianos , acompañado de los atambores. Los Porcelos y Lainez se dispersan , mandando sus batallones cada cual ; el rey capitán , á la cabeza de gran número de soldados , embiste en todas direcciones como el más bravo de los leones de Castilla. Ondeaban los estandartes: los sacerdotes recorren las filas con el Cristo en las manos , animando á los combatientes. ¡Santiago y á ellos! se gritaba á cada embestida. ¡Santiago y cierra España!

Las músicas y la gritería y el empuje de los castellanos , sorprendieron de tal manera á los moros , que las

tropas que circunvalaban á los cristianos, cayeron como espigas á las hoces del labrador.

Vuelven sobre la ciudad. Las puertas caen, los muros se asaltan. En los coronados torreones, no queda ni un turbante de los que hacia unas horas adornaban como flores aquellas colosales cabezas de los fuertes.

Pelean hasta ponerse el sol.

Ayes de moribundos arrullan el sueño reparador de las tropas cristianas.

Se aprestan á la aurora para nuevo ataque.

El rey musulman, alumbrado por la rojiza luz de la mañana, viene á poner en manos del rey de Castilla las llaves de Coimbra.

CAPITULO V.

LOS CIENT ESCLAVOS.

Mas ahora estamos en tu mano: haz de nosotros lo que tuvieres por bueno y justo.

(JOSUÉ.)

La ardiente fe de los cristianos , y el fervoroso celo de los sacerdotes , impresionaron las vehementes imaginaciones de los oriundos del Africa. El rey de Castilla eligió los más idóneos para llevar á los suyos, ya el terror, ya la sábia creencia cristiana, ya la idea del poder de sus santos.

Su vista sagaz debia derramarse sobre las humanas preseas, y el activo rey nada abandonó á extraños cuidados.

Dueño ya de Coimbra, y ajustadas las condiciones de conquista, dispuso verificar una solemne procesion por la ciudad, para dar gracias á los santos Isidoro y Santiago, por la merced concedida á las armas cristianas.

Los monjes de Lormano ofrecieron sus efigies, las que ostentaron sus rostros celestiales, por las estrechas calles de la gran ciudad.

Los esclavos caminaban tras el numeroso séquito de

prelados, capitanes, caballeros y soldados, que en humilde penitencia seguian las huellas de los que llevaban en carros triunfales sus santos protectores.

El rey más que en el entusiasmo de los suyos, leia en los rostros de los prisioneros.

Despues de concluida la fiesta religiosa, convocó á los prelados, entre los cuales figuraba el respetable Udalberto, persona de gran celo por la extension del cristianismo, de sagaz talento y asaz profundo, y de una virtud natural, que solia contrariar los avisos de su clarisima razon.

Desalojado el palacio del rey moro, pasó el de Castilla á su habitacion conquistada.

En el salon de embajadores estaban reunidos los prelados, cuando apareció el rey, abriéndose paso por entre sus vasallos, doctores, y sus respetables obispos.

El salon labrado como encaje de colores, aún conservaba el voluptuoso aroma que habian esparcido los braserillos.

El rey atravesó saludando á todos con una afable sonrisa, y una noble inclinacion de cuerpo.

Los sacerdotes se desnudaron las cabezas, el abad se inclinó humildemente, y los obispos permanecieron sentados.

El rey era de mediana estatura, aunque sus miembros se desarrollaban con vigor. Ancho y elevado pecho sustentaba una magnífica cabeza, no desmintiendo una frente griega, ni la nariz algo curva de la raza de Gocia, raza que se fundió con todas las del mundo conocidas. Sus labios delgados como los de los atenienses, y sus ojos algo pequeños y penetrantes, como los de

los hunnos, no sólo publicaban el origen griego, mezclado con las hordas salvajes, sino que revelaban la sabiduría de aquellos, las pasiones selváticas de estos.

Tenia boca fina y disimulada; ojos sagaces é irresistibles.

Espesos cabellos negros y lacios, caían sobre su cuello.

Poblado bigote y barba de seis pulgadas de longitud, cerraban su rostro moreno, cuya principal belleza consistía en una muy insinuante expresión.

Sujetaba los cabellos sencilla corona de oro, sin más labor que unos bocelos y algunas gruesas perlas de remate.

Caía por sus hombros una ancha muceta de piel, descansando sobre un manto de grana salpicado de oro, y forrado de la misma piel que la muceta.

Un cinturón de oro macizo, clavado con pedrerías, sujetaba una túnica blanca en el fondo, y abigarrada de colores mal combinados en sus bordaduras.

Concluían su magnífica vestidura, unas sandalias de colores que descubrían la desnudez de sus piés morenos.

Un solo puñal, cargado de piedras preciosas, yacía entre su cinturón, y medio cubierto con el manto.

Remedaba su figura uno de aquellos edificios inexpugnables, que ni se derriban á los arietes ni se desalmenan á las flechas.

Antes de tomar asiento, y á su paso, se dirigió al abad de Lormano, con el que cruzó algunas palabras, que nadie pudo entender.

Sentóse en un mullido divan, herencia del rey vencido, y les habló así :

—Ilustrísimos obispos, respetables sacerdotes, amantísimos cristianos; y vos, virtuoso abad de Lormano, os doy gracias por los esfuerzos que habeis empleado en la victoria alcanzada por las armas castellanas. Vuestros trabajos y constancia nos han dado tan brillante victoria.

La ciudad de Coimbra, añadida á la corona de Castilla, es una joya preciosa que ensalza su ya justificado valor.

¡Soldados de Cristo! Habeis vencido más que con las armas de mis ejércitos, con vuestros consejos, con vuestra discrecion con vuestros constantes padecimientos. ¡Sacerdotes! En vano los reyes débiles ó altaneros temen vuestro poder. Sin vosotros no tienen base los tronos, sin vosotros no puede sustentar un rey su cetro y su corona. Sois el orden, la paz y la victoria, por vuestra sabiduría, por vuestra piedad y vuestro valor.

Vamos á concluir la obra comenzada. Almenemos la atalaya del fuerte que acabamos de alzar, dando la libertad á los cien esclavos que designan las santas revelaciones. Cundan por vuestra mediacion las honras de nuestras armas y el imperio inmortal de Jesucristo.

Introducidas las creencias cristianas en el ánimo del musulman, lograremos extender nuestros dominios sin tanta efusion de sangre.

El abad de Lormano y vuestro emperador designarán estos dichosos esclavos, que de hoy, sólo lo serán de Jesucristo.

Los prelados y todos los sacerdotes se levantaron en muestra de asentimiento.

El rey hizo una ligera señal de cabeza, y dos centinelas que estaban á la puerta armados de coraza, desaparecieron.

Un momento reinó en el salon un gran silencio.

Mil doscientos esclavos cruzados de cadenas desde el cuello á los piés, afearon aquel lugar régio y encantador. La atmósfera, poco antes embalsamada, se infectó de un olor humano nauseabundo.

Desnudos aquellos infelices prisioneros á fuerza de trabajos que despedazaron sus ropas y sus carnes, enflaquecidos por la miseria, tostados por los soles, entristecidos por la desgracia horrible que los agobiaba; sin país, sin familia, sin amigos que los amparasen, todos los rostros parecían iguales, porque los animaba una misma expresion.

Sólo era diferente el rostro de Almanzor. Su mirada era arrogante como en el tiempo en que atravesaba las filas con intento de clavar su flecha certera en el corazon del rey.

Levantóse este: siguióle el abad: conferenciaron un momento y comenzó la obra anunciada.

—Vosotros, dijo el rey, los que presenciando los prodigios de nuestros santos habeis sido heridos por la dulce flecha de la Fe, venid al rebaño del Señor. Leo en vuestros corazones.

El abad, en medio de aquel grupo, y fijos sus ojos en los del rey, se dispuso á separar los cien esclavos convertidos.

La noble figura de Almanzor inclinó al abad en fa-

vor suyo, y ya le designa entre los escogidos, cuando una seña imperceptible del rey hizo que el abad retirase su mano venerable del hombro del moro, donde se iba á posar.

Las mesuradas órdenes de D. Fernando desvanecieron aquellos grupos de infelices.

Cien hombres gozarán á otro dia el aura de la libertad. Los otros arrecian sus angustias.

Uno solo conserva sus ojos enjutos y su corazon petrificado.

Almanzor caminó de nuevo á las prisiones, con el orgullo en su mirada, y el despecho en su boca contraida.

Pasaron los dias, se estableció el gobierno de la nueva ciudad, se emplearon los esclavos en reparar las fortificaciones, se enviaron los convertidos á los rebeldes, trabajaron los monjes en las conversiones, quedaron los vencidos con la gracia de la vida, aunque á discrecion de una soldadesca supersticiosa y engreida, que pronto olvidó el enojo de Santiago, y la generosidad de San Isidoro.

CAPITULO VI.

LA IGLESIA.

Muchas aguas no pudieron apagar la caridad, ni ríos la anegaron; si diese el hombre toda la sustancia de su casa por el amor, como nada la despreciará.

(EL CANTAR DE LOS CANTARES.)

El rey, sagaz y conocedor del corazón humano, aunque comprendía que las empresas que manejaba eran superiores á sus fuerzas materiales, no desmayaba un instante, contando con la índole de su pueblo y el poder de su clero.

Los monjes de Lormano, que por los tratados entre godos y musulmanes vivían en las inmediaciones de Coimbra, de acuerdo con el rey de Castilla, establecieron comunicaciones subterráneas desde el edificio-monasterio hasta el campo cristiano.

Udalberto, abad, guerrero como caballero de la época, piadoso como sacerdote, pensador como monje, sagaz como político, favoreció por medio de las ocultas comunicaciones al ejército, suministrando los víveres que ofrecían sus extensas tierras. De acuerdo con el rey, prepararon la aparición de los panes y el agua, escaseando á propósito las raciones para producir un nuevo entusiasmo. Aquellos pueblos rudos, y compuestos

de razas distintas, necesitaban ser unidos por una sola creencia, y estimulados y dominados por ella. Ni el honor, ni la razon, ni interés alguno que no fuese inmediato, eran estímulos para una gente endurecida á todo sentimiento delicado.

Era necesario empujar las masas sobre aquella ciudad que resistia crudamente. Se necesitaba la fuerza bruta, y perecieran, si no se les hubiese aterrado con una muerte más espantosa para ellos, que la que tenian presente y por medio de las armas.

Coincidia esta estratagema con la noticia de que un santo obispo vió en sueños la imagen de San Isidoro, y este le anunció la hora en que seria ganada Coimbra.

Coincidió la inspiracion del sacerdote, que afectado por la aparicion del obispo, como por el estado de moralidad del ejército, sin contar con la estrategia del rey, sólo habló al pueblo afligido en nombre de su fe, y de lo que habia visto inspirado por un espíritu superior.

¿Seria tambien aquella misma estrategia del rey y los monjes, una inspiracion celestial, aunque no sucediese de una manera inexplicable? ¿Podrémos creer que Coimbra ya perdida, no fué ganada de una manera milagrosa?

No luchaban los cristianos con armas superiores, ni en posicion más ventajosa, ni eran más aguerridos los soldados ni más ricos, ni su civilizacion era más alta que la del pueblo árabe. Al contrario: todas las ventajas existian de parte de los musulmanes. No llevó don Fernando otras ventajas que las de la unidad de pensamiento. Un pontifice, á la cabeza del mundo cristiano, regia los cetros. El pontifice y los cetros, protegian en

el clero la religion más unitaria, más social, más humana. El clero, interpuesto entre la soberbiade los monarcas y las insurrecciones de los pueblos, apoderado por las leyes canónicas del hombre desde la cuna hasta el sepulcro, morigeraba el poder en la persona del rey, y sofocaba el despotismo de las masas populares; el clero era el poder verdadero, porque era el espíritu; y era el espíritu, porque era la sabiduría; y era la sabiduría, porque por sus leyes y mision social, tiene que conocer las ciencias y el corazon del hombre.

Destruir este poder, aniquilar este espíritu, es destruir las sociedades, es lanzarlas al caos de las anarquías, es destruir la cabeza que rige moralmente los imperios, es romper los cetros, es confundir las sociedades, es matar al padre de familia para que vivan libres los párvulos inexpertos. Y muerto el padre comun ¿quién da pan á los niños, sin fuerza y sin razon? Correrán hambrientos, padecerán sed, pelearán entre sí, por coger cada uno la presa encontrada.

Así, el Pontifice, el padre comun, la Iglesia, la madre amorosa, nos busca y distribuye el pan del alma, calma la sed de nuestra avaricia, nos une en hermandad para dividir la presa. El padre y la madre nada quieren para sí más que los cuidados, los afanes, la penitencia.

El clero del siglo xi fué poderoso, fué rico. Pero en vez de los magnates que ambicionan subir al poder para dividirse la Hacienda pública, y para vivir muelles señores, mirad. Los obispos caminaban á la guerra á compartir los trabajos del rey y del soldado. Los monjes, despues de estudiar en el retiro, venian entre las gentes á ofrecer lo que poseian, y ellos, los

más ricos, los más poderosos vestían un tosco sayal.

Pero erigieron templos soberbios. Pero estos templos ¿eran sus palacios? ¿Sostenían en ellos sus mujeres y sus domésticos? No.

Los templos suntuosos no sólo servían á la magnificencia de un sér espiritual, á quien los pueblos debían respetar, adorar y temer; sino que eran el refugio de los que arrojaban de las puertas los ricos, diciéndoles: «No paseis estos umbrales lujosos, que los manchais con vuestra pobre planta».

En ellos refugiaron las artes, en sus bibliotecas refugiaron las ciencias.

¿Y qué guardaron para ellos individualmente? Los trabajos, la penitencia, el ejemplo, el sacrificio, el martirio.

Los grandes de aquellos tiempos dotaban el sacerdocio con pingües rentas. El sacerdocio, vestido y uniformado con lanas groseras, repartía las riquezas á los mendigos, creaba hospitales y casas de recogimiento, para guardar el equilibrio y el orden social.

D. Fernando, rey de un pobre reino, por ellos extendió sus dominios; y D. Fernando era harto sábio, para no cometer la estupidez de arrancarles sus bienes adquiridos, y para derramar en ellos los bienes temporales, que con tanta abnegacion convertían en beneficios para la vida espiritual.

Así que, el monasterio de Lormano fué agraciado con privilegios y tierras extensas de labor, por el sábio rey de Castilla.

Así que, también quiso que le siguiese el santo abad Udalberto, cuyo sábio consejo creía necesario al bien de su persona, de su casa y de su reino.

CAPITULO VII.

CORRERÍAS DE LOS CASTELLANOS.

Perseguiré á mis enemigos y los quebrantaré, y no volveré atrás, hasta acabarlos.

(LOS REYES.)

Salió el rey triunfador, llevando en pos de su pompa y orgullo una tropa de vencidos que, al compás de la algazara y los himnos de guerra, exclamaban los ayes de su dolor.

Llegaron á Santiago. Cada cual en aquella augusta visita, dió sus ofrendas en aras del templo.

Volvieron sobre Santistéban de Gormaz, le sometió como á Valdorregio, Aguilar y Valeránica. Incendió á Tarazona, abatió las atalayas de Medinaceli, pasó al reino de Toledo, taló los campos de Talamanca y Uceda, Guadalajara y Alcalá. Miráronse sus tropas en los espejos del Henares, y dieron vista á los eriales de Madrid.

El rey de Toledo retembló sobre su divan al sentir próximas las armas del de Castilla. Conocía su valor salvaje y su sabiduría política. Le representaron sus recuerdos á los hunnos, que, peleando bajo el sangriento

Atila, devoraban la humanidad como leopardos hambrientos.

Ofreció este rey llamado Almenon, al de Castilla, mucho oro y plata en cambio de la paz.

Lo mismo hicieron los de Sevilla, Zaragoza y Portugal.

CAPITULO VIII.

LAS JOYAS CONQUISTADORAS.

Mantente en posesion de la sabiduría,
porque mejor es que el oro, y adquire la
prudencia, porque más preciada es que la
plata.

(LOS PROVERBIOS.)

En vez de ir adelantando en las fechas de nuestra historia vamos á retroceder.

D. Fernando, hijo segundo de D. Sancho el Mayor, vino á heredar el condado de Castilla, recibió de su padre el título de rey, de su madre el perdon de una culpa enorme, y de su esposa D.^a Sancha el reino de Leon.

Esta al ofrecer su mano y sus tierras al conde rey, halló en su esposo todos las dotes fascinadoras que necesitaba su imaginacion ardiente.

La sonrisa de D. Fernando era para su esposa una aurora de paz que habia desconocido en poder de su hermano.

El continente orgulloso, era para ella dignidad; el disimulo, prudencia; su sagacidad, talento; sus resoluciones, su valor, su ambicion de conquistas, espíritu cristiano. Veia en el prisma del amor. Sólo por una faz no le encontraba belleza. D. Fernando era amable con

la heredera de Leon.; pero no era amante con la esposa. Las pláticas que hallaba en los labios del esposo, consistian en los recuerdos del rey de Navarra, padre de D. Fernando, y en la necesidad de extender como aquel sus dominios.

D.^a Sancha participaba de la misma ambicion.

De aquel cristianismo conquistador que D. Fernando y sus caballeros anhelaban, y encendia un clero poderoso y persuasivo.

Pero aunque la ambicion y la guerra tuviesen asiento en sus ideas, necesitaba su alma el amor de aquel príncipe, que con apariencias de cortés y amoroso, se encerraba sin embargo en la mas cruda indiferencia.

El rey apenas pisaba los tapices de la cámara de la reina. La reina, no obstante, preguntaba incensantemente por él, tomaba parte en las causas políticas, para tener pretexto de salirle al encuentro ó llamarle á sus habitaciones, y muchas veces proeuraba que su litera le saliese al paso.

El rey se hallaba molesto ante aquella señora, cuyo continuo amor hastiaba su corazon.

Las organizaciones enérgicas necesitan la lucha para estimular las pasiones. D.^a Sancha y su esposo, participaban de estas fibras activas, que tantas dichas y desventuras hacen brotar al propio corazon.

Por esto D.^a Sancha le amaba tanto, porque anhelaba lo que no poseia. Por esto D. Fernando se hastiaba; porque poseia lo que no anhelaba. La reina concibió celos. Vigilaba al rey, temia de todas sus damas, seguia disfrazada sus pasos, encargaba la vigilancia á sus confidentes; pero nada sabia, nada hallaba. Su ri-

val era la ambicion. Los celos sin objeto cierto comenzaron á fijarse. La reina veia con envidia la entrada de los caballeros en la cámara de su esposo, con más libertad que la que le permitian á ella su decoro de señora, y su orgullo de reina.

Hizo cambiar las cómodas habitaciones donde vivia, por otras más molestas, aunque más cercanas á las del rey. Vigilaba noche y dia. Su llanto solitario era á veces amarguísimo. No habia calma á su desesperacion infinita. Era continuo su estudio para ganar su corazon. ¡Pobre Sancha! Padecia la más cruel de las enfermedades del alma. Padecia la hidrofobia del amor.

Observó que una figura envuelta en un ropon atravesaba el dintel de las habitaciones del rey á las altas horas de la noche. Acecha por sí misma, y la ve salir bajo la forma que entró.

Las galerias del palacio de Búrgos estaban cubiertas de oscuridad.

Veló otras noches, y otras tantas volvió á ver la misma figura siempre envuelta en su ropon.

Algunas sintió miedo, porque le parecia una mujer colosal.

Una noche se coloca á la misma entrada por donde debia pasar la figura. El miedo ha desaparecido. No es un fantasma creado por su fantasía. Es una mujer. Ha sentido su respiracion. Quiso entrar tras de ella; pero su orgullo y el respeto al rey se lo estorban. El corazon golpea en su pecho con aldabadas de dolor. Un pensamiento surge de su frente encendida. Entra en su cuarto, abre precipitadamente un armario, saca un bulto de él, y pasa, y llama á la puerta del rey.

Nadie la responde.

D.^a Sancha está trémula. ¡Traidor! dice murmurante. Vuelve á llamar entre furiosa de celos y tímida por miedo á la cólera del rey.

Nadie responde, ni siente nada en el interior de la habitacion.

Vuelve á su cuarto temerosa. Se pasea con pasos agitados exclamando:—¡ Ama á otra ! ¡ Y me desprecia ! ¡ me aborrece ! A mí, que le amo tanto ; á mí, que soy su esposa , que todos mis pensamientos son al bien de su Estado y á la felicidad de su persona. ¡ Cruel ! ¡ Ingrato ! ¡ No ! Jamás D.^a Sancha , la hija de un rey poderoso , sufrirá tal ultraje. ¡ Soy la reina ! ¿ Y querrás hacer de tu esposa cristiana una mísera concubina , como un bárbaro moro , como un cruel alarbe ?

La rabia consume mis entrañas.

Ella está dentro. Yo sola , llorando , ¡ despreciada ! No , no. Apuremos la copa. En este instante , cuando dudo de qué manera he de arrojar á su rostro su afrenta , ella.... él.... ¡ Dios mio ! ¡ que horrible imágen ! Los veo como si me fuesen infieles delante de mis ojos.

En esto la reina salió despavorida de su cuarto. Llamó en el del rey con fuerza y resolucion.

El rey preguntó: ¿Quién viene? La esposa dijo con voz firme, ¡ la reina !

El rey abrió la puerta. La habitacion poco iluminada no permitia á D.^a Sancha registrarla de una ojeada.

El bulto que lleva brilla y tiembla en sus manos trémulas y contra su corazon palpitante.

La reina al entrar dijo con un tono casi altanero, soy

yo, D. Fernando. Y añadió con acento muy marcado: sin duda os sorprende mi visita.

La voz de la reina estaba enrronquecida. Sus palabras eran trémulas.

—¿Qué teneis, señora? le dijo el rey. Pareceis agitada.

La reina colocó la caja sobre una mesa, y revolvió sus ojos buscando un objeto.

Clavólos al fin en el fondo de la alcoba. Cree que se remueven los tapices, y allí, en aquel punto á donde dirige su mirada, tan oscuro como su razon, ve mujeres que se ocultan, pero que quedan visibles á su fantasía.

—¿Qué teneis? ¿Qué cuidado os hace venir á estas horas? ¿Os sentís mal? ¿Me venís á avisar de algun suceso? ¿Se conspira contra mi persona? Hablad.

—No, contestó la reina. Vuestra persona es sagrada, y sois amado de cuantos os rodean. ¡Amado, demasiado sin duda!

No se conspira contra vos; se conspira contra mí.

—¡Contra vos, señora! No lo temais. Nadie se ocupa de vos.

—Sí, es muy cierto, D. Fernando. Nadie se ocupa de la reina, ni de la esposa. Su vida se desliza como uno de esos halcones que guardais en jaulas por lujo, vos que no gustais de la caza.

—Pero señora, la interrumpió el rey. ¿Estais enferma? Os conduciré á vuestra habitación, y mandaré que se os atienda ¿Estais quejosa? ¿De qué?

¿Cómo se conspira contra vos, y vivís sin embargo la vida de mis halcones á los cuales nadie atiende? Pa-

deceis, señora. Venid. Y el rey fué á cogerla una mano para conducirla á la puerta.

—¿Necesitais que salga de vuestro cuarto?

—Señora, necesito que esteis tranquila.

—¡Tranquila, vos no lo quereis!

—No os entiendo. Sólo he comprendido que no han cesado ni á las horas del sueño, vuestras constantes, infundadas é inútiles quejas.

D.^a Sancha sintió que sus mejillas se encendian, al creerse humillada á los ojos de alguna rival oculta, y queriendo detener los desprecios del rey, dijo:—Perdonad que os interrumpa. Si he manifestado algun asomo de queja, ha sido de afecto; no de amor agraviado, ni de enojo, ni de despecho. Mi venida á estas horas, es para tratar de un asunto extraño á las pequeñas pasiones que pueden agitarse entre los dos. Vos sois feliz léjos de mí. Yo estoy muy conforme con vuestra felicidad, á cualquier precio adquirida. Muy resignada. Despues de haber reflexionado, os diré más. Me siento con vuestra dicha muy feliz.

D. Fernando á quien importunaban las quejas de D.^a Sancha hasta el hastío, sintió herido su amor propio en esta resignacion de su esposa.

¡Qué rarezas del corazon humano! Ninguno quiere perder, ni los amores que desprecia.

Despues de una ligera emocion, sólo perceptible á la vista de una mujer celosa, el rey le respondió:—Me alegro infinito de que busqueis el reposo á cualquier precio. Pero supuesto que vuestro objeto no es ocuparos de tales pequeños motivos, veamos lo que os obliga á venir cuando deberiais descansar.

—Permitidme que me asegure, dijo la reina, de que ningun celoso servidor vuestro nos escucha. Esto diciendo, penetra con la lamparilla en lo interior de la alcoba, registrando los pliegues anchos de los tapices, y devorando con su mirada todos los lugares.

D. Fernando, á pesar de su enojo, pintó en su boca una sonrisa menos glacial que la de costumbre, y dijo á la reina:—No busqueis, señora, á nadie en mis habitaciones. Vuestro esposo está solo con sus planes y sus deseos.

—D. Fernando, yo...

—D.^a Sancha, vos no teneis en mis habitaciones vuestra rival. La teneis en Lusitania.

Ambos se comprendieron. El rey tuvo un verdadero placer en hallar á la reina celosa. Los celos infundados, si no pasa el martirio del corazon que los siente, si por un duro despotismo no se abusa del que los produce, es uno de los pesares más adúladores.

La reina recobró su razon al comprender que el rey no tenia más amor que el de comenzar la guerra contra los moros de allende el Duero.

—Bien, D. Fernando. Habeis entendido mi enfermedad, mi locura. Perdonad. ¡Os amo tanto! En gracia á este amor incurable, me vais á llevar á combatir con esa rival. Aquí os traigo las armas. Y poniendo una mano sobre el bulto misterioso, sobre la preciosa caja de oro, añadió: Con estas armas, hemos de derramar arroyos de sangre musulmana.

La reina la abrió.

El rey ve con profunda fruicion collares de ricos engastes, manillas de pedrería exquisitas, diamantinas es-

trellas de unas piedras en su centro enormes, y un crucifijo de plata esmaltada, imitando los coloridos de la carne, cuya efigie era digna de las artes de Atenas. La cruz toda de diamantes, ofrecia un precio enorme.

D. Fernando vió en aquella caja sus ejércitos armados.

D.^a Sancha suplicó de nuevo al rey que le permitiese acompañarle en sus expediciones. D. Fernando no podia negar gracia alguna en aquel instante que recibia tanta felicidad.

D.^a Sancha hubiera querido poseer más diamantes para comprar aún más amor á su esposo; pero en aquel momento era tambien feliz.

Maurel de Lugo, alto señor de Búrgos, venia secretamente á consultar sobre la situacion política. Este, con las instrucciones del rey, establecia su alta política secreta, para combatir las malas costumbres, extender las prácticas religiosas, y extinguir toda secta que fuese contraria á la religion establecida.

Tales visitas eran un secreto para la misma reina.

Cuando el rey que conversaba con él, sintió llamar á su aposento, hizo salir á Maurel por una puerta secreta, que tambien desconocia D.^a Sancha. Esto ocurriria en el palacio de Búrgos.

Atrasemos algunas fechas más, y hagamos un viaje de imaginacion para saber lo que ocurriria en el de Toledo.

CAPITULO IX.

LA RECIEN NACIDA.

Y á ella llevarán la gloria, y la honra de las naciones.

(EL APOCALIPSIS.)

Corrian los años de 1040.

Cualquiera que viese un arco agudo practicado en una lisa muralla, cuyo vetusto color testifican las injurias de muchos siglos; cualquiera que viese practicados en los negruzcos muros ventanas desiguales, con arquiteos pareados, divididos por una columna que llamaban ajimeces; cualquiera que viese estas murallas basadas con fosos, puentes, rampas y parapetos, y sostenidas sus simétricas piedras por colosales cubos almenados; cualquiera que viese pasando estos arcos una calle estrecha, cerrada por elevadísimas murallas, calle prolongada y tortuosa, concebirá que se halla frente, y dentro de un fuerte invencible, y no en un palacio régio donde se anidan el lujo y los más refinados placeres.

Pasado un trecho de esta calle oscura, se hallan almacenes con pertrechos de guerra, y armaduras cristianas. Aquel era un lugar donde la imaginacion árabe creaba fantasmas y cuentos supersticiosos, á la vista de los instrumentos de muerte.

Más allá, se ven hondas cuadras negras é inmundas de hacinados vivientes, que las leyes de la guerra daban al victorioso. En estos depósitos humanos, sonaban el tris tras de las cadenas, y el ay del dolorido.

Más allá, y pasando otro arco, no más suntuoso que el primero, se encuentran salones calados que adornan trofeos de victoria. Allí se halla el magnífico salon de embajadores, ostentando banderas castellanas y leonesas, y tambien de los ejércitos sevillanos, aragoneses y de Córdoba. Allí en lontananza, atravesando pasadizos de tibias luces, se descubren las enramadas de los jardines, ó el aire dibujado con los surtidores cristalinós y murmurantes.

Aquí véñse las estátuas romanas compradas en Antequera y Acinipo. Allí el pabellon voluptuoso; acá santos góticos adornando las paredes ó tirados por el suelo, remedando en sus toscas vestiduras de piedras berroqueñas, las púrpuras góticas.

Pasando á unas escaleras de losetas de colores, despues por un corredor cubierto con vidrios pintados, atravesando si se pasa por la mañana, un rayo de sol que refleja cien colores, se puede penetrar en unas salitas albas, enlosadas de bruñido mármol, igual al réceptáculo que contiene el agua tibia del baño, é igual á las tazas que derraman por sus bordes blancos cristales, que al soplo del ambiente se rompen para volverse á anudar.

Más allá de estas salitas blancas y soñolientas, se halla otra donde se apiña rica mueblería de ébano, y pintadas raíces de marfil y plata.

Arden ricas pastillas de ámbar, y resinas de purísimos

lores. Los árboles del Asia, y los jardines del Yemen, habian ofrecido las cristalizaciones de su goma perfumante. Los vestidos al mover aquel ambiente espirituoso, se impregnaban de una esencia suavísima, compuesta de todos los perfumes de la naturaleza.

Flores en jarros de plata, pedrerías en lamparillas de oro, alcatifas tejidas en Antequera, terciopelos de Valencia, divanes de Barcelona, tisúes de Granada, copiados en Alejandría, rayos de suave luz que atraviesan por estrellas practicadas en la techumbre, cerradas de vidrios de colores, y que remedan joyas de piedras preciosas, daban á aquel salon la pompa régia, y la soñolencia de la vida voluptuosa.

Los blandos tejidos del pavimento no dejan sentir las pisadas. El ambiente es de vida, la lluvia parece que ablanda sus granizos sobre aquellas espesas techumbres: los vientos no penetran las frágiles puertas de las ventanas, que á manera de firmamento, siembran la bóveda de la habitacion. La industria humana protegía allí al hombre del rigor de la naturaleza. Aquellas mansiones cómodas para los miembros, deliciosas para los sentidos, parecia que tambien albergaban la paz del alma.

Pero pasemos á la alcoba próxima donde se ve una cama con tejidos de Siria.

Yace en ella una mujer hermosa, aunque pálida, con la belleza de más de treinta años.

Apenas esta cama se eleva dos palmos del pavimento. Tiene la matrona una niña recién nacida en sus brazos, y ella está reclinada sobre almohadones de pluma y sedas y encajes finísimos. Le habla á un hombre que

sentado sobre un almohadon, y con las piernas cruzadas, revuelve entre sus manos una pipa apagada y sin aromas.

Esta mujer recostada, sostiene en la una mano la cabeza de la recién nacida, y extiende la otra para enlazarla en la del hombre, diciéndole:

—Ya ves cumplidos tus ardientes deseos. Me concede el gran Alá todos los favores que le he pedido para perpetuar tu felicidad. Deseabas una hija que fuese también mía. En mis cinco oraciones suplicaba esta gracia. Si puedes salvarla de una muerte temprana, te consolará de las ingratitudes de los hombres, descansará tu cabeza sobre su falda después de los trabajos de tu gobierno, y al volver de la guerra, su amor recompensará tus fatigosos trabajos.

Mira, Almenon, ¡qué hermosa será! Tendrá como su hermano Ali los mismos ojos ardientes y la misma boca de dulzura. Pero ¡ay! ¡qué angustia! Tú solo cuidarás de su niñez. Tu Zaida, la que has amado tanto, tu esposa, la envidia de las reinas de Córdoba y Sevilla, de Granada y Aragon, no sobrevive á la felicidad de darte en una hija el último placer.

Llámala Zoraida. Nació á la aurora, y ella será la estrella de un nuevo día que nacerá para tí.

Almenon soltó la pipa, y cogiendo entre sus manos la que le extendía Zaida, exclamó:

—¿Por qué, esposa mía, sultana mía, por qué cubre la tristeza tu corazón y la palidez tu rostro? ¿Qué sientes? ¿Por qué ese presentimiento cruel? Has padecido, estás débil, pero estos dolores de madre, según nuestros sábios médicos, renuevan la vida. Alégrate;

Alá manda que las madres se alegren en sus hijas, como él en sus obras.

—¡Sultan de mi corazon! le respondia Zaida. Yo te amo más que á las noches apacibles, más que el náufrago la calma de los mares, más que el viajero del desierto la apacible sombra, y no quisiera clavar en tu alma el dardo de mi angustia. Pero me siento morir, y quiero pedirte la última gracia.

—¡Por Alá, por Alá! No despedaces mi corazon. No me hables de morir.

—Callaré, sí. No quiero que mis labios hieran tu alma. Pero te pediré mi última gracia.

Almenon arrasaba sus negros y grandes ojos de lágrimas.

Ella continuó: separa á esta niña de la sultana que elijas.

—¡Calla, calla, Zaida! Yo no puedo amar á otra mujer que á tí. No hallaré más sultana ni en este palacio, ni en el palacio inmenso del Profeta.

—Escucha, Almenon, cuídala por tí mismo. Que las doctrinas del haren no corrompan su corazon.

—Pero Zaida mia, ¿por qué te entristece el pensamiento de la muerte? ¿Qué padeces?

Zaida con voz muy débil, habló así :

—Era la aurora. El primer rayo del dia hizo palidecer las lamparillas de mi estrado. Nació Zoraida, que así la llamarás ¿no es verdad? y me sentí feliz porque te daba una niña. Llamé á mis hijos para alegrarlos con mi felicidad. Les mostraba el boton que acababa de nacer junto á mis tres espléndidas rosas, junto á mi Hiflen, mi Hiaya y mi Alí, mis tres hijos, mis arcángeles del

trono del Profeta. Mi inocente Ali, apenas balbuceando me dijo: Zaida, madre mia, ¿matarán los cristianos que han entrado en Toledo, esta niña? ¿La harán cautiva? No, hijo mio, le respondia yo. Somos amigos de los cristianos.—No, madre. Yo los he visto, y matan.—A poco sentí gritería y silbidos de flechas. Todos me habian dejado. Yo gritaba: ¡Almenon! ¡Almenon! Pero nadie respondia. ¡Madre, madre! decian mis hijos, guárdame, que viene el cristiano. Corrí despavorida á un ajimez, cuando siento que la algazara crece, y veo relucir las armaduras cristianas junto á la puerta de palacio. ¡Almenon! ¡Fátima! grito. Mis hijos mayores buscaron asilo bajo los divanes. Sólo Ali, presentaba su débil cuerpo para defender á su hermana.

En vano llamo á las esclavas. Estoy sola, no puedo defender á mis hijos, y las puertas de mi aposento se estremecen á los golpes de la matanza. No pude entender más. Mis ojos perdieron la luz. Cuando volví á la vida, sentia mi corazon oprimido, sentia que mis entrañas iban á desprenderse, que mis arterias golpeaban con celeridad, y que mi frente se helaba por instantes. Al verte con vida, recobré un poco la mia. No quise decirte cuánto habia padecido, por no despertar tus temores. Pero hoy que veo desvanecido por el valor de nuestros soldados mi terror, me siento sin embargo morir.

Almenon dió orden á un eunuco que guardaba la puerta, que hiciese entrar al médico Alcatif, y le habló á Zaida de este modo:

—Sí, pobre compañera de mis únicas felicidades. Sí. Un grupo de cristianos atrevidos, de los ejércitos de

Leon, sorprendieron y mataron nuestras guardias, atravesando la desprevenida poblacion. Pero nuestros soldados, como todo el pueblo, combatió valerosamente, y fuéron aprisionados ó muertos. Nada debes temer. Que vuelva la paz á tu espíritu. El amor de tus hijos y la idea de la felicidad que me has dado, te volverán la vida y la salud.

Alcatif entró en la alcoba de la enferma. Despues de observarla y oirla, dispuso varios jugos narcóticos. Pasó la noche á la cabecera, como tambien Almenon. Las esclavas velaron en las antesalas.

La enferma con voz muy débil, pero con tono profético, deliró toda la noche, creyendo que el imperio musulman se desgajaba para siempre.

A la madrugada del dia tercero en que nació Zoraida, pidió la enferma que le trajesen la niña que ya lactaba de pechos extraños. La besó y dijo:

—Hija mia, paloma nacida entre los lazos del cazador. El gran Dios verdadero te haga sábia y justa, para que llesves á tu madre al Paraíso.

Cerró para siempre sus ojos.

Almenon lloró la muerte de la reina con una amarga desesperacion. Las habitaciones que Zaida habia embellecido con su gentil presencia, eran para él un desierto. El eco dulcísimo de su voz, al apagarse, cerró su alma á la ternura.

Ella le inclinaba á la paz con el cristiano: ella le despertaba la clemencia para con su pueblo: ella excitaba la caridad para con los desgraciados.

Zoraida fué en adelante su solo amor, sus solos cuidados, despues de los del gobierno.

Despertó su odio al cristiano desde aquella muerte de tal manera, que le perseguia hasta en los asilos que los tratados de paz le obligaban á respetar.

Los santos monjes de las inmediaciones de Hita, fuéron muchas veces perseguidos y acuchillados por sus mandatos, y las aras cristianas recibieron sangre de las humildes víctimas del rebaño de Jesucristo.

CAPITULO X.

DIOS LO QUISO.

No hizo pacto con nuestros padres; sino con nosotros, que ahora somos y vivimos.

(EL DEUTERONOMIO.)

Zoraida crecia tan blanca , tan gentil y tan pura como la azucena del huerto. La que le habia dado la leche de sus pechos, comenzó á alimentar su alma con buenas aunque sencillas lecciones, y con la práctica de la modestia.

Sus doncellas eran escogidas entre las educadas en el temor de Alá, y en las enseñanzas del Profeta.

Almenon llamó á los sábios en las artes y en las ciencias, para elegir los maestros de Zoraida.

Aprendió el dibujo de las flores, á tocar el arpa de seis cuerdas, á cantar los romances históricos, y á recitar con música entonacion los versos de las poéticas granadinas.

En las ciencias, aprendió la botánica, y el anciano Alkatif la enseñó muchos remedios. Zoraida curaba lepras empedernidas, la hidrofobia, la tos pertinaz, y tambien las manchas de la tez. Aprendió la lengua de Castilla, é infinitas labores de su sexo.

Pero nada significan estos talentos, comparados con el tesoro de su alma. Tampoco era nada su belleza deslumbradora, y la perfeccion de su sér ideal.

Almenon, más que padre, parecia el loco fanatizado por el amor natural, por el amor del recuerdo de otro amor, por el amor que excita el orgullo de creerse el hombre autor de las perfecciones del hijo.

¡Locura del amor propio! El padre es sólo el instrumento de un autor más potente: de un autor de voluntad más determinada, más cierta y más sábia. El Padre de la creacion es el que divide ó combina la materia, el que destruye ó edifica. El que hizo á los mares espejo de los espacios siderales; el que pobló los valles y adornó de malezas las montañas; el que creó el antro de la fiera; el aire para el ave, el agua para el pez, y el mundo todo dividido para cumplir cada uno un fin prodigioso; ese magnífico artista eterno, que varía sus obras en sus constantes leyes; ese padre del sol, domador de los astros innumerables; ese autor de millares de planetas, cuyas dimensiones se pierden en la tambien inmensa mente del hombre, es el padre creador de todas las perfecciones humanas.

Acalla tu orgullo, Almenon. Que si las perfecciones de Zoraida te envanecen, el inerte pincel de Fidias creó sus maravillosos paisajes, y un martillo y un cincel el Apolo de Belveder.

Sí, Almenon. Era un padre supremo el que habia creado la perfeccion de Zoraida. Habia sido engendrada por aquella alta divinidad, para quien no existen privilegios de razas, ni entre la humanidad, ni entre los brutos, porque todo ha sido creado para un fin objeti-

vo. Fué elegida entre tu raza, porque Dios no privilegia parcialmente á sus hijos. Para Dios, sólo existe humanidad ante los vivientes, creacion ante el Universo. En todos los lugares salpica manzanos cargados de frutos y encinas estériles. Idiotas dominados por la materia, y espíritus sublimes, que siguen con los astros los pasos de la divinidad. Por todas partes deja germinar el vicio junto á las virtudes purísimas. Así lo concibieron en su magnífico pensamiento, los creadores de la Iglesia católica; y haciendo á los cielos bóveda de su soberbio templo, columnas á su doctrina, muralla á su fe, admitieron á la congregacion cristiana, y esparcieron por igual sus dones, no llamando ante su inmenso altar al escogido, no llamando sólo al cristiano, sino á la humanidad.

Aquel espíritu perfecto de Zoraida, apareció entre los discípulos de Mahoma, entre las razas importadas del Africa.

Como nube de granizo cayeron un dia estas razas sobre las águilas romanas y sobre las de Gocia, que luchaban bajo la espada de Atila. Como nube de granizo cayeron sobre la Europa, y destruyeron las plantas añosas, ó tambien fecundaron las tierras. Improvisaron un mundo científico como el de Atenas, que los bárbaros del Norte y Oriente habian destruido con el cataclismo de su presencia. Borraron á la Roma depravada, rompieron los ídolos del tenaz paganismo, y dieron infinitos soldados á la milicia de Cristo.

¡Dios lo quiso! Las irrupciones africanas vinieron á civilizar nuestros países, sin duda para prepararlos á una cultura más alta, más perfecta.

El cristiano se habia olvidado de las predicaciones de los Apóstoles; las luchas con los bárbaros que demandaban pan y sangre, oscurecieron la luz del Evangelio. ¡Dios lo quiso! No fuéron sólo los mártires del circo romano los que lavaron con su sangre las manchas del paganismo. Tambien la media luna abatió los ídolos, y abrió el camino de la civilizacion, para que ondease la bandera del Crucificado.

El cristiano se halla en medio de las predicciones de los Apóstoles, las hechas con los discípulos que de mandaban pan y sangre, recordación de la luz del Evangelio. Dios lo quiere. No tienen sólo los milaneses del siglo, sino los que hoy viven con su sangre, la memoria de los que se salvaron, la memoria de los que se salvaron, la memoria de los que se salvaron.

CAPITULO XI.

¡QUÉ HERMOSA!

Tu cabeza como el carmelo , y los cabellos de tu cabeza, como púrpura regatada en canales.
(EL CANTAR DE LOS CANTARES.)

Zoraida poseia una belleza deslumbradora. Sus cabellos de un castaño claro en hondas gruesas rizadas y espesas , caian hasta más de la mitad de sus faldas. Su frente tersa y con suavidad abultada , parecia competir con las de las Minervas atenienses. Nariz regular y de una ligerísima curva entrante , agraciaba en su rostro la bondad de su alma. Sus ojos grandes y del color de los cabellos , tenian una viveza á veces , una dulzura otras , signos del sentimiento que la poseia. Su ceja larga, poblada y casi extendida, rozábase con espesas y curvas pestañas. Era su boca de labios delgados, rosada y más expresiva que pequeña. Sus mejillas mórbridas como las de las jóvenes del Ticiano. Un pequeño lunar á un extremo del labio superior, parecia un alcaide de las prisiones del amor. Él era el agente que atraia la mirada amorosa sobre aquella boca de gracias, de honestidad , de sabiduría , de bondades , de sonrisas, de caridad , de consuelos. Era imposible que copiase el

pincel más suave, las blandas curvaturas de todo su contorno.

Una ligera elevacion de su cráneo, hubiera hablado á los frenólogos modernos, de la firmeza de su carácter.

Tenia la estatura proporcionada, despues de la pubertad.

Nos trasladamos á esta época, aunque su niñez no fué infecunda en rasgos de talento y de virtud. Que los árboles bendecidos del Señor, anticipan sus frutos á las templadas brisas de la primavera.

CAPITULO XII.

LAS FLORES.

Como aquellos que disponen un bñ-
quete, andan buscando satisfacer el
gusto ageno, así nosotros por amor
de muchos, llevamos con gusto esta
fatiga.

(LOS MACHABEOS.)

Todos los placeres de Almenon consistian en instruir á Zoraida, en complacerla, en colmarla de riquezas, en fin, en ofrecerla todos los dones que para ella pudie-
ra alcanzar. No habia peticion en los labios de su hija
adorable, que no fuese concedida como un mandato.
Sólo una se le negó. Era, la que se fundaba en el mis-
mo amor que la tenia.

Zoraida, lleno su corazon de la más vehemente cari-
dad, pide á su padre por los desgraciados que gimen en
las mazmorras. Le pide con lágrimas, le pide de rodi-
llas; pero aquel gesto angelical afectado por la compa-
sion, le representa al rey de Toledo á su Zaida, llo-
rando por sus hijos, cuando el cristiano asaltaba las
mismas puertas de su habitacion. A Zaida pálida y
muerta por causa del cristiano; y en vez de que la voz
suplicante moviese su compasion, despertaba todos los
recuerdos de sus iras.

Por ellos, decia Almenon, no vive Zaida. Por ellos no

goza aquella hurí celestial las caricias de esta hija hermosa como las prometidas del Profeta. Por ellos, por sus tenaces guerras, por su ambicion incansable, por su sed de sangre mora, no puedo velar á mis hijos, é Hiaya se sume en el vicio y en las pasiones cobardes. Por ellos, no brillan en Toledo con todo su esplendor las artes bellas. Yo que anhelaba ser Joséf por la prudencia, Abderraman por su amor á la paz y á la sabiduría. Por ellos, padezco todos los azares, todos los tormentos, todas las desventuras. Por ellos no te contemplo, Zoraida, desde la noche al dia, desde un sol á otro sol. Por ellos suenan roncós los atabales en vez del arpa de seis cuerdas, al son de los metales mágicos de tu voz, ¡hija mia! No, añadía, tu piedad te ciega. El cristiano es incansable en sus tareas de guerra. Ellos han labrado en mi corazón el odio que no conocia. Los trataba como á vencidos. Hoy los trato como á fieras devoradoras. Son el fuego de la resina negra que el huracan anima y el agua enciende. Son el lobo que nunca se domestica. Y ya no los quiero vencer, sino exterminar.

Después de estos pensamientos, y cuando Almenon juzgaba que los cristianos en Toledo arrebatarían en esclavitud á su Zoraida, enviaba partidas con órdenes severas á las aldeas y á los campos de Solanillos, que convertían las humildes chozas de los abandonados campos, en teatros de sangre. Los monjes, bajo la regla de San Benito, que ejercían en aquellos recintos sus santas misiones, eran los primeros en convertir aquellos lugares en escenas del martirologio de la primitiva Iglesia.

No podia, sin embargo de su saña, concebir las refinadas barbaries que ejecutaba la soldadesca fanática.

Zoraida calló al fin sus súplicas , comprendiendo que con ellas agravaba la suerte desdichada de los esclavos; pero lloraba en secreto, pidiendo al gran Alá que la librara de presenciar las crueles angustias que en su mismo alcázar, asilo de los placeres, veia padecer á una tropa de desdichados.

Acababan de mutilar á un esclavo.

Muerta en su presencia una esposa objeto de su amor y despedazado el único hijo que apenas balbuceaba el nombre de madre , el padre infeliz sujeto á la cadena, fué arrastrado hasta las mazmorras de Toledo. Allí maldecia y gritaba para provocar la ira de sus verdugos y la muerte que pedia. Pero no consiguió la dicha de morir. Su lengua fué dividida y curada con hierros candentes.

El corazon grande, puro y compasivo de Zoraida oprimiése de dolor. A los ayes del desgraciado, sintió que se estremecian sus entrañas. La pompa régia que la rodeaba , los placeres que se la ofrecian, le parecieron harapos comprados por la crueldad é insultos á la desgracia. Las telas de oro que adornaban su belleza , tejidas á fuerza de látigo por sus esclavos, los simétricos jardines, los pabellones y las mezquitas, todo lo vió tejido , cultivado ó erigido con sangre humana.

En aquel instante de santo despecho, tira las sedas que la engalanan; destrenza de sus cabellos los hilos de corales de Golconda; abre las jaulas de oro de sus gilgueros y palomas; saca los jarrones de plata henchidos de flores á los ajimeces, y dice :

— ¡Galas tejidas con angustias y sudores humanos!
¡Galas que no sois el fruto de la santa oracion del

trabajo sino del acerbo dolor ! Si embelleceis mi cuerpo, afeais mi alma ! No os quiero. Y vosotros, esclavos de mis prisiones que os encerraba para gozar los encantos de vuestros trinos ó el arrullo de vuestros amores, id, extended las alas que Dios os hizo para cruzar los espacios. Cantad libres las alabanzas á Dios en los árboles de los huertos, ó sobre la peña de las montañas. Id con vuestras alas envidiables á cantar en la primera alborada el himno al gran Hacedor. ¡Purísimas palomas ! ¡inocentes gilgueros ! por el amor que os tengo, pedid á Dios que como á vosotras, me dé la libertad de alabarle , bajo la inmensa bóveda de su santo templo.

Y vosotras, flores encantadoras , nutríos con el balsámico ambiente que refresca vuestros pétalos brillantes. No os volveré á separar del tronco donde teniais vuestras madres y vuestros hijos. No sereis mis esclavas, no abusaré de mi poder sobre vosotras. Perdonadme si teneis conciencia de mi crueldad.

Zoraida lloraba pronunciando aquella sentida oracion, que tal es el entusiasmo de la piedad ofrecida al Dios de las misericordias.

Llamó á su nodriza , pidióle un humilde vestido de los que ella usaba , y la princesa de Toledo se convirtió en una belleza humilde , pero celestial.

La luna menguante alumbra el firmamento, y envia sobre las flores calladas que perfuman el ajimez del cuarto de Zoraida, la luz de su semicírculo de oro.

—¡Luz melancólica ! exclamó. ¡Signo misterioso de mi raza y de mi religion ! si alumbraras mi alma como alumbras estas flores, y las lágrimas que brotan de mi dolor , yo podia salvar á los encadenados y afli-

gidos. Yo podría unir todos los hombres bajo un mismo trono, bajo el templo de una misma divinidad. ¡Astro de los desdichados! ¡signo de la fe de mis abuelos! óyeme. Yo más quiero el silencio de los sepulcros, que las fiestas y algazara de mi palacio. Junto á los muertos vese á Dios. En medio de los vivos, veo tus obras profanadas. ¡Oh sér infinito!

Zoraida parecia enmudecida. Fátima, tambien silenciosa la contemplaba.

—¡Hija mia! la dijo esta al fin. ¡Lloras! ¿por qué? Tú la más hermosa de las princesas, la más sábia, la más rica, la más amada. Nieta de reyes, señora de mil esclavos. ...

—¡Calla, Fátima, calla! Esa dicha es un remordimiento. ¡Señora de esclavos! Es una riqueza que empobrece y agobia mi espíritu. Ese lujo rompe mis entrañas. ¿Con que yo debo estar orgullosa cuando escucho esos lamentos de dolor? Ignoro las leyes del hombre en el mísero ejercicio de su fuerza mortal. Pero conozco la ley natural, la ley de Dios grabada aquí en mi pensamiento que me dice: ese que gime bajo tus piés, es un sér igual á tí.

Yo me postro ante su santa ley más sábia y poderosa que las que existen entre los reyes y los esclavos.

Fátima no entendia el sublime lenguaje de Zoraida; pero al escuchar su tono solemne, no pudo contestar sino con un mudo respeto.

La voz del mutilado sonaba enronquecida.

La angustia de Zoraida se redoblaba.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó. Hacedme conocer un lugar donde no oscuche los ayes de los vencidos

por los hombres, sino sólo por vuestra inmensa sabiduría. Zoraida oyó que le dijo: «La hallarás.»

Volvióse hacia el centro de la estancia; pero á nadie vió.

Su cabeza ardia, su pecho palpitaba con recios latidos.

Llamó de nuevo á Fátima y la dijo:

—¿Me amas tú, única madre mia?

—¿Dudas, Zoraida, despues de diez y ocho inviernos que no ha pasado un dia sin bendecirte, una hora sin alegrarte? ¿Quién te dió su leche? ¿Quién abrigaba contra su pecho tu cabecita de arcángel? ¿Quién muller tus almohadas por sus propias manos? ¿Quién mató tantas aves recién nacidas para tus cogines, sino tu Fátima cuidadosa?

Zoraida dijo para sí:

¡Qué horror! ¡Matar para gozar! ¡Sangre para ser feliz!

—¿Quién, continuó Fátima, veló tu sueño, curó tus males, lloró por tí, sino esta segunda madre, que te quiere más que á su propia hija?

—¡Cuánto te agradezco tu cariño! Pero mira, Fátima. Ese cariño no me hace feliz. Mi padre tambien me ama; pero oprime mi corazon. ¿Y qué amor es el que no sabe enjugar el llanto? ¿Qué amor el que le hace brotar á raudales?

—¿Qué quieres? ¿Qué deseas? Tú no amas los vestidos de igual tejido que los de Siria, que iguales se tejen en Valencia, Granada y Toledo. Tú no deseas pasear en litera, porque esos bárbaros cristianos no carguen con tu peso precioso: ni gustas de tus estrados

más ricos que todos los harenes. ¿Qué deseas? ¡Ah! ya lo sé. Libros serán. Esos libracos tan feos que te trajeron cuando las últimas levas de esos santones de Hita. Bien, buenos ó malos, tendrás más. También querrás pinturas de Roma. Las tendrás.

—Deseo más todavía, Fátima.

—Habla, hija mia, habla, y serás obedecida.

—Quiero que me acompañes á las mazmorras de los cristianos, para llevarles pan candéal al enfermo, agua pura á todos, abrigo y medicinas á los enfermos. Quiero más. Quiero que me busques un servidor leal que rescate con mi oro á los más desgraciados.

—Hija mia, veo que has perdido la razon.

¿Cómo bajar entre esa gente blasfema una princesa honesta? ¿Cómo poder llevar tanta agua y pan como necesitan? ¿A dónde tenemos vestidos para cubrir á tantos desnudos? ¿Cómo entrar en aquella inmundicia, cuando ni por la puerta puede pasarse del mal olor que despiden esas cuadras? Y no es esto lo más. Si el rey lo entiende, ¿qué será de mí? ¿No sabes, hija mia, lo que el rey aborrece esta raza inquieta y guerrera? Y en verdad tiene razon. ¿Nos dejan un momento en sosiego? Si no fuera por tan dura persecucion, ¿dormiriamos una noche en paz? Ya, ya meterian hasta en nuestros cuartos sus armas y sus tales Cristos. ¿Sabes tú, hija mia, lo que es un cristiano suelto? Es más atrevido que el viento que se entra hasta por los resquicios. Ni que vean la muerte al ojo, ceden un palmo. Sus santones y alfaques les dicen: «á ellos,» y amiga, arremeten con los moros, y hasta despues de muertos, dicen que dan lanzazos.

Y aún prisioneros. ¿Crees tú que si no hubiera tanto rigor, no comerian de nuestras carnes? Despues de todo, ¡son tan testarudos! Por más que nuestros santones les leen las *suras del Coran*, nada. Ni se conmueven, ni aprenden, ni se convierten. Siempre están con su Cristo acá, con su María allá. ¿Sabes quién es su María? Una especie de Mahomesa que ellos dicen que se llevaron los ángeles al cielo, y otras veces que viene aquí abajo á gobernarlos. ¡Disparates! Ya sabes tú que cuando bajó el Borac por nuestro Profeta, le llevó sólo. El Borac ni el ángel Gabriel no han vuelto á bajar más, ¿cómo puede ser verdad? Y luego, ¿cómo puede haber un Profeta mujer? ¡Qué, si estos cristianos dicen unos disparates!

—¡Pobre Fátima! No puedo contradecirte, porque no me entenderias. Pero mira, yo sólo quiero aplacar su hambre y sus angustias. No puedo resistir esos lamentos.

—Pierde cuidado, cambiaremos las habitaciones para que no los vuelvas á oír.

—¡Ah! no, no. Es más cruel el que huye del dolor, que el que le causa. El que le causa tiene ciega su razon: el que huye, ve, y cierra los ojos para caer con voluntad en el error.

—Hija mia, como te han enseñado tantas artes, y tantas lenguas, sabes unas palabras que yo no entiendo. Pero yo para mí sé, que los cristianos son malos. Que no creen nunca en nuestro Mahoma. Que hasta en las prisiones rezan sus tonterías, y que aunque los maten, nunca dicen pues señor, creo en Mahoma. Nada, Cristo y Cristo, aunque les claven saetas.

«Pero creen, dijo Zoraida, en un Dios solo como nosotros.

—Eso sí. Eso he oído decir. Que cuando oyen, «no hay más Dios que Dios,» responden: es verdad.

—Pues por ese Dios que todos adoramos, te suplico que me ayudes. Haz lo que te pido, si no me quieres ver padecer. ¡Si supieras los sobresaltos que me ocasionan esos lamentos! ¡Si tú vieras que nunca se me alivia el dolor del corazón! ¡Si vieras que á veces no puedo respirar, y que siempre que dan alguno de esos castigos crueles, parece que mis entrañas se desprenden, que mi razón se ofusca y el llanto me ahoga y me siento morir!

¡Fátima mía! ¡madre mía! ¿Los oyes? ¿Oyes los golpes? ¿Oyes los quejidos? Ayúdame á ampararlos ó me vuelvo loca.

—Por Alá, hija mía. Haré lo que quieras por no verte llorar. ¡Siempre me vences! Y es más, que yo también estoy llorando de oírte.

Zoraida no dejó un instante sosegar á Fátima. Esta acechaba los momentos, en que faltando los vigilantes más duros, podían ir con las viandas, y el agua, y los jaiques para socorrer á los infelices.

Bajaban á las mazmorras húmedas donde los gases del cuerpo humano habían corrompido la atmósfera. Los perfumes de los estrados hacían maravilloso contraste con aquel ambiente mortal.

Zoraida subía casi asfixiada. Pero cuanto más efecto le produce el espectáculo de la desgracia, más consolada se cree, porque le parece que puede aliviarla, llevando una parte del padecimiento.

La piadosa jóven comenzó á sufrir una indisposicion, por la que como preciso medio higiénico, le mandan sus médicos sábios, que respire aires puros, y que conserve no obstante profunda quietud.

Zoraida en todo cumplia las órdenes médicas; pero no deja de ver á sus pobres esclavos, ni participar de su aire mefítico.

Seduca á los guardias, baja disfrazada, agota todos los recursos del ingenio para hacer el bien, aprovechándose de las horas del baño ó del sueño.

¿Pero dónde se encuentran los espíritus maléficos, sino junto á los genios del bien?

Un guarda adulator, buscando gracia en el rey, acusa á la princesa de caridad, y á los esclavos de irresistible soberbia.

¡Cuántos míseros magnates se humillan á infiltrar el veneno en el corazon de los poderosos, para extraer el dulce jugo de los beneficios! ¿Pero cogen siempre el suave fruto? ¿Alcanzan la palma de la victoria contra su enemigo? ¿Derrumban para siempre á su adversario? No. ¡Cuántas veces beben el mismo veneno que han infiltrado! ¡Cuántas amargan el fruto para ellos mismos, y en vez del signo victorioso, cogen los espinos del desprecio!

El guarda preparó con gran misterio y aparato la delacion al rey. Parecia que iba á revelarle algun secreto concerniente á la paz ó guerra de sus dominios.

Cuando estuvo delante del rey, dijo:

—Poderoso rey, perdóname. Vengo á acusar á la virtud, vengo á delatar á la generosidad, vengo á que el tres veces poderoso señor de Toledo, detenga

una noble accion. Vengo á acusarte lo que más amas.

—Habla, dijo el rey.

—La más hermosa princesa de todos los tronos musulmanes, llevada de un ardiente deseo de prodigar el bien, ofrece abundantes dones á los esclavos: rescata con el oro de Toledo los cautivos de los reinos enemigos, y el vil cristiano, en vez de agradecer tan altos beneficios, crece en su soberbia, y á la sombra de ellos, conspira.

—¡Las pruebas! dijo el rey con prontitud.

—¿Cómo, señor, llamar testigos contra la alta princesa tu hija? ¿Quieres verla por tus propios ojos bajar á las mazmorras con las viandas, que por su mano suministra al bárbaro? ¿Quieres oír las alabanzas que ellos la prodigan por la esperanza de su libertad? Alabanzas mientras les duren sus cadenas. Si consiguen como esperan desatarlas, ¡ay de su bienhechora! El primer puñal se clavará en sus entrañas.

Almenon sintió que se refrescaba su enconosa llaga. Le parecia ver á su Zoraida bajo los piés esqueléticos de aquellos hombres, que habiendo perdido el cuerpo, conservaban una sombra material, un espíritu invencible.

Zoraida ignoraba que era vendida. Fátima vino á instancias de su señora con dos cestitas llenas de tortas albas y viandas. Zoraida iba envuelta en un manto de lana, como si fuese una servidora.

Oculto el fraude entre los pliegues de su manto. La caridad intenta engañar á la tiranía.

Al pasar á la inmunda habitacion, Almenon se presenta á su puerta. No duda ya de lo verídico de la acu-

sacion. Zoraida con la faz encendida , no ve siquiera lo que la rodea ; pero comprende en el continente y gesto de su padre, que su cólera es terrible. Quiso hacer un esfuerzo para disimular su sorpresa ; pero es en vano. Su lengua tartamudea un saludo.

Almenon miró en torno de la turba negruzca y des-
arropada ; miró aquellos semblantes adustos por los pa-
decimientos , y mirando despues á su adorable trasunto
de belleza , creyó ver en las garras del buitre á la ino-
cente paloma , y se estremeció.

— ¡ Qué ! ¿ Qué venias á hacer en éste lugar ? Díjole
con una voz enronquecida. Zoraida con su dulce metal
le responde :

— Verte , padre.

— ¿ Sabias que te buscaba ?

— Sé que quieres hablarme.

— Zoraida , Zoraida , abusas de mi amor , y el padre ,
blando con la hija obediente , será cruel con la hija in-
dómita.

— Padre , por Alá , no quisiera ofenderte.

— ¿ No quisieras , y vienes á este inmundo lugar , á
este antro de fieras , á la caverna del leon ? Ven. La
coge en esto de una mano , la lleva á una habitacion de
un guardia , manda desalojarla , y cuando hubo estado
con ella solo , le dijo con voz tremenda :

— Tú , hija cruel , encanecerás mi cabello.

Tú me llevarás al sepulcro por tu imprevisor é in-
oportuna piedad. ¡ Necia ! Compadece al lobo hambriento
y entrégate á su voracidad.

Y reparando , esto dicho , en el 'bulto' que envolvía
entre su manto la princesa añadió : ¿ Qué llevas , qué

guardas? Zoraida toda trémula, bajó la cabeza y no respondió. ¿Qué llevas, volvió á preguntarle con voz rugidora? Zoraida con su voz dulcísima y cortada le respondió.

—Flores, señor.

—A ver, despliega ese manto. Díjole con voz imperiosa. La sumisa jóven hubiera querido obedecer; pero temiendo ser descubierta, en vez de abrir los pliegues del manto, los apretaba con sus crispados dedos.

Crece la furia en Almenon, y sin esperar más, él mismo abre aquellos dobleces misteriosos.

Rosas, violetas y jazmines sólo aparecieron entrelazados.

Almenon quedó sorprendido. Sintió al momento haber empleado tanta dureza contra su hermosa y humilde hija; pero en vez de calmarse, culpándose de imprudencia, manda llamar al guardia delator. Éste se presenta, creyendo venir á recoger el premio de su delacion; ¡pero cuánta fué su sorpresa, al ver que el buen rey lleno de cólera, manda cortar la lengua del calumniador!

Zoraida al escuchar la sentencia del culpable, interpuso sus súplicas, pidió para él la completa absolucion. Almenon necesitaba conceder á Zoraida algun beneficio para reparar su injusticia.

Estas son las flaquezas del amor. Jamás se concede tanto, como despues de haber desplegado el rigor sobre los que amamos.

Dicen que Fátima corrió á ocultar lo que ella llamaba delito, tan pronto como vió que el rey les salió al encuentro. Cuentan que necesitó sorber unas cuantas

tazas de yerbas cocidas, para calmar su indisposicion, y que decia:

¡Qué susto tan mortal! Ya me lo sospechaba, y por eso..... Vamos me quedé como esos reyes de piedra que están en los pasadizos. Por el Profeta aseguro que ya no vuelvo más. ¡Y qué cara tenia el rey! Sino es porque tanto quiere á Zoraida, yo no le dejo solo con mi niña. Espumas echaba por la boca, aunque yo en verdad, ni me paré á mirarle. Yo corría como si no me pesasen los años. Pero cuando una empresa sale mal, no hay consecuencia buena. Bien vengas mal, si vienes solo. En la carrera me pisé el manto, y ¡bum! á tierra. ¡Qué golpazo dí! Pero tan pronto como caí, arriba. No me detuve ni un instante, corriendo hasta refugiarme en tu cuarto, hija mia.

Hablaba con su hija Zulema, la que le suministraba un agua olorosa para calmar su agitacion.

CAPITULO XIII.

LOS HÉROES PROFANOS Y LOS HÉROES RELIGIOSOS.

Con toda tu alma teme á Dios y reverencia á sus sacerdotes.

(EL ECLESIASTICO.)

Almenon sin dejar los temores por la presencia de su hija en aquel sitio, le dijo : ¿ Pero qué venias á hacer aquí ?

— Padre, respondió. Aquí converso con los cristianos, y no olvido la lengua que me mandaste aprender. Leo sus libros que algunos suelen escribir protegidos por tu hija, que gusta infinito de sus historias.

Tambien, padre, vengo á otra cosa que por no enojarte no te puedo decir.

— Sí, Zoraida, cállame lo que contra tí pueda enojarme. Pero, hija mia, ¡ guárdate del cristiano !

— Padre, le dijo Zoraida, todos me aman.

Desde este dia aumentó Almenon las rentas de la princesa, y Zoraida pudo ser más espléndida en los alimentos que daba á sus pobres, en los rescates y hasta en proteger las fugas. Zoraida, amiga de un monje anciano que fué apresado en un monasterio de las inmediaciones de Hita, intentó darle libertad ; pero los hé-

roes cristianos preferian los martirios á abandonar las santas empresas, y el anciano habia emprendido la conversion de Zoraida.

Los talentos del monje, su mansedumbre, su estoicismo en las penalidades, la caridad que brotaban sus labios elocuentes, el asídúo cuidado que empleaba en los pobres enfermos, las exhortaciones para estimular el valor en los sufrimientos, le convertian, no en un fanático como le llamaria un despreocupado, ó más bien un libertino moderno, sino en un héroe de virtud.

✕ La filosofía profana no reconoce más héroes que los de la espada. Y ¿qué son los héroes de la espada con los héroes de la resignacion?

El Cid, la gran figura militar que aterró á los enemigos, asaltó con el auxilio de sus soldados y de su atrevida tizona los castillos y las murallas, asaltó las plazas, recorrió y quemó las mieses, venció á los condes y á los reyes, llenó el escenario de las guerras de cadáveres, desoló familias, dejó desiertas ciudades, arrastró mujeres y niños y ancianos y heridos á los carros del botin, nada era para él la muerte. Todo era el honor y la ambicion. Nada era para su virtud militar el exterminio : todo era el vencer.

Comparemos esta figura que hace ocho siglos se levanta en primer término en el cuadro de los héroes españoles, sin que otro alguno haya podido ni aún colocarse cerca de él. Comparémosle con uno de los más oscuros que han acometido la santa empresa de las conquistas espirituales.

Ved al discípulo de Loyola atravesar los mares tempestuosos con rostro risueño, aunque allende las olas

soberbias, no va á buscar las mercancías que le deban enriquecer. Ved al angelical Javier ir á conquistar ciudades para Jesucristo que es su rey; para la Iglesia que es su reina. No va aquel vasallo de Jesus vestido de oro sobre el caballo bien enjaezado. No lleva espadas ni puñales de afiladas hojas; no camina en medio de un ejército de combatientes, cuyos aceros todos le defienden. Camina á pié por los desiertos; va vestido de estameña oscura; su espada es una cruz al pecho, y su bandera el libro del Evangelio. Ni las lluvias, ni las tempestades, ni los torrentes, ni los altos peñascos le arredran. Va á morir tal vez de sed ó cansancio en el fondo de un rio ó en el pico de una montaña, donde la caridad humana no reciba ni su último aliento de agonía. No quema las mieses para destruir el pan del labriego. Atraviesa los campos sembrados bendiciendo la abundancia, y los eriales bendiciendo la naturaleza, donde impera la solemnidad del Creador. El sol quema su alta frente; el huracan le estrella contra la roca; la fiera ruge próxima. Tal vez á otro dia sus huesos masticados no dejarán rastro del héroe que espiró en una oscura y silenciosa batalla.

Entra en las ciudades. Veámosle al frente de sus ejércitos. Millares de bárbaros le cercan. Él batalla por arrancar de los corazones endurecidos en sus creencias la religion de sus antepasados. Va á luchar solo y frente á frente con falanjes de insensibles, más duras que los castillos y las murallas. Pero nada le arredra. Nada turba su sonrisa, nada detiene su dulce y persuasiva palabra.

Vence. ¡Qué conquista tan inmensa! Ya caminan

tras del vencedor humilde las turbas de esclavos. No famélicos, no ensangrentados, no maldicientes, sino alimentados con un pan celestial, ungidos con los bálsamos del consuelo, pacificados y vencidos con las dulces leyes de la religion.

Pero el héroe no vence. Todavía es más santa, más inmarcesible la aureola de su gloria.

El misionero Javier fué vencedor y al cabo vencido. Fué héroe dos veces. ¿Dónde está su sepulcro? ¿Dónde las líneas de su historia? No hay mármoles bruñidos para guardar los héroes de la virtud.

La biblioteca de los discípulos de Ignacio, encierra este nombre inmaculado.

CAPITULO XIV.

IMPRESIONES.

No pongas los ojos en la doncella,
porque no tropieces en su belleza.

(EL ECLESIASTICO)

Antes de llegar el rey de Castilla á Toledo, estaban ajustados los convenios amistosos. El de Toledo no tenía fuerzas suficientes con que dominar al vencedor de Visco.

Los campos talados desde Galicia á Madrid, anunciaban una carestía angustiosa.

El de Búrgos satisfizo sus ambiciones y necesidades con el oro del de Toledo.

Almenon presentó hábilmente á D. Fernando todos los esclavos cubiertos con ropas aseadas. El rey de Castilla, que aprovechaba todas las lecciones, no olvidó aquella muestra de cultura y delicadeza de sentimientos.

Al dintel del salon de embajadores, se le presentó una corona de oro en una bandeja de plata, igual á la que habia ceñido la frente de César.

El orgullo de Fernando I quedó satisfecho.

Hiffen, Hiaya y Alí, como el bellissimo y grave Almenon, vestian ricos trajes plagados de piedras precio-

sas , y las empuñaduras de los puñales fabricados en Toledo, brillaban en sus fajas como carbunclos en la oscuridad. Mantos ó jaiques blancos sin labor alguna parecían las pantallas de aquellos cuerpos como lámparas encendidas, donde reverberaban las luces de colores de los de pedrería.

No parecen los príncipes y el rey más ricos que los de su córte. Que los grandes señores ostentan en los suyos las riquezas que no caben en sus personas.

D.^a Sancha ceñía una muy baja diadema sobre su cabello negro, y ajustado en bandas sobre la frente. Un velo de lino tejido con mezcla de hilos de oro, caía sobre su muceta de seda. Esta descansaba sobre un manto teñido con el insecto que entonces criaban los nopales de Andalucía. Un vestido de tisú abigarrado con flores rojas y azules, sandalias con broches y cintas de oro, rizados bullones ajustando el cuello y rematando las mangas, perlas en pabellones adornan el pecho, y sujetando con sus hilos una joya de escaso valor, concluyen su vestidura.

La reina era de rostro moreno y aguileño, de ojos negros grandes y de espesas pestañas, ceja poblada y casi corrida, nariz recta, boca un poco grande, aunque contraída, alta, de manos huesosas, de venas visibles, de duros contornos y de andar varonil.

Más remedaba el aspecto del guerrero que el de una mujer.

Almenon hizo vestir á Zoraida el magnífico vestido de seda de Persia, blanco, y á listas bruñidas y caladas, rematando sus faldas en una fimbria de labores de oro. Las sedas del traje ajustaban su pecho en un airo-

so corpiño, y espesas y ricas pedrerías formaban una especie de armadura, como baluarte de su honestidad. La toca tunecina mal encubria su cabello, pues trasparente ó despedia con sus olas de perlas dos magníficas trenzas tejidas con hilos de oro, y salpicadas de globitos esmaltados del mismo metal. Un jaique azul celeste con franja de perlas por todas sus orillas, recibía un velo de transparente tejido, el cual cubria su rostro al presentarse, y por súplica del rey y orden de su padre, cayó á sus espaldas, dejando aparecer las luces de sus ojos bellísimos, y el tinte de su rubor.

Calzado y abanico asiáticos, brazaletes, collares y ajorcas brillan en su cuello, ciñen sus desnudos y mórvidos brazos, y ajustan las gargantas de sus piés, y concluyen su traje ideal. Aquel lujo deslumbrador y aquella figura encantadora, le pareció á D. Fernando una mágica aparicion.

Zoraida seguia tímida los pasos de su padre. Hubiera deseado presentarse al ambicioso exterminador sin lujo que despertara su codicia. Pero el rey de Toledo, en su orgullo un tanto abatido, queria mostrar al de Búrgos que por amor á la paz, más que por impotencia para la guerra, habia ofrecido su oro al rey conquistador.

Mas su primer orgullo era mostrar sus hijos ricos, lustrados, bellos y valientes, porque Almenon poseia un corazon lleno de ternura, de valor y generosidad, sentimientos inutilizados bajo el imperio del Profeta guerrero. El padre de familia hacia voluptuosos á sus hijos por las leyes de Mahoma, y el rey era déspota con sus vasallos.

La reina fijó sus ojos en la jóven árabe. El rey de Búrgos, cruzando ceremoniosas palabras con el de Toledo, apenas acierta á pronunciarlas.

Almenon experimentó el orgullo de todo padre que presenta sus hijos á las admiraciones, comprendiendo el efecto que produjo en el vencedor de Lusitania la presencia de tanta belleza.

¡Cuánto placer sintió, aunque todavía su orgullo reservaba en su hija más ricos dones que ostentar!

El guerrero duro de corazon, el rey severo, el político astuto, el suspicaz en el trato, el cruel en la necesidad y arrebatado en la ira, el esposo indiferente y el hombre casto, vió por primera vez el prodigio de la perfeccion. El sagaz, cuya mirada penetraba el fondo del alma, lee una línea en aquella frente serena que dice *espíritu*. Lee en aquel seno cubierto y palpitante otra línea que dice *virtud*.

—Hé aquí, dijo D. Fernando para sí mismo, un universo compendiado.

No la belleza de las perfectas líneas que forman el rostro de Zoraida, atraen sólo las miradas del rey extranjero. Era esa belleza seductora, poderosa de la expresion, que ofrece una nueva belleza en cada sentimiento, que se contrae y expansía, que llora, tiembla y rie y ama.

Era la belleza para él sensible la que asoma á las mejillas con tintas de rubor, la que marca en la frente una inteligencia sublime, la que dice en las lágrimas sientto compasion, la que sube á la boca de pureza del alma, la que marca en los hálitos todas las fojas de aquel libro espiritual.

D. Fernando no detuvo sus reflexiones sobre su sorprendente aparicion. Los que como él meditan en la soledad, hallan formuladas las verdades filosóficas en el bullicio.

La reina, despues de su sorpresa, fijó los ojos en los de su esposo, y al comprender la impresion bajo cuyo dominio le veia, se sintió altanera ante una mora hija de un rey, más que vencido, humillado.

Comparó las empedradas y ricas joyas de la princesa con las pobres que adornaban su pecho, y su orgullo de virtud cívica se sintió ensalzado. Aquella no habia convertido como ella sus diamantes en ejércitos armados, en falanges sangrientas. ¿Qué valia una princesa mora, para una reina cristiana? De esta manera, si no discurría la señora de la córte de Búrgos, por medio de una impresion aglomeró todas estas ideas en un punto y en un instante.

D. Fernando, el codicioso de tierras y de ciudades, hubiera dado por aquella jóven toda la rica herencia de Leon.

A pesar de sus hábitos de disimulo, reveló por primera vez su sorpresa.

Los espíritus altos y concentrados, saben preparar sus gestos para guardar las emociones. Todo lo preveen; para todo presentan en su rostro la muralla de la insensibilidad. Pero si les asalta una emocion por un acaso imprevisto, el rostro lo delata, aunque pese á las almas reservadas.

La reina fijó los ojos primero en su esposo, despues en Zoraida, y las palpitaciones de sus arterias comenzaron á ser frecuentes y recias. Contestaba á las pala-

bras del rey de Toledo, sin conciencia de lo que decia.

Su vista, clavada en el continente de Zoraida ó en el rostro del rey, penetrando en él todos los pensamientos, absorbía toda su existencia inmaterial.

El rey recibió la corona con una modestia que no esperaban los príncipes de Toledo hallar en el glorioso conquistador.

Almenon, enemigo natural de la raza goda, ó más bien, enemigo del cristiano inquieto, experimentó una agradable atracción hacia aquel rey que esperaba altanero, y que halló no sólo social y amistoso, sino admirador de las artes y cultura de su país.

Mil servidores se ocuparon en preparar manjares y comodidades á los régios huéspedes.

Zoraida misma no se separó de la reina hasta dejarla en el mullido lecho de lino y sedas tejidas en la ciudad, emporio de riquezas, la bellísima Granada, á quien llamaban la Damasco de la Europa.

Blondas de Italia, perfumes, alcatifas, luces templadas, todo lo suave para los sentidos rodeaba á la amazona de Castilla y de Leon.

Pero no estaba al lado de su esposo, con ella graciosa, y por gracioso tirano, puesto que ella arrastraba á los piés de él una pasión. Cruel le llamaba, porque á su frenesí de amor la devolvía un desden invencible en sus hipócritas señales de atenciones en público, y de olvidos y ausencias en secreto.

Así que, ni el lujo ni los objetos agradables que la rodean, merecían una mirada de curiosidad. Tampoco la más ligera atención aquella princesa hermosa y solícita. Todo la molesta. Todo la cansa. Los perfumes

la fatigan, los cuidados la importunan, la tibia luz la ciega, la claridad la irrita.

¿Habeis, lectores, comprendido los amores y celos de la mujer enérgica y honrada?

Yo os diré lo que sé.

CAPITULO XV.

LA HIDROFOBIA DEL AMOR.

Un espanto y un temblor se apoderó de
mí, y todos mis huesos se estremecieron.
(Job.)

El grande amor necesita alimentarse con las atenciones y el amor exclusivo del que se ama. Todas las sensaciones y pensamientos le corresponden en justa paga de los que ofrece. Es el corazon de la amante un receptáculo insaciable, es una tragante sin fondo, es un mar en borrasca, cuyas bravas oleadas todo lo sumerjen.

Su energía es para ella una enfermedad, que en vez del aniquilamiento, produce la fuerza, redobra la vida, y con ella la sensibilidad, y lo más recio del padecer.

Su honradez la encierra en un mundo donde no se ve más que á sí misma, y donde no pueden comprenderse las pasiones frágiles. El amor legítimo mal correspondido, es el solo pesar digno de compasion. Los tormentos de las pasiones no legitimadas por una ley, son tambien ilegítimos, son fraudes á la justicia, son crímenes que merecen la execracion, el castigo de sus propios males y de males nuevos: merecen ser perse-

guidos por los hombres, y merecen el anatema y el castigo de la divinidad.

Las faltas que no se saben comprender, son delitos que tampoco se saben tolerar. Y las faltas que no cometemos, tampoco sabemos perdonarlas.

Sólo las grandes almas, por más que sean puras, todo lo comprenden y todo lo perdonan.

Ved á Jesus que bebe el agua del cántaro de la Samaritana, que le adivina sus culpas y que la perdona. Sólo Jesus más sóbrio que Diógenes, comprende sin embargo las prodigalidades de la pecadora piadosa, y dice á los que la acusan: « Dejad que prodigue su bálsamo, que pronto no me tendrá ».

No he leído en las historias griegas que aquellos sábios maestros de las artes plásticas erigiesen ni representasen estatuas de la tolerancia. Si se reprodujeran en nuestros dias de decadencia artística, aquellos profundos estudios que los filósofos del pincel y del buril hacian del hombre moral en sus reproducciones materiales, representarían una mujer con una frente inteligente como la de Minerva, y con un corazón encendido como el de la Caridad cristiana. Sí, es necesario para ejercitar con acierto esta virtud, las facultades del entendimiento y del corazón; pero como aquel divino conciliador, todo lo había adivinado y previsto, nos dió su sábio consejo en su santo ejemplo, para que sin las grandes dotes de una alta razón, imitándole, seamos sábios perdonando siempre, sin dispensarnos de la caridad de corregir, como él hizo con las mujeres pecadoras.

Pero la heredera de Leon carecia de esta inteligencia

privilegiada, que deja conocer el ageno corazon, y sus pasiones violentas perturbaban por entonces la bondad del sentimiento que la santa creencia debia grabarle.

La escasez de ideas de aquellos tiempos le imponian los hábitos de los pueblos bélicos, que en vez de tolerar, perseguian; en vez de estudiar mataban. Idea que D. Fernando con su alto talento combatia, unido á aquel clero que aunque hubiese sido estúpido individualmente, era sábio siempre en coleccion, y por sus instituciones. La vida moral de los pueblos no se desarrolla en un dia, y la paciencia y el afan cristianos, llevando siempre más allá de su vida presente, sus grandes pensamientos, trabajaba sin cesar en plantar los árboles de la cultura, para que diesen fruto á las venideras generaciones.

La reina miróse á uno de aquellos espejos de bruñida plata, y comparó su carne morena con la de aquel blanquísimo cisne que tenia á su presencia. Recordó la mirada intensa del rey sobre aquel rostro de seductora belleza, y un rugido hondo, doloroso y feroz, ahogaba su pecho agitado.

La reina contempla á la princesa examinando cuantas bellezas posee. Pero su envidia no halla el alivio de la murmuración ni el desprecio. Es completo su martirio.

La princesa con su eco humilde y metálico la dice: Señora, ¿necesitas mis servicios?

La reina despierta de su distracción, la mira con una notable fijeza, y la pregunta:

—¿Te vas?

—Como gustes, contestó Zoraida. Debes descansar de las fatigas de las jornadas.

—Eres muy compasiva, muy cuidadosa.

—Cumpro con un deber de hospitalidad, y con la esposa de un vencedor.

—No es ese mi mejor título; sino el de profesar una religion que me concede el dominio absoluto en el corazón de mi esposo. Las cristianas no sufrimos las rivalidades de las concubinas de nuestros maridos. Somos libres y amadas solas. La castidad de la cristiana, es además la primera joya que sus esposos aman en ellas y respetan, al paso que desprecian las demás mujeres livianas, que si las admiran por su belleza, las desdeñan por su impudicia. Las musulmanas no sabeis de cuán inestimable valor es la castidad.

La mirada trasversal de la reina, su boca desdeñosa, el tono de desprecio más que las palabras que acaba de pronunciar, sonrojaron á la princesa modesta, y con la serenidad de su frente y el carmin de sus mejillas, le contestó :

—Tambien las musulmanas tenemos la dicha de poseer ese sentimiento de deber. No le llamamos virtud. Nunca he pensado en su nombre.

—Si, dijo la reina; pero los musulmanes tienen harenes llenos de mujeres concubinas..... Zoraida contestó con una dulce gravedad interrumpiéndola :

—Señora, jamás he oido esas palabras en mi palacio. No conoces nuestras costumbres. Las jóvenes musulmanas están guardadas como vasos de oro.

Creia hasta ahora que habia aprendido la lengua de Castilla; pero veo que no basta saber los significados de las palabras. Es necesario comprender la índole de las frases. No sé responderte; pero sólo te diré que

yo creia que los cristianos eran orgullosos y bárbaros, y ahora acabo de ver en la humildad y cortesía de tu esposo, que los hay tambien de dulce condicion y de inestimable sabiduría.

—Muy pronto, respondió la reina con marcada intencion, ha estudiado la modesta musulmana al rey mi esposo.

—Señora, las altas cualidades van escritas en el rostro de quien las posee. No es necesario penetrarlas; sino leerlas.

—Sabes mucho, princesa.

Zoraida no contestó á esta última observacion, aunque el acento con que estaba pronunciada no le era simpático,

Pidió la jóven permiso para retirarse. La reina se estremeció.

—Deseas ausentarte muy pronto, dijo D.^a Sancha....

—Debes descansar.

La reina se sonrió amargamente.

Zoraida retiróse sin volver la espalda como si fuese su esclava.

D.^a Sancha, cuando se hubo ausentado la princesa, dijo:

—Tiene esta mujer aire de gran hipócrita.

Esta palabra es la rampa de la envidia, para bajar á la calumnia, y oscurecer la virtud que no sabe imitar.

Pero disculpemos á la reina, que no cometia estas mezquinas faltas, sino ciega de una pasion devoradora.

Mandó retirar la servidumbre, y cerrar las ventanas.

La reina apenas se despojó de las ropas de adorno, y se acostó.

—Es bella, decia murmurando, y como anhelosa de dormir para librarse de un pensamiento que pesaba en su frente y en su corazon. Y añadía : pero es hipócrita, y es mora.

Con estos defectos que habia pensado hallar, descansaba un poco su ánimo inquieto y perturbado de injustos celos.

—No, añadía. No tengo rival. ¿Por qué no soy dichosa? Creí que mi generoso desprendimiento que tan feliz hacia á mi esposo, me daba en cambio la dicha de poseer su corazon. Pero no me ama, porque no cabe en su corazon la ternura. Al unirse á la hija de D. Sancho sólo amó las tierras que extendian sus dominios. ¿Qué hice al armar con mis preciosas joyas sus ejércitos? Dar tea á su ambicion, y apagar más y más el amor que anhele. Pero al fin no ama á otra. ¡Ay! que infeliz seria si otra mujer..... ¡Pobre Sancha! estás loca.

¿Qué puede pedir una esposa y una reina que él no me conceda? Yo, yo soy la que busco los tormentos. Yo, siempre insaciable.

Le pedí que edificase en Sahagun mi sepulcro al lado de mis mayores; le pedí que hiciese donaciones á aquel asilo de santos y penitentes, y labró el sepulcro donde descansarán mis huesos, y ofreció sus dones á la congregacion.

¡Cuán triste estaba mi alma en aquellos dias! Quise participar de los peligros de la guerra por estar á su lado. Me ví en Coimbra acechada por dos armas, y yo misma animaba á los soldados con mi voz y con mis doblas de oro. Padecí como el último de sus guerreros. ¿Y qué? Me dió gracias ante la grandeza, y en secreto

ni una mirada recibí. La cólera me dominaba. Estuve á punto en el palacio de Coimbra de echarle en cara su ingratitud y mis sacrificios. Pero aquel santo abad, me mostró que mi sacrificio fué hecho por mi ambicion, la que habia resultado en beneficio de la cristiandad. Me dijo tambien que en vez de ganar su corazon, le perderia para siempre. Él desvaneció mis dudas, él templó mi furor de celos que elaboraba sin saber por qué rival, y llevándome á la oracion y al arrepentimiento, lloré y me sentí aliviada.

Desde entonces una melancolía profunda me agobia.

Cuando estuvo erigido mi sepulcro, me dijo : venid, señora. Está vuestro afan cumplido. Me llevó ante él, y me mostró mi propia efigie de mármol frio, diciéndome: aquí, señora, vendrán vuestros hijos á rezar por vos, para que Dios os perdone los malos pensamientos. El rey me los adivinaba. Yo me aterré.

Víme bajo aquel mármol muerta; pero deshechos mis huesos, y mi alma padeciendo los tormentos de la eternidad. Dí un grito y caí de rodillas, no sé si ante el rey ó ante Dios, porque aunque rezaba parecia mi corazon el de un condenado.

El abad me volvió otra vez á la vida espiritual. Gracias, gracias, santo sacerdote. ¡Qué consoladora es tu mision entre las borrascas de las pasiones!

La reina dejó de murmurar estas palabras, que su dama D.^a Fronilda habia escuchado tras de su cabecera; pues esta señora, amante de su reina, jamás la abandonaba, desde que la habia confiado sus penas, y habia enjugado sus lágrimas.

— ¡Pobre señora! decia contemplando su sueño agi-

tado. ¡Quién podía ser más que ella dichosa! Deseaba un esposo para salir de la tutela de sus hermanos, y le dan en él un caballero digno de su estirpe, un rey y un héroe. Y en vez de bendecir una dicha aún más alta de la que anhelaba, es más que nunca infeliz. Este esposo la colma de atenciones, satisface todos sus caprichos, y sin embargo, la desgraciada siempre exige más, siempre está llorando ó enfurecida y sobre todo siempre vacío su corazón.

Este es nuestro destino en este tránsito de la vida. Parece que crecen los pesares con la soberbia de los poderosos. ¡Inocentes los que creen en la felicidad del lujo y del mando! Cuando se ha subido su escalinata de oro, cuando se descorre el velo de púrpura ó de tejido de plata, se halla detrás que la felicidad de las riquezas son cadáveres corrompidos, si no se embalsaman con las virtudes de la caridad y de los generosos sacrificios.

¡Y cuánto, sin embargo, seduce nuestros sentidos el brillo y los colores de la riqueza! Dios así lo quiere para nivelar el destino de sus hijos. Así es preciso para ordenar sus huestes humanas. Hizo por este fin héroes de la humildad, como mártires de la opulencia.

Esto me enseñaba el abad Udalberto, para que yo aceptase con placer un destino, y para que mandase con caridad y obedeciese con resignación.

La reina entre sueños decía: — Esa mujer hermosa deja su palacio. ¿A dónde va?

No quiere volver á él. ¿A dónde va?

Fernando, tú la amas á ella. ¿Qué será de mí?

¿Dónde estoy? ¡Qué frío!

Estoy muerta en Sahagun.

Venid, hijos míos, que rezais por mi alma, venid. Yo no os amaba por amar á vuestro padre. ¿No sabeis que las grandes pasiones llenan todo el corazon?

Mi cadáver está corrompido y me huís. ¡Hijos míos! castigais mi falta. Rezad por mí.

Fuí pecadora; pero fuí cristiana, y dí mis riquezas por extender la religion.

Y con más energía, añade:

—¡Mentira! ¡Profanacion del sepulcro! A Dios no se engaña. Dí mis riquezas por un amor mortal.

¡Ah! la mora se ha perdido. Pero yo la veo en una montaña, cerca del cielo. Hermosa, resplandeciente está. Los ángeles la acarician.

Y yo estoy condenada. Me lleva esa figura horrible al infierno. ¡Ah! ¡ya caí!

La reina contrae su rostro y sus manos convulsivas, detiene su respiracion, y pasando un instante, da un grito y despierta.

La dama, acercándose, la dice:

—¿Qué teneis, señora?

La reina se incorpora, y poniéndose la mano sobre el corazon, dice:

—Aquí siento un gran dolor. Estoy helada. He tenido un sueño fatidico. Pero discorde. Una pesadilla. Estas ropas me ajustan. Me siento muy mal.

¿Y el rey? ¿Se ha levantado?

—Ya sabeis que el rey duerme poco. Que ó no repara la fatiga, ó no la siente.

—¡Y yo duermo cuando él vela! Voy á levantarme.

—Señora, no habeis descansado. ¡Vuestro sueño ha sido tan inquieto!

— Sí, Fronilde. Siempre que me duermo sin rezar la penitencia que me puso el santo abad, tengo un sueño fatigoso.

— He rezado por vos, para que Dios os vuelva la paz que habeis querido perder.

— ¡Que he querido perder! ¡Qué dichosos sois los que no sentís los tormentos de las pasiones!

— Y más dichosos los que buscando las medicinas del alma, sanan con sus propios cuidados la enfermedad. Entonces, comparándola con la salud, gozan con más placer los beneficios.

— Eres muy buena, Fronilde, y muy entendida. Te pido en tu consejo la medicina de que me hablas.

— Señora, bebed la que teneis en el cáliz de Jesucristo. ¿Para qué derramó su bálsamo odorífico, sino para curar las llagas de la humanidad?

Decid con el Profeta: *Apídate de mí, Señor, porque estoy enferma. Sáname, Señor, porque mis huesos están conmovidos.*

Y mi alma está perturbada en gran manera; mas tú, Señor, ¿cuánto dilatarás socorrerme?

Vuélvete á mí, Señor, y libra mi alma, y sálvame por tu misericordia.

— ¡Cuánto, dijo D.^a Sancha, me consuelan esas palabras que para todos los dolores son medicinas de sabor dulcísimo.

La reina á poco quedó dormida con un sueño sosegado.

CAPITULO XVI.

FALSAS APARIENCIAS.

Enmudezcan los labios engañosos que
hablan iniquidad contra el justo con
soberbia y con desprecio.

(DAVID.)

Nunca el rey de Toledo habia hallado un cristiano más cortés y afable que el rey de la alta Castilla. No quiso este retirarse á las habitaciones preparadas para descanso, pretextando que, siendo corta su estancia, no queria perder un instante ausente de tan grata compañía, tan entendida en las artes del gobierno como en las ciencias.

Solamente pidió el de Castilla aquel dia una gracia al de Toledo. Y era, que le permitiese hablar y ver á la princesa, con la franqueza de un hermano.

Almenon habló al rey de la reclusion y recato de las esposas é hijas, cuya reclusion era en las segundas de excesivo rigor.

D. Fernando le explicó la costumbre caballerosa del cristiano de respetar el pudor, la amistad y la confianza. Le dijo que su religion le impedia romper este empeño, ni el de su palabra. Que como rey y aliado, le prometia tratar á su hija como á cosa sagrada.

Almenon era harto ilustrado para ser tenaz en circunstancia tan especial. Lleno de afecto y confianza hacia la persona del rey, le hizo pasar al estrado de su hija.

Esta, descuidada acerca de la régia visita, habia soltado las galas enojosas. Una túnica blanca y un velo igual á su tez caia al rededor y bajo su rostro. Las luengas trenzas flotaban con descuido por su espalda á merced de sus mesurados movimientos.

Entrando Almenon un momento antes que D. Fernando, dijo á Zoraida:

—Hija mia. El rey más amable de todos los reyes desea hablar contigo.

Zoraida, levantándose de su almohadon, hizo al rey una humilde reverencia musulmana, con toda la gracia que habia heredado de sus progenitores andaluces.

Un vivo tinte rosado tiñó sus mejillas, y respondió con una voz seductora.

—Padre mio. Si lo has consultado con los deberes de una princesa musulmana y me lo mandas, recibiré con placer en mi aposento al buen aliado, y al noble rey. Y volviéndose con una gracia encantadora á D. Fernando, añadió: No quisiera decir conquistador, porque en verdad, ese alto timbre de tu corona, es lo único que rechaza mi corazon.

Por la primera vez de su vida el rey extranjero, que tantas veces habia elevado su voz ante los prelados más sábios, con gran desembarazo y rica elocuencia, no supo prontamente de qué manera responder.

No se sentia cortado por el respeto á una jóven de diez y ocho años. Ni era la preponderancia de su rique-

za, ni de su posicion. Era la hija de un rey vencido, si no por las armas, por la política. ¿Qué tenia en su ademan la jóven modesta que el rey orgulloso y atrevido ante el poder, se sentia humillado ante su humildad? Y si le humilla su presencia ¿por qué la busca?

Averiguad vosotros, filósofos analíticos, cuáles son los cuerpos que se atraen ó se rechazan. El por qué es el problema escrito en las tablas misteriosas del gran Hacedor.

Tal vez Dios nos da la sed de la investigacion, y nos llama á ser justos, para hacernos sábios en otros espacios.

—Bella princesa de Toledo, dijo al fin el rey de Castilla, animando su rostro moreno decolorido, con sus ojos más brillantes y expresivos que otras veces. Me explicarás, ¿por qué tu corazon rechaza este título que el orbe cristiano admite, y el mundo musulman respeta?

—Permitidme, contestó Zoraida, ofreciéndole un asiento en un divan, y sentándose ella en un almohadon á respetuosa distancia.

Almenon retiróse dejando solos á los contrincantes, porque los cuidados de su gobierno le llamaban.

—Permitidme, volvió á decir Zoraida, que explique las flaquezas ó el poder de mi corazon y de mi raciocinio.

Es cierto que el cristiano numeroso, y el musulman más todavía, aplaude al que favorece la fortuna.

El rey con modestia afectada la interrumpió diciendo:

—¿No concedes, princesa, nada al talento?

—Sí. Al talento concedo el poder sobre el propio corazon en la desgracia. A la fortuna el éxito de las empresas. Vuelve si no, amable rey, tus ojos á las historias. Si los héroes de Grecia y Roma, abatidos los más despues de triunfadores, hubiesen sufrido el golpe de la desgracia á la primera lucha, hubieran sido existencias oscuras ó despreciadas, poseyendo no obstante los mismos talentos. Cambia sólo las fechas en que tuvieron los héroes desgraciados los laureles sobre sus frentes, ó la espada sobre sus cuellos, y esos talentos serán nulos ó heróicos. Pero te decia, rey, que mi corazon rechaza ese galano título de conquistador, porque te veo las manos por él teñidas en sangre. Oigo el lloro del infante que dejaste huérfano y sin abrigo. Le veo cogerse á la falda, y que tu feroz cuchilla corta la mano tierna que se asia de su tierno asilo. Veo á la madre arrastrada al victorioso carro, que dice á sus hijos, no os veré nunca, ¡nunca! Veo la boca sedienta, la mirada angustiosa, la piel denegrida de los que fuéron menos fuertes que tú para vencer. El vencedor es el que posee la fuerza bruta, y á su carro de triunfo ata el talento y la virtud.

¡Rey! No oyes ese grito que dice: ¿dónde está mi madre? Y no oyes ese gemido profundo, desgarrador, que dice: ¡hijo mio, hijo mio!

Perdona mi franqueza; pero... rey sábio, te respeto; conquistador, me horrorizas.

—Tienes la franqueza y la lealtad de la virtud. Tú eres cristiana de corazon. En esa lengua hablaron nuestros mártires á los poderosos. Como tú defiendes la desgracia, defendieron ellos nuestra fe. Como tú hablas al

conquistador, hablaron ellos á los tiranos. Lee á Jesucristo y le amarás. Tu Mahoma es guerrero y conquistador. Jesus es humano, piadoso y humilde.

Vente Zoraida á tierra de cristianos, donde puedas cultivar ese gérmen de caridad que brota de tu alma. La fecundante lluvia de una doctrina sábia hará crecer esa planta silvestre, que espléndida, sin embargo, crece en ella.

Almenon es harto sábio para resistirse á razones poderosas que le expondré en favor de tu felicidad.

Ven, Zoraida. Te ofrezco mi palacio y mis bienes cerca de mis hijos, y ese amor que anhela de profunda ternura, un corazon como el tuyo.

Tú eres una conquista de inestimable precio para enriquecer las huestes cristianas. Ven. Nuestra religion está destinada á llenar el mundo, á civilizarle, á enriquecerle y á santificarle. Ella combate á los conquistadores sanguinarios.

—¿Y cómo, dijo Zoraida, profanan y desprecian los reyes cristianos su religion?

—Porque la sangre que hoy derramamos, economiza sangre. Nuestro Profeta pide paz y conciliacion. Es vuestro el ejercicio incesante de la cimitarra. Ven. Sé cristiana, ó al menos estudia nuestra ley. Si la rechazas, bien, nada te pido. Ven y serás hija de un Dios conciliador, que nos une y llama hermanos á los hombres.

—¿Todos hermanos? ¿Sin distincion de razas ni de creencias?

—Sí.

—¿Y cómo aprisionais y arrastrais á vuestros hermanos?

—Las leyes de la guerra lo mandan, las leyes de las conquistas lo exigen. Es preciso hoy exterminar, para crear despues. Sobre flacos cimientos no pueden edificarse torres soberbias.

Conoce, princesa, al menos nuestras doctrinas.

—Sí, lo haré. Dame tus libros y por maestros á tus doctores. Jamás abandonaré á Dios; pero escucharé su voz omnipotente desde el fondo de mi alma, y si me manda abrazar otros ritos, lo haré. Si hay un Profeta que mande ser piadosos, lo amaré, porque há tiempo que siento este grito de mi alma que en vano quiero sofocar. Él me dice todos los dias: perdon para el delincuente, perdon y guia para su camino extraviado. Este eco me dice: piedad para los que padecen. Y yo no veo qué traje distingue en ellos las naciones amigas ó enemigas, ni qué creencias revisten su alma.

El ay del que padece es el que me traspasa las entrañas.

—Eres cristiana de corazon, te lo repito. Dios grabó las convicciones santas en tu alma. No rehuses la gracia cristiana. Si fueses capaz de recibir un gran don, yo te lo ofreceria con mano pródiga para traerte adonde tú misma anhelas vivir.

—Sí, le interrumpió Zoraida. Soy capaz de recibirle, y en cambio, no te ofrezco ser cristiana; pero sí escuchar á tus doctores.

—Si los escuchas, serás mia.

Un ruido como de telas de seda que se agitan, se percibia cerca y detrás de un cortinaje que cubria una de las entradas de la habitacion.

El diálogo no mereció interrumpirse.

—¿Qué haria el rey de Castilla por una conquista que tanto debia llenar su vasto pensamiento y su ambicioso corazon?

—Ofréceme, rey, los esclavos que has arrastrado hasta Toledo.

—Tuyos son. En cambio, desde hoy seré dueño de dirigir tu inmenso corazon. Ya es mio.

—Todo, por este beneficio te pertenece. Todo lo que puede ofrecer una musulmana.

—Una musulmana como tú, tiene ricos tesoros que ofrecer. Un trono cristiano no es bastante á pagarle. Ninguna conquista llenó tanto mis esperanzas. Hermosa princesa, con esta dócil concesion, no dudo de verte pronto en mi palacio de Búrgos. Tu corazon henchido de ese sentimiento de amor que entre los tuyos no sabe ser estimado, hallará en el cristiano más alta recompensa. Tú serás el premio de mis conquistas.

¿Qué valen mil esclavos, para lo que tú ofreces al trono de Castilla?

Una voz comprimida se dejó sentir á pocos pasos, murmurando algunas palabras.

— Gracias, decia Zoraida, gracias, gran rey, por tu precioso don. Nada pudieras ofrecerme que más dominara mi corazon.

D. Fernando se levantó para retirarse, temiendo abusar de la concesion de los príncipes. La mora se levantó al mismo tiempo en señal de cortesía.

La reina apareció en medio de la habitacion. Su dentadura descubierta en medio de los labios entreabiertos, sus ojos desencajados, su palidez, sus manos crispadas, retorciendo los gruesos cordones que le ceñian la

cintura , revelaban un estado de frenesí supremo. La agitada respiracion que elevaba su seno , apenas podia hallar salida fácil. No pudo hablar en algunos instantes.

El rey comprendió su situacion , y temiendo que estallase una tormenta de imprudente cólera , la dijo :

— Señora , padeceis. Venid.

La reina pretendió contestar ; pero el rey con su habitual sonrisa se acercó á ella , y cogiéndola de la mano hizo una reverencia á la princesa.

D.^a Sancha intenta detener el paso y pronunciar una palabra ; pero la mano del rey oprime la suya como si fuese un tornillo del tormento , y á la vez , saliendo de la habitacion , con una voz baja , ronca é imperiosa , la dijo : ¡ Silencio !

En vano la reina procura deshacerse de aquella mano que descoyunta los huesos de la suya.

Asida llega con paso presuroso hasta su cuarto , en donde el rey la suelta con un ademan que parecia quererla arrojar.

Aquella respiracion tan agitada la habia secado la boca , hasta no poder despegar la lengua , ni aún con la energíá de su furor. Pidió agua , bebió , mandó retirar sus damas , y pretendió hablar , cuando el rey , que hasta entonces habia conservado su sonrisa , al hallarse solo , marcó en su rostro la más adusta severidad , y la interrumpió diciendola :

— Señora : hace harto tiempo que padezco , con grave daño mio , vuestra injusticia tan poco decorosa para la que se ha unido al rey de la alta Castilla.

La reina , volviendo á refrescar los labios , pretendió

hablar de nuevo; pero el rey, con tono severo siempre la dice :

— Escuchadme. Os habla vuestro marido en la cuestion de celos, y el rey en la cuestion de vuestra falta.

La reina, sin aliviar su agitacion, hizo un esfuerzo para reprimir su palabra.

El rey continuó con acento marcado y expresivo :

— He trabajado sin cesar por curar vuestra enfermedad voluntaria, trayéndoos á mi lado y acreciendo con esta presencia mis atenciones infinitas.

— ¡Atenciones! dijo la reina, intercalando con tono sarcástico la palabra en el discurso del rey, y acompañando una lágrima contenida en sus párpados, á su sonrisa amarga.

— ¡Atenciones! repitió el rey con voz más firme. Atenciones he dicho, señora.

Los afanes de la guerra no dejan espacio á los cuidados del amor. El amor de esposo está detrás y á mucha distancia de los deberes de rey.

— Pero...

— Señora, no me interrumpais.

La reina volvió á refrescar sus lábios.

— Vos no habeis sido una reina. Habeis olvidado vuestra ilustre ascendencia. Exigís de mí, lo que tendríais derecho á pedir á un plebeyo, á un hombre oscuro. Y ni aún así podría satisfacer vuestras impertinentes exigencias.

Bien os coronan de orgullo los laureles que divido con vos. Y ese orgullo, ¿qué significa sino afan de glorias, amor de conquistas, anhelo de poder? Y cuando pretendéis ser poderosa, os humillais á ser una mísera

vulgaridad. Y al conquistador que divide con vos sus coronas de triunfo, le tratais con el despotismo que á un esclavo.

Durante los sitios no he salido jamás de mi tienda sino para entrar en medio de los ejércitos luchadores. Durante la permanencia en las ciudades conquistadas, no he salido de palacio, sino con vos. No he recibido una ovacion, sin dividir con vos el placer de ser grato á mis pueblos. Os he dado en público el respeto que merece la reina de Castilla.

—Y de Leon, dijo la reina un poco altanera.

—La reina de Castilla. Para cubrir el descrédito que arrojaban á mi rostro vuestras lágrimas, siempre acompañadas de quejas que eran otras tantas acusaciones.

—Yo en silencio...

—En silencio me acusabais con vuestras damas, y las hablillas de la corte eran en cada lengua un dardo que se clavaba en mi honra, y que desangraba mi prestigio. ¿Y sabeis lo que sostiene una corona sobre las sienes? El prestigio y el miedo. Estos dos gigantes que velan por la testa coronada, deben ser invulnerables.

Basta ya, señora, de celos. Basta ya de abusos de mi generosidad. Basta de velar mis pasos. Basta de exigir lo que mi corazon no os ofrezca. Si os amo, no tenéis que quejaros. Si no os amo, no podeis pedir cuentas á mi corazon.

Tened entendido que pisamos el palacio de un rey aliado, y que el menor desacato á su hospitalidad, os calificaria de demente, y para estos desgraciados hay cerrojos para toda una vida.

El rey calló. Su arenga produjo el efecto que se había propuesto.

La cólera de la reina se comenzó á deshacer en llanto.

—¿Puedo ya hablar, señor? dijo la reina enjugando su rostro bañado en lágrimas.

—Hablad, contestó el rey, con tono desapacible, atravesando la habitacion á grandes pasos. Hablad, si vuestra razon y el respeto que me debeis no han desaparecido de vos.

—No puedo traer tal vez á la memoria todo lo que acabais de decirme, porque me habeis sorprendido, y os habeis arrojado con lanza en ristre antes de prepararme á la lid.

¿Con qué os quejais de vuestra esposa, D. Fernando? ¿Con qué en vez de recibir mi queja, en vez de confesaros y pedirme la absolucion que mi corazon de esposa y de reina está siempre pronto á concederos, cuando vengo á quejarme de una falta, de un crimen, porque habeis despedazado mi alma, vos os mostrais ofendido, vos sois el generoso que perdona, vos la víctima?

Si os pedí marchar con vos á la guerra, no fué para recargar vuestras atenciones; sino para dividir con vos los cuidados, y hallarme cerca de vos en los peligros y aflicciones, y ofreceros el más atento cuidado, la más fatigosa vigilia. Habeis desdeñado mis nobles intentos. ¿Vuestro desden acaso, es una acusacion que yo merezca? Que no habeis salido de vuestra tienda, sino para el combate. Por tan altas cualidades como habeis desplegado como rey y conquistador, mereceis el aplauso de vuestros pueblos. Pero la esposa que no os ha-

beis dignado ni aún ver en muchos días, la esposa cuyo encuentro excusais, derramará muchas lágrimas que no podrán enjugar vuestros laureles. Es cierto que mis celos eran infundados, si los celos son otra cosa que no hallar el amor que se busca: si los celos son ofrecer á otra el amor á que se tiene derecho. Es cierto que en este sentido, no sé si tuve razon. Pero hoy ya no es un fantasma de locas ideas. No me engaña la ofensa que sospechaba, no me engaña la ceguedad de mi pasion.

Hoy me habeis instado al descanso. ¡Qué solícito estabais por mi bien! Es natural. Necesitabais velar vos, y quedar libre al lado de esa deidad, donde clavásteis los ojos primero, y segun lo que ha pronunciado vuestra misma boca, habeis clavado en ella tambien vuestro corazon.

¿Con qué en el palacio de Búrgos hallará esa mora, esa hija de Mahoma el amor que anhela?

D. Fernando detuvo su paso, y de espaldas á la reina entretegió sus crispados dedos entre su espesa barba.

La reina continuaba, sin interrumpirse:

—¡En Búrgos! ¡A mi presencia! ¿Estais loco de amor? ¡Cuán pocas horas os han bastado!

¡A mi presencia! ¿Profanareis el palacio de Búrgos, el asilo de la esposa honrada, y el altar donde ha jurado fidelidad un cristiano? Profanareis el....

—Señora, no olvideis el respeto que merece un rey, y un esposo sin mancilla.

—Convidais á la huésped a á pagarle el beneficio de hospitalidad que le debemos, no sólo á vuestro palacio, sino á vuestro corazon.

Os ha enamorado su hipócrita libertinaje sin duda. ¡Cuanta felicidad podrá ofreceros un alma sin creencias, sin virtudes, sin amor ni á Dios, ni á los hombres! Os habeis enamorado de esa princesa relumbrante á la primera mirada. Ya estaria pactado entre ella y su padre la venta de ese amor sacrilego, para ajustar firmes paces. ¡Inícuos, cobardes! D. Fernando, encerradme en un castillo como á demente. Emparedadme, matadme antes que ponerme frente á frente con una rival de alma corrompida, sin Dios y sin deberes sobre la tierra. Llevadme viva á Sahagun donde con tanta fruicion me enseñasteis mi sepulcro. Enterradme en él con este aliento que aún no cabe en mi pecho, antes que veros en los brazos de una concubina como un vil musulman.

La reina que se habia levantado á impulso de su nueva cólera, excitada por su propia elocuencia, cayó desfallecida llorando y diciendo: ¡Qué diferencia entre la esposa que ofrece sus diamantes y cuanto posee sobre la tierra, para satisfacer la ambicion del que ama, y la meretriz que al primer favor cobra su paga con mil esclavos!

—Sí, señora. ¡Existe una diferencia inmensa! Como la hay del caos á la luz, del lodo al agua cristalina.

La reina no le entendia absorbida en sus frenéticos pensamientos.

Espero, señora, que antes de dar un escándalo en la corte de Toledo y tal vez en el orbe, volvais á la razon, y os arrepointais de vuestra enorme falta. Porque ¿sabeis la falta que cometeis? Sois sacrilega y calumniadora. Os lo probaré otra vez para vuestro eterno re-

mordimiento. Arrepentíos, reina. Veo hace tiempo que Satanás pugná por arrancaros del camino del bien. En este instante se apodera de vos. Le veo forcejear para llevaros. Luchad un instante y vencedle, porque os arrastra á un abismo sin fondo.

La reina recordó el sueño que acababa de tener, y se estremeció.

Llorad, añadió el rey. Llorad y aliviareis vuestro frenesí.

La reina estaba aterrada, dudosa, confundida. No sabia si creer á su razon, si confiar en lo que ella misma habia oido en la boca de su marido, y en la que cree su rival. La voz enérgica del rey, si no la habia persuadido, la habia dominado.

El eco del que amamos, ejerciendo un mágico poder sobre nuestros sentidos, penetra el alma; y si no la domina por la razon, la subyuga por su influencia.

El rey llamó á un servidor que estaba á las puertas de la habitacion, dióle una orden en voz baja, saludó con sequedad á la reina, y pasó á su cuarto.

El abad Udalberto que seguia al rey con el fin de alentar los afanes de la conversion, entró á poco. Conferenció con él un instante, respectó á la situacion de la reina, y el abad ofreció al rey dirigir y ordenar aquella razon extraviada.

¿Y del moro prisionero en Viseo, qué me decís, buen padre? Dijo el rey.

—Que está más que nunca rebelde; pero que os prometió en él un gran santo. Fuiste, señor, asaz duro, al pintarle la muerte que le preparabais en cambio de no aceptar nuestra religion.

—Si os hubiese conocido entonces, habria confiado en vuestro talento para que hirieseis su fibra; para que reconocieseis su lado vulnerable. Pero en aquel tiempo era mio este cuidado. Quise distinguir la altanería del temple exquisito de su alma. Le ví por medio del terrible cuadro que le presenté á su vista, sensible, entendido y firme. No es un hombre vulgar, y su conversion es un tesoro. Quise aterrarle. Y sintiendo y comprendiendo todo el horror de la muerte, le ví más que nunca decidido á arrostrarla.

Estas razones ilustradas, estas organizaciones de delicado temple, necesitan ser dominadas por las verdades de nuestra religion, y por la dulzura de la doctrina. Os confio esta gran obra. Costosa será; pero de gran estima.

También será vuestra la princesa Zoraida. Pero este trabajo casi concluido os será ameno, porque hallareis en el centro de la religion musulmica, un alma poseida del más puro cristianismo.

El abad se despidió del rey, pasó al cuarto de la reina, y despues de conferenciar un largo espacio de tiempo, se oyó la voz de esta decir: á Dios, buen sacerdote, hasta mañana. Que no me abandonen ahora vuestros consejos.

CAPÍTULO XVII.

FIESTAS REALES.

José entró en su casa, y ofreciéndole los presentes, teniéndolos en sus manos, y adorándole inclinados á tierra.

(EL GÉNESIS.)

Los banquetes lucieron sus vajillas de plata y oro. Ramilletes de rosas de Alejandría cultivadas en los jardines del alcázar moro, bordaban las dilatadas mesas. Copas de vino de Chipre rebozaban el transparente y rojo líquido. Las antiguas bodegas de Málaga abrieron sus viejos toneles para henchir en aquellos convites las copas de oro con su balsámico licor.

Azafates de pajas primorosamente labrados se esparcían por las mesas cuajadas de pipas ricas y caprichosas, para aspirar en ellas despues de los banquetes los perfumes de las yerbas olorosas y soñolientas. Estas mesas de pequeña altura, salpicaban el salon con mil primorosos contenidos, atrayendo ó deslumbrando los ojos.

Manjares confeccionados con las almendras valencianas y el jugo de las cañas de azúcar que se exprimían desde Velez á Motril, desde Málaga á Vera, se levantaban en las mesas de las confituras, remedando infor-

mes animales, adornados de flores de azúcar, cintas, estrellas y granates, cuyas vistosas sustancias engalanadas, aún conservan la memoria de los regalados banquetes; en el dulcísimo mazapan de Toledo.

El príncipe Hiaya, amigo de los placeres de la mesa y de otros varios, gozó de unos días deliciosos.

Sin respeto á la ley de Mahoma, libaba las copas del licor vedado, dando al amoroso Almenon pesar con su inobservancia á la ley, y vergüenza al padre con la falta de respeto.

El prudente rey separaba la vista de la accion irreverente del hijo por no castigar ya tarde, lo que temprano no habia podido corregir.

Hiffer blando y obediente, sóbrio y respetuoso, no era sin embargo el preferido de Almenon, que las pacíficas condiciones de los hijos, suelen labrar en el corazon de los padres la indiferencia, porque parece que este amor se debe medir por los dolores que ocasiona.

Alí, era vivo, valiente, entusiasta y generoso.

Era el más amigo de Zoraida.

Todos gozaron en aquellas fiestas reales.

Las damas de D.^a Sancha pasearon por las calles, seguidas de una muchedumbre, á quien le parecia bello ó extravagante el traje cristiano.

Los tamboriles y dulzainas y las danzas, alegraban al alegre y aturdian al triste, llenando los espacios de las angostas calles.

Encinas seculares y mil objetos combustibles, elevaban sus ramilletes de llamas animados por las crujidoras chispas que en preciosa lluvia de oro circundaban las altivas flámulas de fuego. Columnas de humo sombrío

se levantaban como para sostener un edificio de nubes, una techumbre caprichosa de vapores. Parecia Toledo incendiada como la Roma de Neron. Los labriegos de las proximidades, que no habian podido gozar de las fiestas dentro de la metrópoli, disfrutaban en las próximas montañas de la esplendente claridad.

Las moras, por hábitos y leyes recluidas, gozan en estas noches de la algazara, y adornan los ajimeces con sus cabezas cubiertas de blancas tocas, y espesan las celosías caladas de los pisos bajos.

Todo era alegría y estruendo en el pueblo: en esas masas flexibles que cantan ó luchan á discreción de un rey ó al capricho de un demagogo; que sirven de instrumento de elevacion al ambicioso, y de arma cortante para su propio cuello.

Los pensadores se entristecian con estas luminarias. Los melancólicos auguraban historias fatidicas.

Los unos predecian guerras en estas paces, y los otros, llevando más léjos el pensamiento sombrío, temian la destruccion del imperio musulman.

Pero el pueblo no ve sino el presente, y por eso muchas veces canta su ruina, como en las justas administraciones suele deplorar sus felicidades.

CAPITULO XVIII.

LA LIBERTADORA.

Yo le levanté para justicia, y enderezaré
todos sus caminos : él edificará mi ciu-
dad, y pondrá en libertad á mis cautivos ;
no por precio ni por dones, dice el Señor
Dios de los ejércitos.

(ISAÍAS.)

La Cimodocea de Toledo, la santa virgen musulmana, compañera en la historia de las conversiones de aquella que cantaba Chateaubriand en sus *Mártires*, la doncella criada bajo las leyes que crea los harenes, la amada, la complacida siempre, la adulada por su hermosura, la festejada por princesa, la que podia lucir las más bellas galas del Oriente, deja su palacio iluminado, henchido de bellas mujeres y de mancebos ricos, galantes y bellos. Ella, la más linda entre las hermosas, sale pobremente vestida por la oscura puerta excusada de un jardín, para correr á anticipar á los esclavos la feliz nueva de su libertad.

¡Qué fiesta tan magnífica prepara á las madres que lloran sus hijos para siempre perdidos! No quiere ni un instante dilatar esta fiesta celestial para su alma.

Va envuelta en un luengo manto oscuro, el mismo que envolvió las flores en las mazmorras.

¿Qué valen las fiestas de palacio para la que ella goza

en sus pensamientos? Las hogueras de las plazas son nada para la que abrasa su alma purísima de viva caridad.

Las llamas son su amor á la humanidad, las chispas sus virtudes, el humo las bendiciones que recibe.

Su nodriza y su hermana de leche la acompañan. La primera con sus habituales observaciones, intenta detenerla. Pero una vez Zoraida se reviste de su dignidad régia. Manda á su nodriza que, ó se quede, ó que marche al momento.

Jamás Fátima la vió tan severa, y sin responder, cobijó al par que su hija el manto, y salieron por la espalda del palacio.

Caminan las tres encubiertas. Un hombre embozado las siguió.

La virgen marcha sin cuidarse de lo que la rodea, y con pasos acelerados, se dirige hácia los cuarteles cristianos. Sólo se cuida de buscar la oscuridad y las calles solitarias. Las luces de su virtud la alumbran, los coros de sus santas esperanzas la acompañan.

¡Quién al prodigar el bien no siente en su espíritu como si le acariciasen placeres celestiales! Y si las almas comunes experimentan tan profunda dicha, ¿cuánta no gozaria en ciega delicia aquel alma que Dios habia creado perfecta?

—¡Pobres de mi alma! decia á sus compañeras. ¡Qué alegría tan inmensa gozarán mis desgraciados! ¡Dios haga que la muerte no los separe de los suyos, y que los vuelvan á abrazar! ¡Han padecido tanto!

Llorarán de placer ¿verdad? Voy temblorosa; ¡siento una agitacion como de dolor! Estoy llorando como si

me oprimiese una angustia, y sin embargo, no cambiaria este llanto por las más alegres risas de otras felicidades. Y Fátima, toda azorada, decia:

—¡Qué locura! ¡Qué locura! ¡Como si no tuvieses gente de qué disponer! ¡Como si se hubiesen todos de morir por unas horas más ó menos! ¡Salir solas y sin linterna siquiera, por estas calles de Mahoma! ¡Qué miedo llevo! ¡Mi propio manto me parece fantasmas!

Se internaron en las revueltas de las calles. Zoraida huye la luz y la algazara de las fiestas.

Emprenden las tres el camino con gran decision, pero sin contar con los conocimientos prácticos de la ciudad; y veámoslas á muy poco trecho andado, que no saben el camino que deben elegir. Andan, desandan, cada una señala la senda que más cerca le parece; pero á Fátima y Zulema les molesta el cansancio y el miedo, y á Zoraida la dilacion. Cada suspiro que exhalen sus cautivos, es una acusacion que ella misma se lanza.

Un grupo de toledanos alegres y beodos se acerca. Al verlos Fátima llena de consuelo, se aproxima, y suplica que las dirijan á los alojamientos de los cristianos.

Ellos, que sin temor á las leyes de Mahoma han traspasado hasta los límites de la sobriedad, y libado con abundancia el licor que se reparte en obsequiar á los soldados cristianos, en vez de contestarlas, ni menos dirigirlas al punto que desean, se proponen descubrir á viva fuerza los rostros de las que creen tal vez viejas; ó libertinas.

Pero antes de llegar á las vías de hecho, el embozado que las seguia se interpone, echa por tierra á to-

dos con el plano de su espada; y salva á las azoradas palomas de las garras de los milanos.

Todo es obra de un instante.

A poco Fátima, comentando el suceso, Zulema aún asustada, y Zoraida reconviniéndose por su imprevision, caminan por las calles que el embozado les va designando con su presencia y á larga distancia.

Llegan al castillo, en cuyos almacenes de pertrechos de guerra otras veces, están depositados los guerreros vencidos por D. Fernando.

A las órdenes que Zoraida presenta, las puertas se abren, y hachas encendidas la rodean y acompañan.

La figura encubierta no pasa del dintel de las prisiones.

La jóven y las que la seguian, levantan su capuz, y dejan aparecer sus rostros.

Los infelices están deslumbrados y sorprendidos. Todos se preguntan:

—¿Qué será? ¿qué será?

La vírgen con su argentina voz, les dirige estas palabras:

—Hijos del Islam, que gemís bajo la cuchilla del cristiano, ¡desgraciados! que por los azares de la guerra, que el gran Profeta nos predijo en sus santos libros, habeis sido trasplantados de vuestro suelo y arrancados de vuestros padres y de vuestros hijos. El gran rey de Castilla, obediente á las leyes de las conquistas, os apresó. El magnífico rey, suelta vuestras cadenas, al impulso de su gran corazon. Guardias, desatadlos. Son libres.

Las mujeres que en departamentos próximos se habían agrupado á las puertas, comunicaron á las de

adentro la órden de la libertad. Gritos de llanto resue-
nan en aquellas bóvedas, y llanto que las estremecen.
Los hombres tambien gimen ó gritan vivas ó bendicio-
nes. El concierto es estrepitoso. No resonaron al apri-
sionarlos más voces de dolor que las que ahora resue-
nan de inmensa alegría.

Ellas dicen, llorando de entusiasmo: «Es la salvacion
que el cielo nos envia.» «Es la huri del Profeta.» «Es
enviada por el ángel Gabriel.» «¡Salud! Salud á nues-
tra libertadora.»

La vírgen piadosa baña sus mejillas antes pálidas,
despues encendidas, de dulcísimas lágrimas.

Al entrar habia dado ciertas órdenes en secreto. Un
bullicio á las puertas del castillo, indica que están cum-
plidas.

Son los cristianos que ha pedido á Almenon. ¿Qué
hacer el de Toledo, al ejemplo que acababa de darle su
aliado y huésped el de Castilla?

Todos se agrupan en un recinto. La estrechan, la
asedian; pero ella no se siente fatigada.

Los cristianos se arrodillan á darle gracias, los mo-
ros les imitan. Pero en vez de enaltecerse á sus pro-
pios ojos con el orgullo de la virtud, se postra humilde
y les dice:

—Oremos por el rey de Castilla para que el gran
Dios ilumine constantemente su corazon, y le sostenga
y aliente en su magnífica generosidad.

Todos oraban. El manto que cubria á Zeraida cayó de sus hombros,
entre el tropel que se apiña á besar las orlas de su vestido.

Una túnica blanca la ciñe, y una toca cubre y rodea

su cabeza modelada. Sus ojos elevados y sus manos juntas sobre el pecho, la asemejan á una escultura de pórfido. Un precioso niño vestido con unas telas que remedan cristales en lo transparentes y aguas en lo flexibles, y que pliegan en su cintura, se acerca á la vírgen. Lleva el pecho desnudo, y cubre su espalda una cabellera rubia que baja en espirales. Coloca sobre la hermosa Zoraida una corona que parece de luces blancas. Pero la piadosa doncella nada siente que no sea la felicidad de los esclavos. Nada apercibe que no sea sus propias oraciones.

El niño desapareció entre los cristianos. Un monje que viste un humilde sayal, que cubre su pecho con luenga barba, y empuña en su mano un báculo, magnífico cetro de la humildad, entona con agradable voz este cantar :

Monje. Purísima doncella del Islam, que habitas los tristes harenes del amor mortal, ven al Dios verdadero que te llama. Ven á Dios.

Un coro armónico de cristianos respondia :
Ven al Dios verdadero, ven á Dios.

Monje. Paloma amorosa, ahuyentada por los ayes del oprimido, no derrames tu llanto sobre tierra estéril, y ven al Dios verdadero que te llama. Ven á Dios.

Coro. Ven al Dios verdadero, ven á Dios.

Monje. Azucena escogida en el huerto del Señor, que el aire impuro de la impiedad, no marchite tu corona purísima, y dobla tu tallo para refrescarle en el Jordan que pasa besando las raíces de la planta gentil. Ven el verdadero Dios que te llama, ven á Dios.

Coro. Ven al Dios verdadero, ven á Dios.

La santa doncella se levanta como inspirada y con su voz como de cristales armónicos se dirige hácia el monje y le dice: Llevadme, santo abad de Lormano, al camino del Paraíso, donde habita el Dios de la piedad, que es el Dios verdadero.

La angelical musulmana pidió á Zulema una caja que llevaba envuelta en su manto, y que dejó en un grupo de los libertados por el rey de Castilla. Designadme uno en quién depositar estas joyas, para que con su valor podáis llegar á vuestros países.

A una voz, señalaron al moro Almanzor. No era aquel del orgulloso continente ante el poderoso rey de Castilla. Conservaba su fe musulmana; pero estaba conmovido ante el cuadro sublime de humildísima caridad, ante aquella sublime efigie donde veía pintada una bondad desconocida en la tierra.

Se adelanta y recibe una caja preciosa de manos de la princesa. Esta le dice: musulman, distribuye estas joyas entre todos los libertados. Ellas repartidas con igualdad, hagan que seamos todos hermanos y todos hijos de un mismo Dios.

Con su afable sonrisa y su dulcísima mirada, de todos se despide. Todos se afanan por tocar sus ropas, todos por bendecirla.

Los cristianos decían: es una santa, parece una vírgen de los cielos. Ella decía: hijos míos; pedid por vuestros reyes.

Muchos desearon llevarla como en triunfo á palacio, para lo cual preparan y avivan las teas; pero ella suplicó que sólo uno la acompañase, y con tal expresion lo pide, que hubo de ser obedecida.

Caminan hácia palacio, ella con el corazón henchido de felicidad, Zulema conmovida y Fátima desaprobando la vuelta tan sin pompa y con tan escasa luz, cuando en las calles principales de la ciudad ardian tan espléndidas luminarias.

Con la escena del castillo, olvidó la buena y antigua nodriza el susto de los beodos y el extravío en las calles oscuras.

Acompañadas y con guía, la vuelta fué alegre para las dos. Zoraida sólo permanece meditabunda y tan absorbida en sus pensamientos, que nada entiende de cuanto la rodea.

Llegan á la puerta del jardín.

Zulema habia vuelto á ver al cristiano embozado. Pero despues le vió tambien desaparecer por una revuelta de la calle y con paso presuroso.

Las músicas de palacio entonan los melancólicos cantos de los romances andaluces, tan bellos por expresivos.

Una voz de mujer al compás de las arpas, cantaba las desgracias del desdichado poeta Abderraman, cuando vagando por lejanas tierras comia el pan amargo de la persecucion.

CAPITULO XIX.

LA PUERTA FALSA.

Mas con modestia y con temor, teniendo una buena conciencia, para que en lo que dicen de vosotros sean confundidos los que desacreditan vuestra santa conversion en Cristo.

(SAN PEDRO.)

Los salones del alcázar arrojaban por sus ventanas volcanes de luz. Arcos romanos de verdes follajes se levantaban á las entradas. Los patios, pasadizos y jardines estaban cubiertos con techumbres de flores. Las bombas verdes y azules bajo los iluminados surtidores, daban la blanca claridad de la luna á las cubiertas habitaciones. Arcos prismáticos imitando en el iris la paz, cascadas, músicas, bullicio, lujo en los trajes orientales, mujeres hermosas; todo adornaba el palacio de Almenon, convirtiéndole en un pequeño paraíso.

La reina pasea por aquel eden encantado, sin cuidarse de las ninfas que la rodean. Ni sus damas que la acompañan gozan del eco de su voz. Parece inquieta, fijos los ojos en las entradas. De repente parece iluminarse por un pensamiento. Se acerca á un moro de los que adornan, más bien que guardan las puertas, habla en voz baja y cambia su direccion.

Atraviesa los jardines con su dama D.^a Fronilde, deja

atrás las grutas caprichosas, los surtidores murmurantes, las murallas de madre selvas, los cenadores de jazmines, y llega á un sitio sin luces ni follajes.

La impaciente reina y la paciente D.^a Fronilde se hallan solas junto á una pequeña puerta que da á una oscura y solitaria calle.

La reina no sabe á dónde conduce y sin embargo dice con el aplomo del convencimiento: por aquí han de entrar los traidores, Fronilde.

El no está en palacio, ni ella á la hora de comenzar la fiesta. Han temido mi cólera y huyen de mi presencia; pero se engañan. Podrá D. Fernando serme infiel; pero no ha de gozarse en su engaño.

D.^a Fronilde le decia: venid, señora. Gozad de la fiesta. ¿Tanto lujo caprichoso, tantas luces májicas, tanto bullicio y tan cumplidos príncipes, no os encantan?

—Me ofenden, contestaba la reina. Quisiera estar sola y sin luz. O mejor, alumbrada por los fuegos que me asediaron en Coimbra. Aquella muerte me era más grata que esta vida. Aquellas flechas podrian traspasarme el pecho. La que aquí espero, me traspasa el alma.

Por aquí, D.^a Fronilde, le has de ver entrar; no lo dudes. Ocultándose de mis miradas. Por aquí la has de ver á ella. ¡Traidores!

—Pero, señora ¿qué ganais con aseguraros de esta desgracia? Si os engañais, le ofendeis. Si no os engañais, os ofendeis vos. Dejadle. No le asedieis. Nada empeña en las pasiones sino las contrariedades. No le molesteis por asegurar de tal manera ese amor naciente, y labreis su odio contra vos. ¿Y no sabeis, señora, que

el odio despues de haber amado, es una gangrena incurable ?

— Quiero una vez apurar la copa. Será la última; pero anhelo beberla antes que dudar de su amargor.

En la cerradura de la inmediata puerta sonó una llave que introducian.

— Vete, Fronilde, dijo la reina con agitacion, y oprimiendo su mano convulsa sobre el hombro de aquella.

D.^a Fronilde, sin tener lugar á decidir por su propia voluntad, obedeció.

La reina, mal reprimiendo su corazon agitado, esperó á la puerta.

El rey pasó envuelto hasta los ojos.

D.^a Sancha le saluda, nombrándole con una risa sarcástica y convulsiva.

D. Fernando atraviesa los jardines sin responderla, y se pierde por unas escaleras excusadas.

Volvió á sonar la cerradura. Las tres mujeres embozadas aparecieron.

D.^a Sancha ya no pudo reprimirse más. Se acercó Zoraida, á quien distinguieron sus celos como si estuviese descubierta, y la dijo con voz de fingida calma:

— Te he conocido, princesa.

— Calla, señora, no me descubras.

— ¿Has completado tu obra ?

— No, señora. Es el primer paso.

— Y no has estado con él vacilante por lo que veo.

— ¡ Vacilar ! ¡ Lo anhelaba tanto !

— Creo, por tu decision, que no será el primero.

— Es verdad; pero jamás lo ha gozado mi alma con

tanta extension, ni tan profundo placer. Tú misma puedes juzgar si es dicha inmensa prodigar este bien.

— Insolente, impúdica, murmuró la reina.

Pero Zoraida no comprendió ni el sarcasmo, ni la ira de D.^a Sancha.

— Perdona, reina, que te haya privado de estos felices momentos, y de que tú misma hubieses prodigado este bien, pero el tiempo me era precioso. Mi corazon me mandaba acelerar los instantes. ¡Cuánta dicha debo á tu esposo! ¡Qué pródiga ha sido su paga á mi pequeña oferta! ¡Qué magnífico es su corazon!

— ¡Qué monstruoso, qué cruel!!!

— Sí señora. ¡Qué crueles los que no prodigan el bien! — ¡Qué viles! ¡Qué negro corazon abrigan los que se apoderan por enriquecerse de una presa para ocasionarle tormentos horribles! — ¡Ah! Señora, son unos desgraciados.

— ¿Desgraciados?

— Perdóname, reina. Mi padre me espera para presentarme á la fiesta. Debo honrar á mis huéspedes cumpliendo este deber. Adios, hasta despues.

— ¡Qué descaro! ¡Qué infamia! ¡Qué crueldad! A mí misma, sin rubor, sin excusar mis miradas que despedian ira, me habla no de un amor, que todavía es menos infame; sino de una venta, de una accion repugnante, sin la ceguedad del amor y la sancion de la legitimidad. Estuve á punto de desembozar su manto, de gritar en palacio su infamia, de destrozarla entre mis manos. Pero la atrevida se descubre, y no sé qué leo en su frente serena al través de mi ceguedad. Lue-

go, una corona de luces descubre bajo el manto. ¿Qué significan, sino mágicos talismanes, filtros? No creía en ellos, pero ahora creo que esa mujer posee un poder sobrenatural.

La reina se paseaba aceleradamente. Hablaba sola, pero como si debiera ser escuchada.

D.^a Fronilde apareció.

— ¿Viste, Fronilde, añade la reina, cómo no me engañaba? Ambos venían de la cita fuera de palacio. Él me ha temido, pero ella todo me lo ha confesado sin rubor.

Esa mujer que dicen sabia en las ciencias, y en las lenguas, y en las historias, ¿cómo ignora las severas costumbres de los cristianos, las leyes santas de nuestra religion? ¡Ah! Todo lo ignora. No es posible, sino, que con tanta serenidad me hablase del más feo de los delitos. ¿Crearás, Fronilde, que en medio de la cólera que me excitaban sus palabras, su voz tranquila me inspiró no sé qué mezcla de sentimiento que ponía freno á mis ciegos deseos? Sí: no lo dudes. Ese descaro proviene de su estúpida ignorancia. Ella sólo ha aprendido, como toda esta canalla de alarbes, el arte de la seducción. ¡Parecía que me hablaba de una virtud, refiriéndome lo que acababa de consumir!

Yo me ahogo. Yo quiero salir de Toledo. Me ahoga esta atmósfera corrompida.

— Señora, decía D.^a Fronilde, compadeciendo á la desgraciada reina: pedid á Dios que ilumine al rey. ¡Quién en su vida no comete una falta! Vuestro esposo se ha conservado ileso en medio de la corrupción. Mirad las historias pasadas y presentes, y hallareis que

D. Fernando I, ha sido el más respetuoso al tálamo y á la religion. Tranquilizaos. Pronto salimos de Toledo, y ese capricho de un dia le borrará la virtud de su esposa.

—¡Ah Fronilde! ¡Cuán poco conoces al hombre! Sube con paso mesurado y constante por la pendiente de la virtud. ¡Raros son los que llegan á su cima! Y cuando vuelven atrás un paso por cualquier impulso, se precipitan hasta el fondo del abismo que los espera.

—Vos sereis un dique á su violencia, con vuestra calma, con vuestra virtud. No le irriteis. Cuidadle como á un enfermo, y sanará. Dejad esta obra para el palacio de Búrgos.

—¡Ah Fronilde! Ella viene. El rey la insta y la ofrece riquezas. Ella sin duda es avara y las recibe. Ya ves ¡al primer favor, le ofrece mil esclavos! A poco le dará su reino.

Aquel esposo, si no enamorado galante siempre, me habló con una dureza que jamás conocí; me ha despreciado, me ha lanzado la amenaza de encerrarme por toda una vida. ¡Qué horror!

La reina se sentó maquinalmente en un banco de césped, y D.^a Fronilde delante de ella, no sabia cómo consolar aquel espíritu tan agitado.

La reina prosiguió:

—Envidiad, ambiciosos de la tierra, tronos espléndidos. Mirad la reina de tres Estados. La esposa de un conquistador. Mirad mi cabeza adornada con brillantes coronas. Venid á la gran fiesta donde por esta gran reina se prodigan las más altas riquezas. Venid y ved

sus amargas lágrimas, y que trocaria sus tierras y sus palacios por una cueva oscura en la soledad.

—Venid por Dios, señora, á vuestro aposento y calmaos.

—Sí, vamos Fronilde. Vámonos de aquí. El ruido de esa algazara me irrita, la alegría me angustia, las luces reverberan en mis lágrimas, y no puedo resistir su esplendor.

Volvieron á atravesar los jardines y los patios por bajo de las colgaduras de flores, y comenzaron á subir las pintadas escaleras, adornadas con ánforas etruscas, y henchidas con plantas indígenas del Yémen.

La reina iba asida de D.^a Fronilde. Almenon, el de Castilla y Zoraida, bajaban al tiempo que subian las dos señoras.

Al verlos la reina lanzó un grito, y cayó sin sentido por la escalera, sin que la desprevénida D.^a Fronilde pudiese detenerla.

La condujeron á la cama. Almenon dió órdenes para que viniesen los más acreditados médicos de Toledo.

D. Fernando mandó llamar al abad Udalberto. Despues de conferenciar con él, y comprender que el estado de la reina era pasajero, se ocupó con Almenon y sus hijos en recibir los honores de la fiesta.

El anciano Alcatif aplicó por sí mismo las medicinas á la régia enferma, anunciando con todo el acierto de su predecesor Averroes, la hora en que debia volver á su estado normal.

La luz de la mañana se anunciaba. El abad permanecia velando á la cabecera de la enferma.

La piadosa Zoraida habiendo renunciado á la fiesta,

tambien continuaba en trabajosa vigilia. Aún la adornaban las galas que el rey de Toledo queria ostentar ante el de Castilla en aquella hija adorada.

CAPITULO XX.

LA CONFESION.

Y no estuvimos sumisos á él, ni vimos la voz del Señor Dios nuestro para caminar en los mandamientos que él nos dió.

(BARUCH.)

La reina volvió en sí al asomar la aurora.

Fijó los ojos en el abad, y le dijo con voz ténue :

— ¡Padre! ¡Cuánto padezco!

La voz de Zoraida, expresando con una exclamacion la alegría de verla salva, estremeció á la reina.

El abad suplicó á la princesa que se retirase.

La humilde jóven obedeció.

D.^a Sancha anudando la idea última y la cita con la presencia del monje en su habitacion, le dijo: Padre, no estoy preparada para la confesion. Siento haberos distraído. Perdonadme. No perdais junto á mí vuestros preciosos instantes. Marchaos, si os place, á convertir una de esas almas que no conocen la luz de nuestras santas verdades. En este instante mi memoria está ofuscada, y mi corazon comprimido.

—Dios me llama á vuestro lado, dijo el sacerdote con venerable voz, para convertir un alma que habiendo visto la luz, busca las tinieblas: que viviendo en el

santo rebaño del Señor, se aparta del redil. Que conociendo el cuidado del Pastor no le busca. Que el Pastor la busca, y la oveja extraviada huye.

LA REINA.—*Señor, mi ánima está conturbada.*

EL ABAD.—Y vos dilatais el socorro.

LA REINA.—*Apíadate de mí, Señor, porque estoy enferma.*

EL ABAD.—Dios escucha á los que le llaman.

LA REINA.—*¡Señor, ten misericordia de mí que los gritos de mis pecados alejan de mi alma la salud!*

ABAD.—Dios hace brotar las aguas de la fe, para calmar al enfermo sediento. Bebed, esperad y sanareis.

LA REINA.—*¡Padre mio! quiero la confesion.*

ABAD.—Venid al Señor que os busca, y os perdonará.

La reina se incorporó, á poco sintióse menos débil, y arrodillándose ante el sacerdote, anegada en llanto, refirió al abad sus penas, su pasion tenaz, y sus locas iras.

Le refirió lo que habia oido del mismo rey, cuando tuvo la flaqueza de escuchar á la puerta de la habitacion de la princesa. Por último, le dijo que sospechando que el rey y la princesa estaban fuera de palacio, y creyéndolos unidos y reos de infidelidad, que los habia visto entrar por la puerta falsa del jardin, y que sorprendida por ella la princesa, la habia confesado sus amores con el rey.

Y en fin, le suplicó que interpusiera su santa piedad, para que en gracia, sino de ella, en servicio del cristianismo, apartase al rey de aquella sima, donde podria sepultar todas sus proezas.

El abad no dudaba de la virtud de Zoraida. Pero la reina no podia mentir en confesion. El abad pide que le refiera las mismas palabras de ambos.

D.^a Sancha las refiere con ligeras é involuntarias alteraciones, efecto de su íntima y ciega conviccion.

¿Qué arcano se presenta á su claro entendimiento? ¿Qué misterio encierra la conducta del rey? ¿Se engaña? ¿Se equivoca la reina? Todas estas confusiones se agrupan para confundirle.

¡Cuánto las falsas explicaciones dominan las más rectas voluntades!

El abad, preparado para verificar el desenlace del drama que hemos referido, se limitó á prodigar los consuelos que ofrece el Evangelio, y á alentar la fortaleza de la resignacion á que deben asirse en tales casos las almas combatidas.

Udalberto aconsejó á D.^a Sancha que no dijese nada al rey, y que se mostrase complacida con la princesa.

—Sed generosa, señora. La esposa ofendida es menos desgraciada que aquella por quien se comete la infidelidad. La esposa tiene el consuelo de su virtud, y el orgullo de su derecho. La otra infeliz lleva la espina de su falta en su conciencia, y la excomunion en la frente. Sobre la una recae la compasion; sobre la otra el anatema.

CAPITULO XXI.

LA CONFERENCIA EN EL BOSQUE.

Dad al Señor la gloria para su nombre,
alzad sacrificio, y venid á su presencia:
y adorad al Señor en el atrio de su
santuario.

(LOS PARALIPÓMENOS.)

El abad pidió á Zoraida una conferencia en la noche en que velaron á la reina. Despues del permiso de Almenon, el abad se halla junto á la princesa, bajo un bosque de rosales, que con otras esencias perfuman los jardines más fantásticos de Toledo.

—Sacerdote, le decia Zoraida. Tu voz templada como el rumor de las aguas de los arroyos, tus palabras armoniosas como las arpas que tocan los conciertos, me enamoran. Esa historia de tu Profeta conmueve y eleva mi alma. Hay tanta piedad en esas palabras de ese divino libro que llamais Evangelio. Existen en esos consejos, tantas medicinas del alma; en esas leyes tanta sabiduría para ordenar el espíritu inquieto del hombre, que no es posible resistir á las luces con que alumbraba la razon, ni negar las verdades que muestra. Ese espíritu profundo que se enseñó á sí mismo las sabidurías de todos los pueblos, de todos los siglos, y adivinando todos los dolores, todas las alegrías, todas las

flaquezas del sér humano, halló consuelos, guías, leyes y perdon para todos, es un Dios. Yo le adoro. ¿Bastará que le adore en el fondo de mi alma, para que me llames cristiana? El templo que la santa doctrina ha levantado en mi corazon, nunca, nunca se derumbará.

Pero santo abad, tu Dios pide sumision al padre y amor; pide el recogimiento en el hogar, y la honestidad y la oracion. ¿Cómo puedo obedecer á Dios, abandonando á mi padre, y huir del hogar donde se crearon los afectos de la infancia, ni cómo correr nuevas tierras, sin padre, sin esposo, la jóven púdica, como si fuese un guerrero?

—No dijo Dios á la hija que abandonase al padre, ni que desertase del hogar, ni á la jóven púdica que recorriese las tierras. Pero dijo á aquellos á quienes enseñó su doctrina: esparcidla por el mundo. Y no señaló para sus discípulos al guerrero. Al que enseñó, le dijo: enseña. A la jóven púdica, la llamó á su santa grey, y le dijo: la piedad que te enseña mi doctrina, no es sólo el bálsamo de la familia, es la medicina de la humanidad. ¿Y cuál es la virtud del médico que guarda el bálsamo para curar su sola llaga?

—Yo le esparciré entre los míos.

—Lo derramarás sin fruto.

—¿Qué hacer, santo abad?

—Venid á la tierra donde pueda cuidarse el árbol silvestre. La planta que apareció lozana, se marchitó sin el cultivo del labrador. Ven á aumentar las huestes cristianas, á perfeccionar tu espíritu, y serás una heroína de la cristiandad.

La virtud es una predicacion, y tu ejemplo llevará soldados á los ejércitos del Señor.

Ven, hija mia. En tierra de cristianos ungirémos tu frente para confirmar tu creencia.

Volverás si quieres; pero necesitas estudiar las lecciones de nuestra religion. Ven, serás hermosa en el Eden de Jesucristo.

—Padre, santo pastor, no me aflijais. No me separéis de esos brazos amorosos. No queráis que mi boca os contradiga, ni que mi corazon rechace la santidad de la doctrina que venero y amo, si unís lo justo á lo injusto, la piedad con lo cruel.

—Jesus fué á la muerte por el bien de la humanidad. Abandonó á la madre santa, amorosa, traspasó sus entrañas con el inmenso dolor de verle padecer las lentas agonías. La madre padeció la soledad en la noche triste. El hijo santo estaba muerto, y nadie consolaba el dolor de la madre.

¡El hijo sacrificó á la humanidad hasta el corazon de su propia madre! ¡De la madre amada con el inmenso amor del cielo!

Esta es la religion del Crucificado. Esto significa aquel cuerpo enclavado en un madero. Todo es para la humanidad. El amor individual existe para formar el gran todo de amor perfecto; pero ante el amor y el bien universal, ese fragmento de amor debe ser sacrificado al gran todo. Así la religion de Jesus se abrió paso por la Siria, por las regiones del Asia, y el soldado de Cristo conquistó sin espada millares de hordas que se alimentaban de carne humana. Por este amor universal, los mártires del circo romano dieron sus vidas

á las mandíbulas de los leones, ó á la espada de Diocleciano; y sólo así pudieron dominar las huestes del paganismo, armadas de duros paveses, de lanzas afiladas, y de petos invencibles, y de antiguas ciencias, que las hacían invulnerables á las flechas de las santas doctrinas.

Los apóstoles, los santos, los mártires, no volvieron atrás los ojos al hogar. Los hermanos vivían en el universo, el padre en el cielo.

Sin santa abnegación, sin martirio, no hay religión cristiana.

Quédate, musulmana en tierra estéril: busca al Dios verdadero para que te sirva, no para servirle. Derrama lágrimas infecundas por los esclavos y gime al son de sus cadenas. Predica la religión que aún no has comprendido y te se mofarán, sin que ganes para Jesucristo ni un sólo espíritu. Acaricia al padre del hogar y desprecia al padre de la Creación. Arroja al lodo la simiente de piedad que Dios sembró en tu espíritu, y no vuelvas á romper más cadenas á la esclavitud. Y, Zoraida, el que puede desatarlas y pasa junto al esclavo con el egoísmo de conservar su felicidad, es un cruel y un estúpido si no comprende el dolor. Pero el que le comprende, y le siente, y le padece, y cierra el corazón, y niega el inmenso bien por temor y cobardía del pequeño sacrificio, no es ya estúpido y cruel, es el monstruo que por amarse á sí mismo, deja correr en arroyos la sangre del hermano. Sí. El compasivo cobarde, es más sanguinario que el insensible cruel.

Zoraida cayó arrodillada á los pies del monje diciéndole:

—¡ Ah, padre sabio, intérprete de la religión divina! Ahora, en este instante, comprendo todo lo sublime de

ese sentimiento universal que Jesus quiso infiltrar en el alma cristiana. Dios inmenso, Dios del amor verdadero, Dios de la caridad, Dios que fortalces mi espíritu para subir al martirio por el bien de mis hermanos, aquí me tienes. Iré á la tierra del cristiano para estudiar ese código que rige la conciencia, que guía el corazón, que ordena las falanges humanas. Enseñaré lo que me enseñais, y daré mi sangre en rescate de sangre.

Soy vuestra, santo abad. Llevadme, porque quiero ser de ese Dios, porque quiero servirle y ser su esclava ó su mártir.

—Bien, hija mia, vendrás. Antes de doce lunas te hallarás reunida con las ovejas del Señor.

Zoraida conmovida puso el lienzo sobre sus ojos para enjugar sus lágrimas.

Al punto, queriendo contestar al sacerdote, miró hacia donde estaba, volvió sus ojos en todas direcciones, esperó un instante, fijó su oído creyendo sentir sus pasos, pero á nadie vió. Le parecia sin embargo oír su voz armoniosa; y que con el mismo eco del roce de los viente-cillos contra las enramadas, le decian: «Dentro de doce lunas volveré. Adios, cristiana. Adios Casilda, ¡Casilda! ¡Volveré!... volveré!!!»

La jóven espiritualista, impregnada su alma de santa ternura, enardecida su imaginacion con sublimes pensamientos, á manera de fantasmas angélicos, volvióse á todos lados preguntándose: ¿dónde está esa Casilda? ¿Quién es?

En este instante, saliendo una paloma por primera vez de su nido, al desplegar sus nuevas alas pareció que decia: ¡Tú!!!

CAPITULO XXII.

LA CARTA.

Quien medita discordia, ama contien-
das, y quien abra su puerta, busca
ruinas.

(LOS PROVERBIOS.)

Los hijos del rey de Toledo, sólo por dar ocasion á fiestas en obsequio al de Castilla en que gozaban cumplidamente, sino tambien por el afecto que el rey les inspiraba, eran los primeros en trabajar en favor de las dilaciones del viaje de los monarcas castellanos.

D. Fernando y el de Toledo conferenciaban juntos sobre sus trabajos políticos, como si fuesen los más amados hermanos. Se prometieron una mútua alianza, la que fué cumplida hasta más allá de la vida de uno, como más adelante verémos.

D. Fernando se ocupaba en las empresas políticas con el de Sevilla, á quien le exigia los cuerpos de los santos Isidoro y Justa, y que fuéron motivo de nuevas guerras.

Antes de partir para su córte, deseaba el rey dejar combinado su plan de paces ventajosas con el sevillano ó su guerra, la que estudiaba para que fuese victorio-

sa. De tal manera hizo veteranos sus ejércitos, y mantuvo despiertos los leones de Castilla.

D.^a Fronilde, sin faltar al amor y consideraciones á su reina, fué atraída por la simpática princesa, de la cual no creía sino recato, mansedumbre y prudencia. En este sentido habla á D.^a Sancha, y bajo el mismo aspecto plantea todas las cuestiones. En vez ya de la resignacion á que la habia exhortado, en lugar de los consuelos que la habia ofrecido, le niega el motivo de sus celos, y la razon de sus abundosas quejas.

Pero achaque del celoso es el deseo de creer lo que se empeña en negar: D.^a Sancha contrariaba en doña Fronilde lo mismo que deseaba aceptar.

Tal vez la buena servidora habria llevado la obra á su cúspide, si la indiferencia de D. Fernando no afirmase á la desgraciada celosa en sus desgarradoras creencias.

Dedujo que aquella maga libertina, que tal la juzgaba, tenia el poder de la seducccion por su rara belleza, y por el estudio de las malas artes. Creyó que todos dominados por la falsa modestia de la bella y cruel hechicera, la abandonaban y hasta la aborrecian.

Despues de irritarse mil veces contra los que le negaban la justicia de su causa, tomó el partido de encerrarse en sí misma, no para combatir su dolor, sino para ensalzar las causas que lo motivaban.

Como las personas violentas no pueden contrariarse á sí mismas, como los cauces no pueden contrariar las impetuosas avenidas, D.^a Sancha tambien dejaba paso al aluvion, que hasta desmoronaba y envolvía en su torrente los parapetos de su virtud, sin que los diques

de la paciencia sujetasen ni un instante la desbordada corriente.

La paciencia, bálsamo suavísimo para las almas pacíficas, es el cáncer de los espíritus enérgicos. Este cáncer corroe la llaga de la pasión; esta llaga se dilata, y no produce, no la muerte, sino la vida enérgica del condenado, que redobla los hálitos de su existencia, para sentir más abrasante el fuego de su infierno.

La dilatada pasión de D.^a Sancha no la permite sostenerla en los límites de su solo interés. Creyó causa de la cristiandad sus celos. Y ya no se queja; que la irritan si no la conceden la razón. Ya no pide consejos; que no puede resistir las pacientes exhortaciones. Ya no anhela que el rey se disculpe; porque no se siente con el valor de perdonar. Ya no pide cilicios y consuelos al abad, ni busca el alivio en las santas lecturas, porque está impenitente.

Sin consultar su resolución, ni aún consigo misma, toma el estilo y escribe estas letras.

«Amado hermano mío D. Ramiro. La bandera cristiana á cuyo pabellon se acogieron tantos pueblos de alarbes, desde los reinados de nuestros abuelos hasta nuestro padre, y hasta las conquistas del rey mi esposo y vuestro hermano, detiene hoy sus progresos, ¿qué digo? contraría la marcha há siglos siempre progresiva, y dentro de poco nuestros reinos serán presa del mahometano, y el cristianismo sucumbirá al imperio de la media luna.

El rey mi amado esposo, presa de un ciego frénesi, olvida sus proezas, pisa el estandarte de sus mayores,

é intenta manchar su sangre goda, mezclándola con la innoble musulmana.

¡Asombraos hermano! El cristiano rey, el heredero de la mejor joya de la corona de vuestro padre D. Sancho, intenta elevar al trono á una princesa hija de Mahoma.

No quiero mostraros los peligros que ofrece una esposa jóven, entendida, de contraria religion, y que impera en el corazon de D. Fernando. Nada serán la flaqueza de un rey dominado, nada las guerras, nada los reinos destruidos. Todo es pequeño, comparado con los peligros que arrostrará la cristiandad.

Vos, entendido y enérgico, obrareis segun os plazca, para evitar tamaños desconciertos. La esposa infeliz, no puede oponer más que sus lágrimas, y estas son despreciadas.

Tened presente, hermano mio, que si el moro domina en nuestra tierra, no queda al cristiano desde el sol saliente hasta el ocaso un palmo de suelo que dejar á sus hijos.

Vuestra hermana, la reina de Castilla y Leon.»

Esta carta produjo á su tiempo sus efectos. El rey castellano, debiendo obrar contra el de Sevilla, dispuso salir de Toledo, no sin gran pesar de la familia mora, ni sin gran deseo de la desgraciada esposa.

El abad de Lormano incansable en sus trabajos, por medio de la piedad de Zoraida, atraia infinitos vasallos á los reinos católicos.

Su celo infatigable, preparó esta escena en el palacio de Almenon, despues de ser tambien obra de su gran talento, la de los esclavos entregados á la princesa.

Sus conocimientos del corazon humano , la piadosa mision social que como agente del poder espiritual le estaba confiada , hacia que todos sus esfuerzos produjesen sazonadas cosechas de ventura , á pesar de las azarosas épocas en que las guerras con los enemigos, casi domésticos, inutilizaban todos los trabajos emprendidos para la civilización popular.

El santo abad, ya que no podia enseñar siempre las ciencias que guardaban los monasterios, enseñaba la virtud de su corazon.

CAPITULO XXIII.

LA CULPA Y LA INTOLERANCIA.

Y los maridos asimismo habitando con ellas segun ciencia, tratándolas con honor como á vaso mujeril más flaco, y como á herederas con vosotros de las gracias de la vida, para que no hallen estorbo vuestras oraciones.

(SAN PEDRO.)

Carreras, aprestos de viaje, despedidas, jóvenes llorosas, viejas alegres, encargos, promesas, todo se agita en la ciudad morisca. Almenon prepara ricos presentes en telas de Granada y en caballos de Córdoba. Nunca vió el de la corte de Búrgos más ricos jaeces, cubriendo los lomos del orgulloso bruto criado en la siera de las rosas y de los claveles silvestres.

Pero en tanto que se disponian los preparativos de la marcha de los reyes, y en cumplir los capitanes cristianos las órdenes de su monarca, D. Fernando, pálido é insomne despues de una noche agitada, se hallaba sentado en un divan, y frente al monje de Coimbra.

—Jamás, padre Udalberto, produjo mujer alguna en mí estas sensaciones extrañas. Jamás hallé belleza que más fijase mis miradas, ni continente más respetuoso. Su voz me estremece, aunque me encanta; su belleza me enamora, y su virtud me seduce.

Mi alma insensible al amor de la mujer , hubiera contemplado esta belleza como he contemplado cualquiera belleza de la creacion. Pero el afan de distraer mis miradas en su presencia por alejar las sospechas de doña Sancha; y el empeño de huirla, me obligaban á pensar dia y noche en ella; y dia y noche me irritaba la injusticia, y me empeñaba , sin sentir mis propias contradicciones.

Sólo la gloria y el triunfo de la religion dominaban mis pensamientos. Hoy no veo más que á ella insomne ó dormida , en la soledad y en el bullicio.

Deseo salir de Toledo , porque perderia mi prestigio. Me siento necio muchas veces , y siempre distraido. Es cierto que el hombre del amor no puede ser el de las grandes combinaciones ; aunque sí creo que puede ser el hombre capaz de la empresa más atrevida.

Mi orgullo, padre , se vuelve á su presencia humildad. ¿Y cómo creéis? Me he sentido avergonzado de ser un gran rey , cuando con su elocuencia sencilla , más que brotada de su gran entendimiento , nacida de su corazon , me pintó la bajeza de un conquistador.

Si no dividiese el tálamo con D.^a Sancha , creedme y perdonadme , le dividiria con la princesa islamita. No para enaltecerla con la corona de tres reinos , sino para santificarme con la aureola de su virtud.

La amo , la adoro ; pero no con el anhelo de estrecharla en mis brazos; sino con el deseo de arrodillarme ante su castidad y su inocencia.

¡ Padre ! ¿He pecado contra el sacramento que me hizo esposo de D.^a Sancha?

El sacerdote contestó :

—Sino habeis pecado, estais al menos en tentacion. Si el amor que la virtuosa mujer os inspiró está exento de las manchas de la culpa, pecais sí, en no cumplir con la esposa los deberes que la religion os impuso. Que os desentendeis de deberes tan sagrados me dijisteis otra vez, y ahora me lo confirmais. Os sirven de disculpa las atenciones del Estado. Estas atenciones os absorberan el tiempo; pero no deben borrar para vuestra esposa una sonrisa, un eco dulce, ni uno de esos instantes que el esposo puede convertir en largos dias de gratos recuerdos.

El hombre no debe hacer de la mujer ni la esclava de sus pasiones, ni el juego de su interés. Para el cristiano no es la mujer un instrumento de placer que acepta ó desecha, segun el bien que le produce. Es como la mitad de su existencia, y debe cuidar su alma *como vaso quebradizo*.

—Padre, replicó el rey, yo no elegí una esposa en D.^a Sancha.

—Pero la recibisteis.

—Los tratados con Leon me la dieron.

—Entonces fué la hostia de paz, y como á víctima tan sagrada, debeis respetarla. El lazo de la paz, la concordia entre dos principes cristianos, la salvacion de los pueblos, el armisticio para los infelices que sin esta paz hubieran derramado su sangre, las perlas que llevó á vuestra corona, la extension de la cristiandad verificada por las nuevas conquistas, todo esto la debeis, y todas estas felicidades os representa.

—Pero, padre mio ¿qué hacer? D.^a Sancha jamás despertó mi amor.

—Pero la religion despierta vuestros deberes para con la esposa , para con la compañera de un trono , y para con la madre de vuestros hijos.

—Sus celos injustos me ahogan.

—Corregidla con vuestra virtud.

—No es madre amorosa.

—Enseñadla.

—Carece de piedad , y la mujer sin este sentimiento, parece más que mujer para el amor , el soldado para la guerra.

—Dadle ejemplos, y ablandad su corazon con la dulzura. Las primeras lecciones que la mujer recibe, son de la madre ; pero las provechosas, son las del marido.

—Su espíritu varonil la aleja de mi corazon como mujer.

—Todas las cualidades con una sábia direccion , pueden utilizarse en la virtud.

Dios despierta en vuestro corazon este amor á la princesa mora , para haceros comprender un átomo del dolor que vuestra esposa padece.

¿ Quisierais que la reina no os amase ?

El rey calló ; pero un gesto adelantando el labio inferior y elevando los hombros , quiso decir que le era indiferente.

—No os importa. ¿ Qué sentimiento despertaria en vos si os fuese infiel ?

El abad comprendió que no habia la última frase herido bastante la sensibilidad del rey , y añadió :

—Porque tendrá la culpa vuestro abandono , pero la reina ama á otro.

El rey se levantó como si hubiese sentido una dolorosa mordedura.

—¿Qué me decís, abad? ¡La reina! ¡Qué sabeis de su infidelidad!

Y llevando la mano al pomo de la espada, añadía: Mi dignidad de rey, ¿quién la ultraja? ¿Quién mancha mi honra? ¿Quién se burla del león que no perezca á su garra? Padre, padre. Os engañais. La esposa del feroz Fernando I no puede ser sino casta.

La respiración del rey no cabía en su ancho pecho. —Así os quería D. Fernando, dijo el hábil Udalberto. Sois orgulloso y celais vuestra honra. ¡Ah! ¿Con que ese sentimiento de orgullo y del uso que os da el poder de hombre para ejercer la fuerza bruta, exige esa humillante fidelidad hasta el más completo sacrificio? ¿Con que no amais á vuestra esposa, y exigís que os ame ó al menos que no ame á otro? ¿Con que quereis ejercer vuestro poder hasta en las sensaciones de su alma, y atribuiros lo que sólo Dios puede mandar? ¿Con que quereis negar y borrar en su corazón un sentimiento natural grabado por Dios mismo?

—¡Abad! Es mi dignidad de rey la que reclamo. Es mi dignidad de hombre. ¿Cómo manda un rey burlado? ¿Cómo se habla entre los hombres con la vergüenza en la frente?

—¿Con que esos nombres de honra, dignidad y vergüenza, merecen tanto sacrificio de parte de la mujer despreciada? ¿Con que esos nombres inventados por el orgullo mísero del mortal, tanto respeto exigen? ¿Con que llevais la mano á vuestra espada, deseais destruir la sombra que se os presenta interpuesta en el

tálamo por ese sentimiento creado por el despotismo? **Pues** si la ley del hombre frágil, tanto exige, ¿cómo no creéis que exige más la ley de Dios? Si la cólera al nombre de infidelidad os ahoga, si queréis matar sin prueba, sin convicciones, si queréis afilar las garras *del leon*, ¿por qué os molestan las pobres lágrimas de vuestra esposa, que no os desdena como vos á ella, sino que os ama; que no os halla defectuoso como vos á ella, sino que os ve perfecto; que no ama á otro mortal, sino sólo á Dios, y este crea en ella esa fuerza tenaz para amaros tanto? ¿Con que es más la palabra dignidad, que la palabra amor? ¿Con que vuestra ley es más respetuosa que la de Dios? ¿Con que vuestra cólera merecerá aplausos, y aquel llanto reproche? Vos no pagais el amor á la esposa; le sois ingrato. La ingratitud es una mísera infidelidad. Pero para vuestras faltas no hay espadas que pidan cuenta, ni cólera que os aterre. Abusais de la fuerza.

¿Sabeis ya amar? Pues compadece un dolor más agudo que el vuestro. Abatíos ante su flaqueza. Y creed que no es rey vencedor, el que no se vence á sí mismo, y que no hay más alto orgullo para el valiente que humillarse ante la flaqueza.

¡Partid! huid pronto de estos lugares peligrosos. Purificaos con este amor santo que sentís por la virtud. Aprended por él á respetar el sentimiento de vuestra esposa que hoy os importuna.

¡Huid! Cuando no tema en vos el amor profano, volveréis á ver esta santa cristiana para que os inspire el amor celestial.

—Gracias, padre, por vuestras lecciones y esperan-

zas. Así puedo con menos esfuerzo partir de Toledo. No acierto á explicaros este sentimiento que se ha creado en mi alma. No sé explicarle porque no le sé comparar.

Espero ver algun dia á la que hareis cristiana. Yo no la quiero, ni aún reina, si pudiera ser santa.

D.^a Sancha se anunció. Al despedir en la puerta á su dama D.^a Fronilde, le decia:

—No, me engañan. El abad es un hipócrita y favorece sus inícuos designios. Sí. No faltó quien le oyese con ella á solas decirla: venid á tierra de cristianos. ¡Qué iniquidad!

Antes de marchar, descorro el velo. No subo á Castilla si intentan llevar á esa mora.

—Señora, prudencia por Dios. No irritéis al esposo.

CAPITULO XXIV.

LA RECONCILIACION.

Porque no te delectas en nuestras pérdidas : puesto que despues de la tempestad haces la bonanza ; y despues de las lágrimas y el llanto infundes la alegría.

(TOBIAS.)

El abad salia. Ni aún contestó á su saludo doña Sancha.

El rey vino á la puerta á recibir á la reina. D.^a Sancha quiso rehusar la mano que su esposo le ofrecia ; pero el rey se la cogió, y oprimiéndosela cariñosamente, la atrajo hácia un divan, y la sentó sobre sus rodillas. La reina hizo un pequeño esfuerzo por levantarse, y él, oprimiéndola blandamente para impedirlo, la dijo :

—Señora, no me riñais creyendo que no os amo. Estais equivocada. Mi corazon os da cuanto para vos posee. He sido severo, creyendo corregiros, para que volvieseis á la tranquilidad, y me arrepiento, porque habeis padecido, y en vez de curar la llaga la he dañado. Perdonadme. El buen abad me ha hecho conocer mi grave falta. Vuelvo á vos, Sancha. ¿Estais dispuesta á olvidarlo todo, supuesto que mi culpa nació del deseo de haceros bien?

La reina creyendo que aquellas palabras llevaban el objeto de seducirla y hacerla cómplice en el viaje de la princesa, hizo otro esfuerzo para dejar el asiento que quizá por la primera vez disfrutaba.

El rey la comprimió contra su pecho, diciéndola :

—No os escapareis, sois mi prisionera.

—Dejadme, dijo. Pero en vez de levantarse, apoyó su frente en el hombro del rey, y prorumpió en llanto.

—Llorad, la dijo él conmovido. Es una felicidad poder llorar. Yo quisiera también como vos derramar lágrimas. Pero no puedo aunque siento muy oprimido el corazón.

Permanecieron ambos un momento en silencio. Interrumpiéndole al fin la reina.

—Vos quereis llorar cuando os colman todas las dichas que anhelaís. ¿Qué será la que.....

—¿La que es tan amada como vos?—La que es aborrecida, despreciada, la que olvidando su rango y su orgullo, ama todavía al que la hace tan desgraciada. Y hasta cuando cree que aborrece, ve con desesperación que también su odio es amor.

—Sancha. No llores más. No tienes razón. El odio y el desprecio que has visto en tu delirio, es un fantasma satánico. Ahuyéntalo. Ahora menos que nunca tienes razón para quejarte. Jamás he sentido la ternura que hoy domina mi corazón.

No padezcas, Sancha. Tus hijos te esperan. Tu esposo, el que tanto amas.....

—Ama á otra, la cual querría sentar sobre el trono!

El rey se estremeció. Pero reponiéndose con prontitud dijo :

—Tu esposo te acompaña, para no separarse de tí jamás.

—Pero yo quiero reinar sola.....

—El trono es tuyo, ¿quién te le disputa?

La reina continuando la frase añadió: reinar en tu corazón.....

—Vamos. Estás loca, Sancha. ¿Quién te disputa mi corazón?

—Esa mujer, esa mora á quien no puedo odiar. Esa mujer fascinadora, hermosa, diabólica, que se apodera de todos los corazones y que no ama á nadie. Esa belleza deslumbrante que me hace parecer la sombra comparada con su luz.

El rey sintió un loco entusiasmo al oír en las quejas de la enemiga tan vehementes alabanzas. Jamás la voz de D.^a Sancha le fué más simpática. Nunca le pareció más sublime, ni más justos sus celos.

—Sancha, le dijo. No padezcas por Dios ahora. Goza en este instante en que por tí siento el más grande amor que me has podido inspirar.

La reina se fascinó con estas palabras.

¡Con cuánta facilidad se cree lo que se anhela!

La alegría de la reina fué inmensa, despues que preguntó y aseguróse de que la princesa no les seguía á Búrgos.

Creyóse la reina más amada, y más poderosa de la tierra.

Pasados unos instantes, en que tuvieron lugar las quejas de amor y las explicaciones, el rey refirió á su esposa los trabajos del abad de Lormano, empleado en la conversion de Zoraida. Le refirió la escena de los

cautivos, que la reina habia tan mal interpretado.

D.^a Sancha enternecida, llena de conviccion y remordimiento, por sus ligeros juicios y sus calumniosas sospechas, hizo llamar al abad.

Esperó que la familia de Almenon se reuniese á la mesa, y antes de sentarse, les dirigió á todos estas palabras:

—Amados huéspedes, rey Almenon. Con grave dolor dejamos hoy vuestros lares hospitalarios. Porque más que las riquezas de vuestras fiestas y banquetes, que con tanta generosidad nos habeis ofrecido, he hallado una joya entre vosotros para engalanar mi alma. Esa joya es la angelical virtud de la princesa, á quien todos amamos como si fuese nuestra hermana. Para llevar mi corazon tranquilo al régio hogar, necesito santa..... musulmana, que me des tu bendiccion.

La reina se arrodilló á los piés de Zoraida. Esta poniendo los labios sobre su cabeza, despues de besarla con cariñoso respeto, la levantó, y se echó con la más grande efusion de ternura en sus brazos.

—Yo, dijo. Yo soy la que he recibido santas é inolvidables lecciones, que han elevado mi alma.

Gracias, amantísimos cristianos, cuyos ejércitos haceis amar en vosotros.

Almenon y Ali, lloraban de entusiasmo.

El abad y Zoraida de ternura cristiana.

La reina de arrepentimiento.

D.^a Fronilde vió anudarse la felicidad conyugal, y tambien sentia una dulce felicidad.

Sólo D. Fernando conservaba sus ojos enjutos; pero su frente ardia como la de un febricitante.

La reina arrodillándose ante el abad le dijo:

—Padre, he sospechado de vuestra virtud. ¿Me perdonais? Mi arrepentimiento es inmenso. Que sea igual vuestra generosidad.

El abad se sonrió con dulzura y le contestó:

—Señora, al confesar vuestra falta, Dios os ha perdonado. Al repararla, os debo una felicidad. Yo no sólo os perdono, que es mi deber de cristiano, sino que os doy gracias por un sentimiento dulcísimo que os debo.

CAPITULO XXV.

LA DESPEDIDA.

Y los convidados bebían en vasos de oro, y las viandas se servían en vajilla siempre diferente. Se servía asimismo vino abundante y excelente, como correspondía á la magnificencia de un rey,

(ESTHER.)

Después de esta tierna escena, comenzó el último banquete que el de Toledo dió al de Burgos, á cuyo principio instaba Hiaya, deseoso de que comenzaran las fiestas de la mesa, tan agradables á su linfático temperamento, y á sus miras siempre egoistas.

Los sonidos de las vajillas eran para él músicas muy concertadas con su constante apetito, y las copas colmadas de licores fermentados, le despertaban las fruiciones más cumplidas.

Todos se sentían afectados. Felicidades venideras, esperanzas en gérmen, pasiones al nacer trabajadas, tristezas por la partida: todo este conjunto conservaba en la mesa un solemne silencio.

Sólo Hiaya comía por todos, aplaudiendo la abundosa paz, que le ponía á salvo de las frugalidades de la guerra.

Concluyóse el banquete.

La reina no cuidaba ya de las miradas de su esposo.

La simpática doncella era sólo el objeto de sus atenciones. Enlazadas sus manos, no se desunieron hasta el momento de la partida.

Las animadas cabalgatas, como los instrumentos militares, bullían y resonaban sobre el gran puente del Tajo. La reina al marchar, besó á Zoraida en la frente que le parecía iluminada, y que acercaba á sus labios una santa reliquia.

La humilde cristiana, aunque yacia en la casa de Mahoma, pidió al rey su mano para besarla, con la reverencia de un vasallo.

El rey, sereno ante los grandes y poderosos enemigos, tranquilo ante la muerte, tembló á esta petición; sin embargo, la concedió aunque aturdido. El contacto de aquellos labios tan puros, tan castos y tan bellos, estremecieron al rey.

Salen de palacio los reyes con su caballerosa y alegre comitiva. Ellos van más tristes y macilentos que cuando dejaron en Búrgos sus amigos, sus vasallos y sus hijos.

Bajaron al valle. Alejáronse. Cerró la noche.

A la mañana, los reyes no volvieron á hallar bajo su mirada la coronada sierra donde se asentaba la que después se llamó imperial Toledo.

Atravesaron hasta Búrgos los reyes, y los nobles, y las tropas, y los carros de riquezas, y las infinitas banderas de sedas, también prisioneras, orladas con los textos del Corán y los simbólicos dibujos.

Los pueblos ofrecían á su paso, fiestas de danzas, músicas, simulacros, procesiones, misas, *Te Deum*, acompañamientos y algazaras.

El triunfador se vió muchas veces obligado á excusar el homenaje que los pueblos en su entusiasmo le ofrecían , intentando llevar en hombros al magnífico vencedor.

Llegaron á Cardeña. Los monjes más que ningunos, entusiastas por los triunfos del gran paladin de la religion , salieron á gran distancia para recibirle. Los preladados que desempeñaban los cargos de los obispos, en ausencia de estos guerreros , preparaban fiestas en los templos , palmas para los capitanes, y laureles para su rey.

Los reyes fuéron hospedados en la última noche de su viaje , en el rico monasterio de Cardeña ; donde don Fernando hizo grandes ofertas , que más tarde cumplió con generosidad.

Despues de la fiesta religiosa y de las tierras ofrecidas por los reyes al monasterio , y de las dádivas de estos monjes , consistentes en rosarios , medallas y amuletos bendecidos , partieron los reyes para hacer su triunfal entrada por la puerta de la córte de Búrgos.

Pero el pueblo sabedor de tanta dicha , corre y se apodera de la ancha avenida del camino de Toledo.

Antes que el sol doblara sus alturas, la inquieta gente corre por los prados del Arlanzon y atravesaba por bajo las techumbres de verdura de sus árboles silvestres y espléndidos.

Salen avanzadas para investigar la hora de entrada. Tambien en caballos ligeros se adelantan emisarios de las comitivas del rey para llevar á Búrgos la grata noticia.

El sol al llegar los reyes parecia despedirse del ven-

cedor, saludándole con su luz rojiza á manera de estandarte sangriento. Todavía se detiene unos instantes, como si le dijese: Adios. Voy á iluminar la sangre que aún empapan las arenas de Lusitania.

El rey no podia separar sus ojos de aquella luz encendida que caminaba hácia el horizonte que poco habia reverberado en sus armas ensangrentadas.

El pueblo al ver las coronas que los monjes, y los grandes, y el clero tejian para sus reyes, al ver las verdes palmas primorosamente tejidas en dibujos simbólicos, tambien quiso ofrecerle sus dones. Así que las copas de los árboles pagaron cumplidos tributos á la recepcion. Las verdes banderolas de follajes formaban bosques ambulantes de verdura.

El alto clero, ostentando sus sobrevestas de tisú, eleva sus cruces como banderas del cristianismo vencedor.

Nuestra Señora de Santa María, salió en procesion solemne con dos coronas de laureles en sus manos, para ceñir las cabezas de los monarcas.

A un carro triunfal donde se eleva un dosel como de oro, fuéron trasladados desde las cerradas literas. Los infantes vestidos de guerreros, esperaban avanzando en otro carro dorado, por debajo de las arboledas y en medio del desatado pueblo.

Músicas, campanas, vivas, atambores, gritos, flores, lujo y harapos, llenaban los caminos, el puente de Santa María y las calles hasta las puertas de palacio.

Las casas de Búrgos labradas en anfiteatro hasta el castillo, lucian las pañoletas de colores de las patriotas, agitándose en las desiguales y pequeñas ventanas.

El castillo estaba empavesado.

Las iglesias celebraron las victorias, y el acusador de su madre mal querido en Búrgos, era su adoracion desde que lavaba su mancha con el espíritu cristiano.

Dejémosle derramar sus limosnas á las entradas de su pueblo, descansar á la noche de la fatiga, reparar con la reina su falta, suspirar sin saber la razon; y á la reina clavada en el alma por su ligero é imprudente aviso á D. Ramiro de Aragon, una espina que la mortifica á toda hora.

La madre que no cria á sus hijos, desconoce el amor intenso, aunque padezca los cuidados y el remordimiento de no cumplir un tan dulcísimo deber.

La reina procuró reparar con ellos sus faltas, y aquel nuevo sentimiento la distrajo en gran parte del amor de su esposo.

CAPITULO XVI.

SOLANILLOS (1).

Y se llevó todos los hijos de Madian,
y robó todas sus riquezas , y pasó á
falo de espada á todos los que le re-
sistian.

(JUDITH.)

No cabia en los estrechos límites de los reinos que los monarcas gobernaban, para satisfacer las multiplicadas ambiciones, los títulos de condes y menos los de reyes. En los pequeños recintos, en las fraccionadas ciudades, cada lugar , cada aldea , cada propiedad rural , se rozaba con lugares y gentes extranjeras, fatigadas tambien de la estrechez de sus terrenos.

El prudente D. Ramiro más guerrero , capaz y ambicioso que sus hermanos , contentóse con hacer tributarios á los moros de Zaragoza , Lérida y Huesca. No

(1) La poca armonía que hemos encontrado entre los autores de historias particulares y crónicas en algunos hechos , ora negados por unos , ora concedidos por otros , y el desacuerdo en las fechas de sucesos políticos , nos han precisado á tomar lo que parece más verosímil ; pues aunque el carácter de novela permita cierta libertad á los autores, preferimos la exactitud en lo que se enlaza con la vida pública de aquellos personajes que no son creaciones de la fábula.

Entre estas discordancias se cuenta la del nacimiento de la santa que suponen en 1025 y sobre cuya vida hay poquísimas noticias.

pudo , como D. Fernando, extender sus dominios; pero supo sostenerse entre poderes más altos que el suyo.

La carta de la esposa de su hermano , levantó su corazon , poco amoroso siempre para él.

Cuando leyó las letras de D.^a Sancha , defendia sus tierras y atacaba el castillo de Graus.

Eran escasas sus fuerzas ; pero á pesar de su precario estado , no podia ni desairar á la heredera de Leon , ni contrariar sus propios sentimientos. Cercenó pues algunas compañías de su pequeño ejército , y sin manifestar á sus aliados los motivos de tal resolucion , pidióles pequeños auxilios contra la gente del de Toledo , so pretexto de limpiar de malhechores y de partidas aviesas las tierras de Aragon.

De tal manera preparó una correria , que improvisadamente cayó sobre Toledo , sin más anuncio que la presencia de las partidas devastadoras.

La Metrópoli fué armada á la sola voz de un pregon. Los moros defendieron sus hogares expuestos á graves peligros , y los mismos príncipes armados de paveses defendieron palmo á palmo los umbrales del palacio que habitaban.

Fuéron rechazados los cristianos y las calles de la ciudad cuajadas de cadáveres.

Alí desplegó en estos domésticos combates , su fuerza y su pericia , su valor y su constancia.

Levantó de repente partidas , armólas , peleó , venció , y saliendo de Toledo á los campos de Hita , presentó una batalla.

Volvió á vencer.

El hermoso adalid entraba á cada instante en Toledo

cargado de botín y de cautivos. Volvió Zoraida á escuchar los ayes de los esclavos.

Los campos de Hita salpicados de monasterios y de vecinos cristianos, hicieron tenaz resistencia. Cada día Ali le limpiaba de enemigos, y cada día como por encanto volvian á aparecer.

Los moros no dudaron de la existencia de ciudades subterráneas.

Dominando esta idea, se destinaron espías para acechar las entradas ocultas ó los antros no explorados.

El coraje de Ali creció con estos recelos, que por los sucesos más parecian evidencias.

Se aplicaron teas á los monasterios, que segun los moros vomitaban ejércitos; se desolaron los santos asilos, y lanzadas, flechas, puñales, brea encendida y pisoteo, convirtieron las tropas de cristianos en masas trituradas envueltas en polvo y sangre.

En consejos del hogar fué pasando la tradicion, de que en tiempos en que los godos dominaron aquellas tierras, un cataclismo habia sepultado un vasto edificio, asilo de mujeres recogidas.

Referian que las campanas del asilo subterráneo dejaban oír de vez en cuando sus lúgubres tañidos. Que apariciones de extrañas aunque piadosas mujeres, se veian alguna vez en las grandes situaciones de guerras, pestes ó tormentos. Que á la invocacion de los cristianos, salian de las entrañas de los abismos para conjurar los males.

La matanza embotó la sensibilidad de Ali. La victoria le enseñoreó orgulloso sobre sus víctimas. Cayeron los edificios desmoronados por las llamas, y piedra por pie-

dra fué removida en los campos de Solanillos. La cristiandad gótica refugiada en Hita, respetada otros días por tratados con el moro, quedaba en aquella tierra apagada por siempre. La vida en la sangrienta y desigual pelea, era la horrible esclavitud.

En cuerdas prolongadas, y atadas á los carros, gemían las mujeres apresadas en las chozas del labriego, y las tiernas palmas del infante lloroso, se ataron junto al poderoso atleta, y junto al herido moribundo.

Alí, rendido de matar, hizo del suelo su lecho, después de haber asolado los campos de Solanillos, y bajo una frondosa arboleda, y á la presencia del cristiano prisionero, tomó aliento su implacable ira.

Todavía busca gloria en las víctimas que le rodean. Pero día tras día le ve el sol peleando, y noche tras noche en los preparativos para la nueva desolacion.

Siente sueño, y que una luz roja rodeada de nubes de oro deslumbraba sus ojos; los ayes de los niños y los heridos le arrullan como si fuesen cantos de victoria.

Oye un eco agudo, incisivo y que estremece su corazón, eco que dice: *Virgen santa, madre de los afligidos, amparadnos.*

El héroe de aquella dolorosa victoria, no volvió á escuchar más ecos.

Un horizonte nuevo contempla ante su vista.

Compadeciendo los ayes desgarradores de los cristianos que pedían la muerte por compasion á sus verdugos, y dejando á Alí entregado á un instante de soñolencia ó de meditacion, volvamos de nuevo al palacio mágico de Toledo.

CAPITULO XXVII.

LA VISION CELESTIAL.

Esta fué la vision de la semejanza de la gloria de Dios. Y vi y caí sobre mi rostro, y oí la voz de uno que hablaba, y me dijo : Hijo del hombre ponte sobre tus plés y hablaré contigo.

(EZECHIEL.)

Es una pacífica noche de plenilunio.

Zoraida baja á los jardines á gozarla, y á rezar las oraciones que le enseñara el abad Udalberto. Los jardines están embalsamados con la esencia del nardo y de los jazmines, y de las rosas de Alejandria. Zoraida está sentada al borde de un pequeño estanque de alabastro, que confunde su blancura con las faldas de la virgen, con la nieve de su rostro, el mármol bruñido de sus manos, y las azucenas que la rodean, que doblando sus tallos gentiles sobre los pliegues del vestido de la princesa devota, forman un conjunto de limpias espumas, que unido al murmurio de los surtidores, remedan á las olas espumosas, ó la alta roca alumbrada por la pálida luz de la noche.

Sopla un viento ligero, y á intervalos riza las aguas, é inclina los hilos de los elevados surtidores, y arrolla

en cristalinos pliegues las del terso estanque, rielando en diamantes la bullente luz.

Las ramas de los frutales se mecen con livianos arrullos. Los roncros cantos del reptil de las lagunas sueñan á lo léjos, interrumpiendo las melodiosas armonías de las enramadas. Pero ante la luz magnífica de los cielos, entona el concertado himno la naturaleza, en el bruto que ruge, el ave que vuela, el arroyo que gime, la fuente que rie, el ambiente que suspira, y el rumor de la piedra que busca su centro.

La vírgen musulmana, más bella que la Vénus griega nacida en las espumas, contempla las estrellas, cuyos pasos siderales no le eran desconocidos; y ya fija los ojos en las aguas diamantinas, ya vuelve á elevarlos en la bordada techumbre del espacio.

Su blanco rostro, sin asomo de carmin, manifestaba que padecía, y que por instantes se mermaban sus fuerzas.

O por blando sueño ó deliquio, la solitaria princesa quedóse inmóvil, y apenas se apercibe en su blanco seno el movimiento de sus hálitos.

El abad de Lormano estaba junto á ella á poco tiempo.

La jóven hablaba con voz ténue, y decia interrumpiéndose muchas veces.

— ¡Qué hermoso niño! ¿Quién eres?... ¡Dices que eres Dios! ¿Y por qué juntas las manos en la fuente, y rociás mi cabeza? ¿Para darme el bautismo has dicho? ¡Soy cristiana! Mi alma crece, crece y como un firmamento se extiende... ¿Tienes madre? ¡Con qué está en los cielos! Llévame á ver á tu madre. Allí, hácia aque-

llos resplandores la veo, sí, ¡qué bella!... Allí, hermano, ven conmigo. ¿Ves á la Virgen? No ciegues á su luz. ¿No ves cómo mis ojos penetran los resplandores? ¡Hermano! ¡hermano! vamos á donde nos llevan estas luces rojas. ¿Oyes? Dice esa voz como de salterio, que es nuestra madre. ¿Oyes? Dice que es María.

¡Qué carrera tan violenta! ¿Por dónde vamos? Se han acabado los campos. Ya no se ven rosas ni espinos. ¡Qué hermosa senda de aire azul! ¿Vamos, madre, á pasar por encima de estas masas de luz que parecen mundos? ¡Ah! ¡qué hermosas montañas de vapores tintados! ¡Cuántos soles! ¿Ves Allí? En este cielo los soles tienen otro color. Mira aquellos mares tan inmensos, tan quietos, tan transparentes, y que traslucen mundos y mundos. ¿Es inagotable la creacion?

Estas luces que pisamos no queman. ¡Están frías como el helor de las montañas!

¡Madre mia! ¿Por dónde me llevas...? ¿Por la creacion? Me aterra la música de tu voz cuando me has dicho: ¡Por la creacion! ¡Por los espacios infinitos! ¿Quién los sostiene en los aires? ¡Dios! ¡El gran todo de los espíritus!

¿Y dónde está Dios? ¿En todos los mundos, en todas las órbitas inagotables? ¡Y tambien en mi corazon! ¡Allí, Allí! ¿Sientes grande tu corazon como estos espacios inmensurables?...

¿Comprendes esa lengua que jamás has oído? Se aperciben las armonías de esos ecos en un oído que estará en lo profundo del espíritu.

¡Cuán largo es este camino! Pero no cansa. ¿Queda mucho para volver al lugar de donde partimos?

¡ Con que esta senda es infinita ! ¡ Con que tantos millares de vidas enlazadas no bastarian á concluirle !

¡ María ! Luz templada de los espíritus. ¿ Cómo se llama esa portada magnífica que enclava el arco de su bóveda y avanza un orbe ?

¿ La iglesia católica ? ¿ Y esa nave sin fin ? ¡ La sabiduría me has dicho ! ¿ Y esa senda estrecha , recta , donde se respira un aire balsámico que se ilumina por luces templadas ? ¿ Cómo se llama ? ¡ La virtud !

La soñolienta ó dormida ó delirante , calló unos momentos. Una sonrisa angélica brillaba en su rostro , pura como las estrellas que habia recorrido.

Suspira con dulzura , anunciando el mundo de las tinieblas.

El abad la contempló en silencio. Zoraida gozaba aún de su vision celestial.

CAPITULO XXVIII.

LA VUELTA DEL ABAD.

Me acuerdo de un sueño que ví, el cual
significa esto mismo, y nada de ello ha
quedado sin cumplirse.

(ESTHIER.)

Un ruido estrepitoso despierta de sus contemplaciones á la virgen musulmana. A las voces de terror de unos, suceden recios golpes, y á estos, muchos ayes desgarradores.

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡No puede mi alma resistir tan cruel martirio! Yo te pediré, cristiano, en nombre de Jesus y me oirás. Pero tú, musulman, al nombre de Mahoma arrecias el dolor para complacer á tu Profeta.

No, no quiero al enviado que recorrió los campos de Siria con el alfanje ensangrentado. Amo á Jesus que en vez de venganza ofrece perdon, salvacion en vez de exterminio, pan celestial en lugar de sangre. Mis lágrimas irritan al que más me ama. ¿Cómo conmoverán á los verdugos?

Las lunas que me anunciaste se cumplen y no vuelves. ¡Santo abad! ¿Qué será de mí? ¡Sola entre los que combaten mi espíritu con la crueldad!

¡Santo abad! aliéntame con tus palabras.

—Aliéntate con tu fe, Zoraida, dijo el abad cerca de ella.

La musulmana dió un grito de sorpresa, y cayó arrodillada ante él.

—Vengo por tí, para conducirte á la grey del Señor.

—Gracias, santo abad, gracias. Os debo dos veces la salvacion.

—Todo lo debes á Dios.

Rumores se sienten de pasos que se acercan.

El monje desapareció.

Zulema se presenta, buscando á su señora y hermana.

Zoraida al verla, la dice :

—Dame tu apoyo. Me siento desfallecer.

La humedad y perfume de las azucenas empeoraron á Zoraida, que ya padecía tal vez por efecto de las infinitas y violentas emociones sufridas sin cesar por amor á los desventurados.

El monje cautivo á quien debió sus primeras lecciones de cristiana, le dijo que existian por encima de la corriente del Oca unos lagos de aguas milagrosas, donde al punto sanaria.

No olvidaba la enferma este pensamiento, aunque jamás lo habia anunciado.

Zoraida cruzó con paso muy débil hasta su aposento.

CAPITULO XXIX.

FANTASÍA.

Hé aquí que yo enviaré mi ángel que
vaya delante de ti, y te guarde en el
camino, y te introduzca en el lugar
que he preparado.

(EL ÉXODO.)

Alí se levanta, creyendo que vuelve de un sueño. Le parece que una matrona de gran belleza le ha conducido por mundos extraños.

Aún resuenan en sus oídos los ecos de los cautivos diciendo : ¡Madre de los afligidos, amparadnos !

Los encendidos resplandores que vió por entre las enramadas, son ya sombras negras y medrosas. Habia corrido los espacios de luz, y ya no palpa sino negrura. ¿Dónde está? ¿No estaba con Zoraida en el cielo de los cristianos? ¿En un edem tan vasto, tan silencioso, lleno de mundos espléndidos enlazados á cadenas invisibles que jamás su Profeta habia adivinado?

Nada sabe sino que su alma está conmovida.

¿Y los ecos de los infelices, á cuyo son se sintió soñoliento? Ya no los escucha. Un silencio de sepulcro le rodea.

El viento muge en la enramada. Los buhos, que ya

no encuentran el pobre asilo del campanario cristiano, revolotean sobre su cabeza, buscando en las copas un nuevo asilo. Las alas negras de las aves de la noche azotan su rostro.

Llama á los suyos, y sólo le responde un graznido. Jura por Mahoma, y la voz enronquecida resuena por el valle como un sonido de trueno. Dice al fin: ¡Madre de los afligidos, amparadme! Y entonces unas corrientes de suaves céfiros que parecen besar sus mejillas, en dulces sonos remedan estos sonidos: *Sé cristiano, sé cristiano, sé cristiano.*

— ¡Madre de los afligidos! volvió á decir. ¿Quién me guiará?

La luna asoma su faz de oro por el mirador del horizonte de aquel valle. Derrama silenciosa sus rayos pacíficos. Le parece á Alí uno de aquellos globos de luz, uno de aquellos mundos que acaba de ver en su imaginacion há pocos instantes.

La cascada de un pequeño arroyo se derrumba con sonos que parecen palabras. Alí creía que cerca de él hablaban sus soldados; pero no es voz humana. Sólo reconoce el rumor de la laboriosa naturaleza en su ebullicion constante.

¿Qué peso enorme habia agobiado su frente? ¿Dónde estaba? No siente ni el estruendo de las armas, ni la algazara, ni los lamentos, ni el eco viviente, ni distingue una senda ni un guia.

— ¿A dónde iré?

La cascada que á pocos pasos suyos se derrumbaba, le parece que murmura...

— ¡A Roma...! ¡A Roma!

Aquellos ecos imitativos, los escuchó Ali como avisos supremos.

—No más sangre, dijo. Ni más Toledo, ni más trono que contemplar el de Dios. He visto la cadena de los mundos. Le he visto en su alcázar de infinitas jornadas. Aquel sér sin figura, que sólo percibo con la vista del alma, preside los silenciosos espacios. Justo, ordenador, llevando en su mente la balanza del orbe, ha bajado á mi mente, y engrandecida á su presencia, abjuro de todas las ambiciones de la tierra.

¿Qué debo ser, ¡gran Dios! para saberte adorar?

Los vientecillos entre las copas le repetían con dulces sonidos:

—¡Cristiano...! ¡Cristiano...!

—¿A dónde iré para ser cristiano, sér oculto, que más que á mis oídos hablas á mi alma? ¿A dónde iré?

La cascada en sus roncós sonos le respondía:

—¡A Roma! ¡A Roma...!

La luna se eleva por su carrera sideral... Las nubes parecen los trajes que engalanan á la matrona de la noche. Las estrellas, el séquito de su esplendente córte.

Ali emprendió su camino con su fiel caballo, Sirio, alumbrado por los rayos de plata que le envía la lámpara del firmamento.

Sirio ha descansado junto á los cadáveres que hizo espirar bajo sus piés. Se levanta ágil para la nueva fatiga.

El príncipe moro, envuelto en su albornoz oscuro, corre como una vision sobre el negro bruto africano.

Atrás quedaron los muertos de Solanillos: atrás el

Tajo y los montes de Toledo : atrás los prados de oro sembrados de centeno : atrás la tierra de las victorias y de los recuerdos. El moro vuela por encima de los montes : se desliza por los prados de las mieses : nada por los rios contra las altivas corrientes : sube al hielo de las sierras, y el negro Sirio, corre, nada, y vuela sin cesar.

Se esconde muchas veces la luna en su ocaso, y aparece en su oriente. Dora el sol las altas cimas y enrojece el camino del viajero con los rojos resplandores de las tardes. ¡ Cuántas veces sucede á la luna ! Y Sirio corre, corre todavía. Llegan á la puerta de la ciudad de las artes al romper la aurora.

Sirio cayó muerto de cansancio bajo el primer monumento de la ciudad.

— ¡ Virgen de los afligidos ! Volvió á decir Alí. ¿ Qué haré ? ¿ Adónde estoy ?

Una matrona que parecia vestida de luces, le dice con una voz de cristales armónicos : « Ven. »

Alí sigue á la vision deslumbradora, llega junto á ella á la puerta de un palacio. Sube escaleras de mármoles con barandas que parecen de oro, y allí desaparece la vision.

Altas bóvedas, estátuas, pinturas maravillosas, todo sorprende la vista de Alí.

El gran rey de la cristiandad sale á recibirle. Venerable le parece al moro su calva frente, medio cubierta con la tiara. Venerables sus rugosas manos sosteniendo el cayado de oro, cetro de todos los imperios del orbe cristiano. Lujosas las púrpuras que le visten, aunque humilde es su apostura.

Le parece á Ali el aspecto de aquel rey, digno de los espacios que habia recorrido con su mente en los ensueños ó en las visiones misteriosas.

Se arrodilla á sus plantas ; pero el rey le recibe en sus brazos, y le dice :

— Te esperaba. El templo cristiano te abre las puertas de la salvacion.

El catecúmeno vivió cerca del Papa , y fué instruido en los misterios de la religion de Jesucristo.

Vivió cuatro años en Roma, y despues pasó á su país, donde erigió el monasterio , entonces muy pobre , de Nuestra Señora de Sopetran.

CAPITULO XXX.

POBRE ALMENON.

Me aflijo, y suspiro sin cesar, y cuando
los otros descansan por la noche,
velaré yo, inundando con mis lágrimas
mi lecho, regando con ellas mi
estrado.

(PARAFRASIS DE LOS SALMOS.)

¿Dónde estás, hijo amado? ¿No fuiste una vez y otra vencedor? ¿No arrastrabas las tropas enemigas en tu carro siempre victorioso? ¿No volvías lleno de trofeos? ¿No huyó el enemigo á los estragos de tu cimitarra?

¡Es muerto Ali! No vuelve, no volverá nunca.

Los campos de Hita están cubiertos de cadáveres corrompidos. ¿Se hallará el infante entre los muertos? ¿Cómo no responde á la voz de su padre?

Así se alimentaba el cuidado de Almenon, hijo del rey Adafer, y última flor del árbol del conquistador Tarif. Así lloraba á su hijo predilecto, y así aumentaba un duro ariete, al edificio frágil de la vida.

La vista de Zoraida calma sus inquietudes; pero la ve pálida y desfallecida.

— ¡Oh poderoso Alá! exclama. ¿Por qué dándome tan grandes tormentos, diste tanto amor á mi corazon?

Pasó al estrado de Zoraida, disimulaba cuanto podia

su tristeza, porque esta yacia en la alcoba donde murió su madre, y en el mismo sitio donde tenia su lecho.

Pálida como aquella, extendiendo hácia el borde de la cama su mano marmórea, Almenon está, como há veinte años, sentado en un almohadon con la pipa tambien sin fuego ni perfume, y estrechando otra mano adorada entre las suyas.

Para los corazones amorosos, no muere jamás el recuerdo de los pesares que atrae el mismo amor.

Así que, Almenon no ve en aquella imágen de Zaida un dolor, sino que siente atravesar por su pensamiento una idea fatídica.

—Hija mia, la dice con voz suave, ¿qué sientes?

—Nada, casi nada, padre mio.

Un poco de inquietud, un poco más recios son los latidos de las arterias. Pero no siento ni dolor, ni fatiga.

—Todos los médicos de Toledo se consultarán, y al punto te verás sana y yo dichoso. ¡Pobre Zoraida mia! No tienes miedo ¿verdad?

—No, padre, estoy bien.

Almenon dilató su pecho con un suspiro. Daba gran importancia en las enfermedades al presentimiento de la mujer, y al ver á Zoraida sin temores, se desvanecieron los suyos.

—Padre, le dijo Zoraida. Cuando yo bajaba con los cautivos, hallé un anciano tan entendido en la enfermedad que padezco, que siempre acertaba en mi semblante la más ligera intensidad, ó el más ténue alivio. Me dijo el buen anciano, que hallaria la completa salud en los lagos de San Vicente en una montaña que domina el Oca. No era en otro tiempo posible buscar tal be-

neficio, por ser aquella tierra de cristiano enemigo. Hoy podrian dispensar el beneficio de la salud, aquellos reyes aliados y amigos, á la hija del leal rey de Toledo.

Creo, padre, que esta tierra mina con celeridad mi existencia. Quisiera respirar un aire más sano que el ofrecido por las emanaciones del Tajo. Los extremos del frio y del calor se hacen crueles á tu Zoraida. Separarme de tí me seria triste; pero morir, seria para tí cruel.

—¡ Ah hija mia! No me hables de morir. En estos momentos y en este sitio, la palabra morir en tus labios oprime mi corazon.

—Un recuerdo vivo há más de veinte años, aguza una punta acerada que hiere mi memoria y agrava mis temores.

¡ Hija mia! ¿Qué te hace pronunciar esa palabra morir que angustia el alma como las nubes que anuncian la tempestad? Es tu indisposicion pasajera, y pronto te veré bullir en los jardines como á mi paloma más amorosa.

—Este aire, padre mio, no es para mí de fácil respiracion.

—Los aires de las sierras son puros, son sanos al hombre.

—Son calenturientos ó helados.

—Padeces hija, y crees que la temperatura te es ingrata; pero vendrán los mejores médicos de Andalucía, hábiles en esta enfermedad indígena de aquel país, y verás cuál te vuelven la salud y la alegría.

Zoraida hizo un movimiento en señal de negativa, y dijo:

—Pero no pensemos en la enfermedad. Dime de Ali. ¿No dijiste que volvía victorioso? ¿Que estaba ya á las puertas de nuestras murallas? ¿Cómo no viene á ver á su hermana enferma?

—Ya vendrá, hija mia. Nuevas empresas le detienen.

Almenon suspiró con tristeza profunda.

—Piensa en tí, hija mia, dijo. Tú eres mi primer cuidado.

—Pero Ali, padre, no vuelve, y tú suspiras. ¿Qué será de Ali? ¿Habrá perecido en la pelea?

Zoraida alarmada con este pensamiento, experimentó una agitacion violenta.

Almenon para calmarla hizo un esfuerzo para borrar de su semblante la angustia que á su pesar se grababa en su frente.

Zoraida aún pasó en cama muchos dias. Los médicos la privaban de todo ejercicio, y de todo sobresalto.

Cuando llegaron los médicos andaluces, ya habia pasado todo peligro, y la enferma sentia las fuerzas más alentadas. Continuó sin embargo pálida, y las manos un poco abultadas, probaban á los inteligentes en las artes de Averroes, que la enferma exigia graves atenciones.

Almenon cree cierta la muerte de Ali. Vagaba por los salones de palacio á las altas horas, sin luz, porque así place á su tristeza, y al cuidado de no descubrir su afliccion profunda.

Tambien teme perder la otra joya preciosa de su amor, y sin cesar pregunta por su salud á las doncellas, á sus médicos, y á sus propios ojos, porque

á cada momento la busca para asegurarse de su alivio.

Almenon prodigó el oro á los médicos andaluces, los cuales esperaron el período en que podria reproducirse un nuevo ataque.

Zoraida, con el pretexto de que el rey no la podia negar nada, pidió á su padre que le permitiese ordenar á los esclavos, y ponerlos bajo la ley del trabajo útil, de la oracion y de la caridad.

Con este motivo cada uno trabajaba en lo que habia aprendido, y la princesa organizadora, bendecida por todos, tenia el gusto de conversar con su anciano médico, que aún vivia en voluntaria esclavitud.

Pasaron los dias de otra luna.

Hiffen é Hiaya, desesperados de la vuelta de uno y otro emisario, de una y otra partida, que habian sucesivamente salido para investigar la suerte de su hermano, salieron tambien para averiguar con seguridad la desgracia de su pérdida.

Zoraida estaba sola con el acongojado padre.

Almenon la engañaba respecto al siniestro destino del más amado de los hermanos.

CAPITULO XXXI.

EL AMOR DEL PRÓJIMO.

Guárdate de hacer jamás á otro, lo que no
quieras que otro te haga á tí.

(TOBIAS.)

—Padre, decia Zoraida sentada bajo un cenador de jazmines. Me siento mal. No te alarmes. No padezcas. Si quieres, es tiempo de salvarme. Envíame á esa montaña de Castilla donde, no lo dudes, tengo mi salud.

—Hija mia, por Alá no pienses separarte de mi lado. Temeria no volverte á ver. No sabes lo que es al ánimo oscurecido por los pesares, una luz de amor. ¿Quieres apagarla, deseas robarme mi solo consuelo?

—No. Sólo quiero que esta luz de tu vida, no consuma su aliento y te se apague para siempre.

—No hija. La tarde anuncia tormenta, y esas nubes entristecen tus ojos. No temas. Estás mejor, y esos sábios médicos te salvarán si en algo tu salud se alterase.

—No; decia Zoraida, mi salud está lejos de Toledo.

—Hija mia, continuaba Almenon. Serian hoy terribles los peligros de un viaje. Los cristianos derrotados, vuelven á preparar nuevas tropas. ¿Y tú sabes los desesperados esfuerzos que hicieron por entrar más que

en Toledo, en nuestro palacio? Ya puedo contarte mis temores y mis horribles sobresaltos. Todo ha pasado; pero hoy, sin embargo, son más que nunca necesarios. Sabes que nuestros espías, arrastrados hasta el mismo lienzo de la tienda de su caudillo le escucharon, y reconocieron en sus mismas palabras su negro fin.

¿Sabes hija mia, que el objeto de sus asaltos tenaces fueron cautivarte y hacerte morir, creyendo que pudieras ser sensible á la amistad de nuestro rey aliado?

Las partidas de cristianos cruzan por todas partes.

Con el objeto de distraer en su misma tierra al de Aragon, voy á enviar el grueso de mis tropas á su misma tierra, antes que reponga sus fuerzas perdidas en los valles de Toledo.

El rey mismo de Castilla, al pasar mis ejércitos por sus tierras, no podrá evitar que el cristiano, siempre enemigo de nuestra raza, levante grupos por los campos para atacar y dar martirio al moro extraviado. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe ese indómito cristiano lo que podria ejecutar fuera de tus tierras, cuando te busca dentro de tu propio estrado! ¡No, no, jamás! Son horribles los pensamientos que estos temores me presentan. ¡Si tu fueses esclava! ¡Si á tu cuello de alabastro se amarrase la horrible cadena! ¡Si tus manos delicadas oprimidas con las argollas!... ¡Qué horror!

¡Gran Alá! permite primero que sea mi carne quemada, mis huesos descoyuntados, y mi garganta llagada por la sed, antes que ver su blanca tez macerada, ni su admirable corazon oprimido.

Almenon se paseaba desde el cenador á una fuente por una corta vereda, con pasos muy agitados. Parecia

que el turbante estrechaba su cráneo, y le desviaba en su inquietud de su ancha frente.

—Arrojarias en lágrimas los pedazos de tu corazón, si me vieses morir lentamente de frío y hambre; si vieses que estremecían con crueles golpes mis huesos; si el latido abriese llagas en mi cuerpo, que el desfallecimiento no me dejaba seguir el ágil paso del soldado...

Por Alá, Zoraida, no desgarras mis entrañas.

—¡Si me cortasen la lengua y no pudiera ya invocarte, padre mío! ¡Si mis ojos fuesen arrancados de sus órbitas, y tú, tan amoroso, á quien cada uno de mis tormentos era más que una eterna agonía, si tú amarrado á una estrecha cadena, inmóvil no me pudieses amparar; si no pudieses ni morir; cuánto sería tu dolor! ¿No es verdad que es más horrible que la muerte la manera de morir?

—¡Calla, calla por Alá! No presentes ese cuadro horrible ante mis ojos. Mi piel se eriza de horror. Tus ojos celestiales, tu lengua pura, tus manos sedosas, tus... Ah, Zoraida, Zoraida. Antes que presenciar tan bárbaros dolores, pisotee el caballo cristiano el cuerpo de tu padre. ¡Qué dolor tan inmenso! No, no saldrás de mi lado.

—Pues esos esclavos, trofeos de tus victorias, befa del soldado y dicha de su rey, tienen padres que los aman también como tú á mí. Esas manos que descoyuntan los hierros, son como las tuyas delicadas y sensibles. Esos ojos arrancados por tus satélites, eran como los míos conductos del alma, lumbreras del espíritu. Esas esclavas que azotan los verdugos, tienen por

delito llorar á los hijos que les han despegado con la cimitarra de sus pechos.

Y estos horrores que tanto te estremecen imaginados, los he visto padecer, sin que alcanzasen nunca mis lágrimas compasion para la víctima. En vano te pedian. El golpe y el lamento arrullaron el sueño de mi infancia, y quieres que tambien sea mi oracion de muerte. ¿Qué seria mi martirio? ¿Qué importaria una víctima más á la tiranía del hombre? ¿Ni qué serian unas horas de dolor material para la que ha sufrido tantas de crueles tormentos? Si mi sangre pudiese rescatar la de tantos infelices, tú sabes ¡Dios mio!, que no dudaria derramarla con placer.

Tu amor no ha bastado para comprender mi corazon, y el cilicio de padecer los del desgraciado, que me impusiste al nacer, me llevan hoy á morir.

—Hija mia, te comprendo. Leo tu corazon lleno de ternura y de las más altas virtudes. Pero has nacido entre las luchas, entre los azares, y en un país cuyo cerco son vallados de enemigos implacables. ¿Qué hacer, hija mia, para hacerte feliz? He reprimido mi ira contra los reyes que la provocaban, por sostener la paz. He procurado contener los excesos, más bien que castigarlos; y si he permitido la libertad en las conciencias; si como el sábio y pacífico Jusef de Granada y el rey poeta de Córdoba, he abierto, para ilustrar mi pueblo las libres discusiones hasta en la cuestion religiosa, he reprimido la libertad de accion, que es la que da licencia á los grandes para entronizar su despotismo, y osadía á los pueblos para desgarrar las leyes.

No he hecho guerra al cristiano para obligarle á que

respete los ritos de nuestra religion. El gran Alá que los hizo, sabrá señalarles su camino en el cielo si deben hallarle. A un rey sólo cumple obligar á su pueblo á que obedezca las leyes de la tierra, y á enseñar las que conducen al Paraíso.

¿Fuí nunca déspota? ¿Fuí cruel? ¿Me ensañé jamás en las iras? ¿Viví en el ocio ni entregado á las pasiones del cobarde? ¿De qué me acusa tu dulce voz, ni tus lágrimas, ni tu rostro marmóreo? ¿Cuidé de tu niñez como una madre? ¿Enseñé á mi pueblo como un maestro? ¿Defendí el trono de mis antepasados como un rey? ¿Peleé con los invasores como un guerrero, y tú, hija mia, me acusas? ¿De qué? ¿Me acusás, hija, por que llevo una corona sobre mi cabeza? Si no hubiese de cumplir un padre los deberes de un rey, ese pesado oro que circunda la frente, yo mismo habria arrancado de mis oprimidas sienes. Porque, ¿qué es el rey sino el esclavo del último vasallo? ¿Qué es gobernar á los hombres sino pesares y odios que oprimen el corazon y entristecen la idea? ¿Qué son sus riquezas sino la murmuracion de los que no las poseen, ni qué sus magníficos palacios sino un receptáculo de enemigos mentirosos y traidores? ¿Y cuál la paga de tantos suplicios? Una página en la historia que no leerán los ojos de la víctima. ¿Y esa página será escrita con la verdad de la sabiduría? ¿No se transmitirá un falso juicio de una en otra generacion? ¿No consignan las historias hechos falsos, sólo porque se hallaron escritos? ¿No vemos calificar por hechos idénticos á unos de prudentes y á otros de cobardes? ¿De conquistador ó de ambicioso? Obrar en favor de un partido fuerte, basta para ser un héroe ó un

justo en las historias. No me digan que el tiempo acrisola la verdad. No. El tiempo confirma. El tiempo entorpece la investigacion.

Hé aquí un rey. Esta alta y brillante figura, mendiga con sus sacrificios gracias. Obedece cuando menos á sus ministros, y sufre siendo justo, el odio de los malos y el desprecio de los buenos.

¡Y tú tambien, hija mia, clavas como Bruto tu acero en el corazon de César! ¿Qué deseas de mí? ¿Por qué me clavas el dardo de tu queja?

—Padre, perdona. Te pido sólo compasion; sólo que ese dolor que imaginado en tí mismo te aflige, padecido por otro le compadezcas. Que en vez de ampliar las licencias á los verdugos para que castiguen, se les enseñe á ser compasivos con el desgraciado y generosos con el vencido. Que en vez de llenar las prisiones de infelices á quienes se les hace padecer trabajos sin fruto, se convirtiesen estos trabajos en la utilidad de tu país, proporcionándolos á las fuerzas materiales, á las inteligencias y á los hábitos de estos extranjeros. Que en vez del crujido del látigo, se les exhorte á la resignacion, y se les ayude con la esperanza. El extranjero siempre enseña al país. Que trabajen sin dolores ni opresion, y ofrecerán más delicado fruto. Ven y conocerás esta verdad. Desde que me has entregado los prisioneros, ni se llora ni se maldice, y las obras de sus manos son útiles á nuestra tierra y á ellos mismos. ¿Qué bienes pueden ofrecer los golpes ni los lamentos? La crueldad en un país, es la historia de su barbárie. Los trabajos forzados es el homicidio; la holganza es la elaboracion de un crimen.

Ven y oirás las bendiciones en lugar de la imprecación; el rezo en vez de los lamentos; la labor en vez del látigo.

Te pido, rey Almenon, que si tu hija no vive, en memoria del amor que te consagró en su vida, utilices por bien de tu nación á tus prisioneros, y le hagas este bien á la humanidad en su nombre.

— ¡Inocente paloma! ¡Cuánto te engaña ese gérmen de bondad que brota de tu alma! Yo tambien, hija, desto el dolor; pero la humanidad comienza aún su infancia, y un solo hombre no basta á hacerla crecer ni á enseñarla. El que caminando delante de las falanges humanas acepta otra senda que la que marca la progresiva, pero lenta marcha de la humanidad, ó se halla solo en un estéril camino, ó atropellado y destruido por el tropel.

Te agradecen el bien que colocas junto al mal que padecian. Pero si les dispensas el bien por completo, verás ese pueblo, que parece hoy perro fiel que lame tus manos, le verás lobo devorador. El populacho canta el himno de libertad al son de los puñales que afila contra su mismo bienhechor.

La compasion es el licor salútifero que ofrece el alma; pero si es sobrada, el licor rebosa y mancha y daña.

¿Qué quieres hacer con un enemigo insaciable, que sólo espera soltar las manos para volver á luchar?

Hija mia, esa delicada piedad embota la razon. Pero por desgracia, el sentimiento sin ella, más que nulo, es arma hasta contra los mismos desgraciados. Bien quisiera darte la felicidad que me pides, bien quisiera

ofrecerla al oprimido. Pero esta dureza no es culpa mia; son culpas de los tiempos, que sólo los tiempos pueden remediar.

Las leyes de la guerra son duras; pero necesarias. Para conservar la paz en un Estado, necesitas oprimir á los que la turban.

Es lastimoso este destino humano: pero hoy no conoce otro mejor el hombre.

— ¡Dios mio! ¿Con que siempre he de sentir el ¡ay! en mi rededor? ¿Con que siempre habrá oprimidos y opresores?

— Sí, hija mia. Y cuando la humanidad haya aprendido á repartirse por igual los bienes de la tierra, se multiplicará como plaga, y tendrá que destruirse para volver á renacer.

Zoraida á estas tristes reflexiones se sintió profunda y sombríamente afectada.

Consideró á los hombres como una raza de vivientes cuyo espíritu no le pertenecía, y vió el cuerpo humano como un poco de humo, segun le enseñaron los cristianos, y vió en el espíritu el hálito de Dios.

Un viento febril azotaba las plantas. Unas nubes negras se iban agrupando al sol poniente. La luz del relámpago llenó un instante el horizonte. Almenon estaba muy triste, y Zoraida meditabunda.

— ¡Padre mio! dijo Zoraida. ¡Qué bellos, qué magníficos son esos espacios donde se forman las tempestades! ¡Qué pacífica será la soledad donde se puedan contemplar las obras del Hacedor, sin que turben los movimientos de los reptiles de la tierra!

— Sí, hija mia, sí. ¡Cuánto ansío esa soledad! ¡Qué

dichoso seria, si deponiendo esta corona abrumadora viera al Sér inmenso entre mi alma y esos profundos y elevados espacios!

Un trueno espantoso estalló sobre el mismo horizonte que cobijaba á Toledo. Almenon mandó á Zoraida que dejase el jardin, cuya atmósfera la seria dañosa.

Zoraida, cruzada de brazos despues de haber dejado el cenador, parecia no oir la voz de su padre. Tenia fijos los ojos en las nubes negras que dejaban pasar por algunos resquicios los rayos sangrientos del sol de la tarde. Sus movimientos eran ténues, su respiracion silenciosa, su mirada fija sobre el grupo de vapores tempestuosos.

Un nuevo relámpago volvió á llenar el horizonte. Un nuevo trueno parecia desgarrar los cielos. Zoraida contempló inmóvil el rayo medroso de la última luz, y los sombríos nubarrones que encapotaban al rey de los astros.

Unas anchas gotas de lluvia rocian su cabeza, y Almenon la cogió de la mano para conducirla á las habitaciones; pero Zoraida, cayendo de rodillas pronuncia unas palabras que no se pueden distinguir.

La atmósfera parece incendiada. Curvas pintorescas de fuego escriben en los aires los secretos del Dios de los mundos. Zoraida en éxtasis contempla la grandeza de las obras inmortales. Almenon la oprime con dulzura, la levanta, la guia y la deja en su aposento, despues de besar la alba frente, que su amor veia resplandecer.

CAPITULO XXXII.

AMOR PATERNAL.

Que tengo muy grande tristeza y continuo dolor en mi corazon.

(SAN PABLO.)

—;Eh! Isaac. Tú, el mejor y el más activo de mis ministros, tú, el hábil, suspicaz y adivinador hebreo para cuyo talento no hay misterio ni en los hechos ni en el corazon del hombre. ¿Dónde está Ali? Sospechas como yo que es muerto? Y si lo fuese, ¿dónde están sus soldados? ¿Dónde las presas ganadas en sus victorias, que de hora en hora nos anunciaban sus emisarios? ¿No se examinaron uno por uno los cadáveres de los campos de Solanillos? ¿No se mudaron los escombros de los incendios de esas guaridas de santones cristianos que sembraban los campos de Hita? Dime todo lo que has hecho anciano respetable, buen Isaac. Tú que como yo amaste al generoso Ali; tú que conmigo has compartido los cuidados del gobierno, los azares de las guerras, y los dolores de mi corazon, ¿qué me dices? ¿Con qué esperanza alientas mi vida, siempre en horribles combates.

—Señor, fuéron examinados todos los cadáveres

moros que sembraron los campos de Solanillos. Por todas direcciones salieron partidas de los nuestros. Se introdujeron disfrazados por las tierras cristianas, caminaron hasta Castilla y Navarra, y hasta Leon y Lusitania. Pero la más fija noticia, es que vieron un bruto de figura extraña, que como exhalacion, cruzaba las tierras. Que ese bruto que devoraba con piés y alas los terrenos, llevaba sobre sus lomos un hombre cuyo vestido relumbraba á las luces de la luna. Que un astro luminoso caminaba siempre delante de él.

Un cristiano semi-vivo que hallaron entre los muertos, dijo: que su vírgen invocada y aparecida, habia destrozado las tropas de Alí ya vencedoras, y que Alí, era cristiano, con otras mil maravillas propias de la supersticion de esas creencias.

—¿Pero, y sus soldados fuéron todos muertos?

—Sobre el campo no se vieron.

—Esto enloquece Isaac. A seis leguas le hemos tenido de Toledo, y era vencedor.

¿Habrà caminado al Africa quizá engreido con las victorias, y tal vez anheloso de algun califato? Pero él, amoroso y obediente, ¿cómo no hace sabedor de sus resoluciones á su padre? ¿Qué opinas, buen Isaac?

—Cuentan las tradiciones, que una vez combatidas por los islamitas las mujeres que vivian en casas consagradas á su religion, sepultaron por uno de sus medios maravillosos una de las casas que llaman conventos, y vivieron en las entrañas de la tierra. Que se oian un siglo y otro siglo tañer las campanas, y que jamás los nuestros pudieron hallar la puerta del asilo.

Esos cristianos se refugian en antros cuando son

perseguidos. ¿Qué extraño es que apresado en uno de ellos, no pueda volver entre los suyos?

—Isaac, que al punto salgan nuevas partidas exploradoras. Que duerman diseminadas por esos campos, que acechen el menor ruido, que registren todas las cuevas, que socaben las entrañas de la tierra, y que no vuelvan sin el hijo amado, sea vivo ó muerto.

Isaac salió á dar nuevas órdenes.

Almenon se paseaba agitado por la habitacion suspirando y diciendo: ¡Hijos, hijos! ¡Cuántos afanes costais á mi corazon!

CAPITULO XXXIII.

LA PROMESA.

Que le dió licencia para ir adonde
quisiere, teniendo libertad de hacer
cuanto queria.

(TOBIAS.)

Los moros dispersados de Solanillos, llenos de vergüenza por una victoria que despues de ganada no podian ofrecer, cansados de pelea, sin jefes ni enemigos, temerosos de ser castigados, si no volvian con el infante, ó de tener que volver en su busca, se diseminaron, ya entrando como fugitivos en sus hogares, ya buscando á los cristianos como convertidos, ya uniéndose con los suyos en las orillas del Ebro ó en los campos de Tazona.

Todas son vanas las investigaciones. Almenon no sabe de Alí más que el primer dia en que debió ser recibido por el pueblo, que le esperaba sobre las murallas para arrojarle las hojas, símbolos del valor.

Estaba el rey sentado en un almohadon, mirando hácia Occidente sepultarse la última ráfaga de la luz del dia.

Bella, suave, silenciosa, se ocultó tras los montes, sin cuidarse de las agitaciones mortales. La tarde ante-

rior con su tempestad , armonizaba más con la de su alma.

La luz quedó sepultada. Almenon permaneció apoyando los codos en sus rodillas , y ocultando el rostro en sus palmas.

— ¡ Hijo mio ! ¡ Si en este instante padecieras un tormento ! Si fuese tu vida fatigosa , si por defender el trono de tu padre no volvieses á ver salir el sol de tu patria ¡ Cómo podré vivir ! ¿ Qué haré ? ¡ Combatiré con el cristiano sin tregua , destruiré mis pueblos !

¡ Y perderé á Zoraida ! ¿ Qué me podrá ofrecer una lucha eterna , sino el socabar vuestros sepulcros . ¡ El cristiano buscaba esta hermosa presa ! ¡ Quién si yo no vivo , hija mia , te defenderá !

¡ Angel amado , sábia como ninguna mujer , hermosa como una hurí ! ¡ Quién pudiera servirte sin los afanes de rey , y con sólo el amor de padre !

Ayer la tempestad obró efectos en ti , que me alarmaron . ¡ Pobre Zora mia ! Poca es tu salud , como poca la dicha de tu padre .

¡ Trono azaroso ! ¡ Poder abrumador , que hundes mi débil espalda ! ¿ Qué son tus honores ? Fantasmas . ¿ Qué tu lujo ? Atavíos que cilician . ¡ Qué son las anchuras de las puertas de tus palacios , si no dejan salir con libertad á sus reyes ! ¡ Tantos salones ! ¿ Y puedo esconder mis hijos en ellos para salvarlos de la lanza enemiga , como el más pobre del aduar ? ¡ Reyes ! ¡ Pobres esclavos de vuestros reinos y de los reinos extraños ! ¡ Que os reverencian para imponeros leyes crueles ! ¡ Que os visten de pedrería para que no se distinga con su brillo el de vuestras lágrimas !

¿Qué os pertenece, míseros potentados de la tierra? Ni siquiera teneis derecho sobre vuestros hijos. Ellos son de esos pueblos que imagináis mandar, y que no haceis sino obedecer.

¡Alí! Tú, el amado de tu madre Zaida y de tu hermana Zora, el escogido entre los tres por mi corazón, ¿dónde estas? Si eres muerto, ¿dónde hallaré tus cenizas siquiera?

¡Y tú, Zoraida! Si débil te complazco, mi debilidad dará osadía al enemigo de afuera, y descaro á los propios, que son los más temibles contrarios de un rey. Si fuerte resisto, te horrorizarán mis manos ensangrentadas. ¿Qué me importan poseer tu presencia, si no poseo tu cariño y tu respeto?

Veinte y tres años há que trabajo por mi pueblo. ¡Veinte y seis por mis hijos! Abundosa cosecha de lágrimas han cogido mis afanosas tareas.

Así meditaba á solas Almenon aún bajo la influencia de la tempestad de la tarde anterior, y oprimido por la angustia de la pérdida de Alí, cuando entrando un servidor le dijo:

— Señor, tu hija enferma, te espera.

Almenon se levantó como el ave que siente próximos los pasos del cazador.

Nada pregunta. Ya está en la alcoba de su hija.

Los médicos mandaron encender las lámparas de las habitaciones, porque á la enferma ya le faltaba luz en los ojos, segun la ciencia de ellos, y á más la oyen decir:

— Dios mío, luz, dame luz.

Ellos ignoran el verdadero sentido de estas palabras.

Almenon, al entrar en la alcoba, cree que aquellas

luces alumbran un cadáver. La palidez de la enferma es marmórea. Los ojos fijos en la techumbre la asemejan á una estatua.

El padre no puede resistir más. Cayó sobre un divan, los miembros como descoyuntados, la barba temblorosa, las lágrimas en torrentes, diciendo :

— ¡Muerta! ¡Es muerta!

En vano los médicos le aseguran que respira aún. Almenon no escucha.

Comprende al fin que vive, y el rey arrogante, se postra humilde ante los maestros de la ciencia, pidiéndoles con llanto y desesperacion la vida de su hija. Pero los médicos han agotado su ciencia, y la enfermedad tenaz, se sobrepone á todos los esfuerzos. Ninguna palabra de esperanza pueden aventurar al padre desconsolado.

La cama de la enferma vestida como ella de blanco, parecia un sepulcro labrado en mármol.

Almenon maldice el instante en que le negó la ida á Castilla y promete por Alá, si vive, no oponerse á su designio.

Los espíritus que la medicina administra, comienzan á animar el cadáver. Almenon cree que Alá le oye, y ya espera; y ante el lecho se postra agradecido. ¡Cuán fecundos son en esperanzas los corazones que desean!

— ¡Hija mia! decia Almenon, procurando contener su temblor, y moderando su agitada voz. ¡Hija mia! ¿Cómo estas? ¿Qué sientes?

— Nada, contestaba Zoraida. No siento dolor. Sólo que las fuerzas me faltan y que me latén las arte-

rias con más frecuencia que en el estado habitual.

Pero no temas. ¡Me siento tan bien! Si esto fuese morir, la muerte es un paso inefable.

Almenon, queriendo disimular á su hija toda la violencia de su emocion, procuraba hermanar una sonrisa forzada con sus lágrimas involuntarias.

—Ten ánimo, hermosa mia. Conserva la serenidad y la fuerza, que bien la necesitas dentro de poco. ¿Sabes que irémos á Castilla, que el viaje es penoso, y necesitas ser fuerte?

Zoraida comprimía suavemente la mano de su padre, y lágrimas de gratitud bañaban sus ojos.

Almenon se las enjugaba, suplicándola que no llorase. Zoraida le decia :

—Estas lágrimas me alivian: son de felicidad.

Almenon le pregunta sin cesar qué siente. La resignada enferma, siempre le responde que está bien.

Almenon no quiere separarse un instante de la cama. Tampoco separa sus ojos de los de la enferma. Los temores luchan con las esperanzas, y algun instante cree que aquella es la ráfaga viva de la luz que va á apagarse.

Así pasó la noche. Los líquidos que se le suministraban, iban aromatizados con los añejos vinos de Málaga, y á estas sustancias parecia reanimarse, pues perdía por unos instantes la palidez mate.

A otro dia fué el alivio más sensible.

Así en progresos lentos, pudo al fin dejar la cama, y á pocos dias pudo tambien bajar á respirar el ambiente de los huertos.

Almenon pareció unos dias olvidado de su hijo Alí.

¡ De tal manera unos pesares embotan y aún destruyen otros pesares !

Los dias que sucedieron á estas penas , tambien fueron para Almenon fecundos en sacrificios.

CAPITULO XXXIV.

ULTIMA MIRADA.

Pues yo los crié con alegría : mas con
lloro y con luto los dejé ir.

(BARUCH.)

Acémilas cargadas y con acelerado paso trajeron ricas telas de Andalucía con las cuales se confeccionaron nuevos trajes para la princesa Zoraida, por orden de su padre, siempre anheloso de aglomerar bienes sobre aquella hija tan amada.

Los diamantistas de Toledo, engastaron nuevas joyas. Zoraida apercebida de su pronta marcha, pidió que su servidumbre se compusiese de esclavos cristianos. Jamás fué más avara de ostentacion al parecer de sus cortesanos, pues toda la comitiva le parecía escasa con el afán de dar á todos libertad.

Nada niega el padre á la hija convaleciente, porque sólo anhela gozar el placer de verla con vida y con salud. Su abnegacion profunda olvida todo interés.

La ausencia de sus tres hijos no le permitia á Almon acompañar á su hija. Exhausto de tropas, y acechado de vecinos inquietos, debia velar noche y dia por su posesion tan codiciada.

Almenon se despidió de Zoraida traspasado de una angustia que en vano intentaba disimular.

Besó sus manos, su rostro, sus cabellos, sus ropas. La abrazó mil veces, y al partir la llenó de bendiciones.

Salió la princesa de palacio al caer el sol de la tarde.

Zoraida ya por la debilidad que la falta de sangre le producía, ya por el placer de ver la nueva y deseada tierra de los cristianos, ya por la esperanza de verse salva de la penosa enfermedad que tiempo había la aquejaba, ya por amor á su príncipe celestial, ya por ofrecerle libremente el culto que en su corazón le celebraba, ya en fin porque los hijos nunca pagan el amor á sus padres, sino en el que tributan á sus propios hijos, es cierto que partió de Toledo sin lágrimas de ausencia. Al contrario, su rostro parecía muy animado, y sus palabras propendían á infundir en Almenon la alegría de que ella participaba, hablándole de la felicidad de verla salva, buena y dichosa.

Estas esperanzas, aunque mezcladas de muy tristes presentimiento, dieron valor al padre para pronunciar la última bendición.

Subió Zoraida sobre un alto y enjaezado camello, cuyas ropas de seda cubrían hasta más abajo de las groseras rodillas del bruto. Rapacejos de grana avivaban el ancho y luengo traje. Sobre la silla ancha y cómoda que se asentaba en sus lomos, tenía cada ángulo cuatro pilares dorados para sujetar la techumbre de un dosel, cubierto de tela de seda de duro é impenetrable tejido. Pabellones plegados á manera de cornisa caen adornados de mallas y de borlas de seda que se co-

lumpiaban majestuosas al pausado andar del animal.

Allí, bajo aquel trono asiático, se elevaba la hermosa viajera como una reina de Oriente, envuelta en sus ropones de tisú.

Su nodriza la acompaña, y su hermana de leche en otros brutos menos majestuosos, aunque más ligeros.

No quiso Almenon que toda la comitiva se compusiese de los cristianos esclavos, y neutralizó aquella fuerza para él sospechosa, con otra de moros secreta y perfectamente prevenidos de armas. Todos, sin embargo, á las órdenes de la princesa.

Nubes de polvo levantan las numerosas cabalgaduras.

Almenon desde las ventanas del alto minarete, daba á su hija en triste silencio la más sombría despedida. Vióla atravesar el puente, bajar al valle, y perderse en la distancia, y entre las sombras de la noche que avanzaba.

Todavía despues de la última mirada, espera que vuelva á aparecer. Todavía los ojos fijos en el último lugar en que se perdió, alienta su amor una esperanza que se niega á su vista y á su razon.

Hasta la nube de polvo que levantaron los caballos, se ha desvanecido. Hasta el último rayo de luz que alumbró aquella figura para él resplandeciente, se ha apagado sobre la cima de los montes de Toledo. Todavía mira, sin embargo, con el corazon contraído, y con sus pensamientos sombríos.

A la luz que se apaga de la tarde, se encienden en nuestra alma las melancólicas luminarias de la meditación.

Almenon permaneció todavía contemplando la extensión oscura del horizonte, que ante las murallas de la ciudad se dilataba. El recuerdo del perdido Ali, la ausencia de Hiffen é Hiaya, la profecía de su esposa al espirar, de que aquel reino exhalaba el último suspiro de su vida islamita, la soledad de corazón que le entristecía, el silencio que solemnizaba sus pensamientos, la ausencia de la luz de sus amores, todo pasó á la vez sobre su cabeza, todo oprimió á la vez su corazón, y todo extendió en su alma una niebla tan oscura de melancolía, que nunca pudo desvanecer, y que le cobijó hasta el sepulcro.

CAPITULO XXXV.

EL VIAJE.

Los confortaré en el Señor, y en su nombre
andarán.

(ZACHARIAS.)

Los médicos, que no se separaban de la cabalgadura de la enferma, son los que disponen las estancias. Dan frecuentes, pequeños y sustanciosos alimentos á la princesa. Tiendas de campaña á cada paso se improvisan para el descanso de la delicada viajera.

Los pueblos del tránsito salen por propia curiosidad á ver y gozar de la régia extranjera, y las comisiones de nobles, de capitanes y del clero, se apresuran á felicitarla, á darle hospedería, y á despedirla, por orden del rey de Castilla.

De festejo en festejo, y de admiracion en admiracion, llegaron la princesa y su lujosa córte, hasta el atrio del monasterio de Cardena.

El abad D. Pedro y otros prelados, salieron á recibir á la princesa catecúmena, de quien ya tenian, no sólo aviso por el rey, sino noticias muy lisonjeras respecto á sus disposiciones cristianas.

Espléndida comida despues de tanto recibimiento , le esperaba en el suntuoso monasterio. La cultura con la mansedumbre, la sabiduría con la sencillez, el lujo con la pobreza , todo ocupaba su oportuno lugar en el piadoso edificio.

La princesa ofreció profusos dones en obsequio del culto. Presenció el santo sacrificio, admiró las riquezas artísticas del templo, y recibió de manos del abad una preciosa cruz de amatistas, que colocó con devocion en su pecho.

Despidióse de Cardeña, dejando en los monjes grátisimas esperanzas de aumentar con ella la grey de Jesucristo, y de que la cruz de amatistas en el pecho de la bella musulmana, atraeria adoradores á la religion del Crucificado. Las damas vistieron de nuevo á su señora, y las ropas empolvadas de la cabalgadura, se trasformaron en otras más dignas de la recepcion, que se preparaba en la córte.

CAPITULO XXXVI.

LOS VITORES.

No hay semejante á ti entre los dioses, Señor, y no hay comparable á tus obras.

(DAVID.)

Al son de un tamboril se anuncia en Búrgos la entrada de la infanta de Toledo, hija del rey aliado, y el más amigo del de Castilla, emperador de tres reinos.

Comisiones del clero, de la nobleza y de la villa, se reunen, formando cuerpos distintos para la alegría y ceremonioso recibimiento.

Lujosos paños negros ostenta la primera comision. Ferreruelos de colores y almetes de plumajes varios, y coletos anteados y anchas tazas de oro en las espadas lucen la segunda. Componen el tercer cuerpo, maceiros con dalmáticas rojas y mazas de plata, á los que se unen seis concejales, que recuerdan los pueblos unidos para la creacion de la metrópoli de Castilla.

Un paje con túnica encarnada y sobrevesta blanca, lleva una bandeja de plata que contiene tres símbolos: una medalla con una cruz grabada, una concha y un pomo con aceite.

Significan la religion cristiana, el Bautismo y la Confirmacion.

El cuerpo de nobles habia dispuesto un carro adornado de flores, y tirado por mancebos vestidos de atenienses.

La ciudad lleva el escudo de los castillos y leones, poco há unidos, á los que preceden músicas de trompas, tamboriles y dulzainas.

Jóvenes vestidas de ninfas y coronadas de flores, salen en comparsas entre el gentío que se desborda hácia las avenidas del camino de Toledo.

No hay madre que con sus hijos en los brazos ó de la mano, no camine por las corrientes del bullicio. Hasta los ancianos con sus bastones largos y rudos, dejan los hogares para conocer á la princesa mora.

Zagalas vestidas de telas lujosas, aunque remediando simplicidad en los córtes del traje, danzan, cantan y golpean la pandereta; y en grupos vistosos atraviesan el Arlanzon y los bosques de los llanos de Búrgos.

Estruendosas orquestas, flautas melodiosas, dulces salterios, agrupan á los amigos del baile, y cada pradera ofrece á las terpsícores burgalesas sus alfombras de yerbas, con sus adornós de plantas, y sus techumbres de ramajes.

Aquí farsantes con caretas recitan romances de historias guerreras: allí á los preludios de una vihuela se cantan amores y milagros; allá diablínes y cocos asustan á los chicos; aquí se representan cuadros pastoriles ó monólogos sagrados, y en todas partes se improvisan fiestas y cunde la alegría.

El camino de Toledo ó de Madrid , parece sembrado con los colores de los trajes.

Las huertas, cargadas de hortalizas , se atraviesan y pisotean por mil impacientes que más anhelan ser los primeros en ver á la princesa, que respetar los bienes del prójimo. Acortan el camino, pónense delante de todo curioso; hé aquí el afán de muchos. Colocarse al paso, tomar avenidas, tomar alturas, hé aquí el deseo de otros.

Todo es bulla, algazara, impaciencia, comentarios, admiracion y murmuraciones; pero entre los pacíficos habitantes de Búrgos no ocurre ni una riña, ni da lugar á una desgracia. Sus sanas costumbres y su devocion especialísima sobre los cristianos de España, parece que les garantiza de todo maleficio.

En vano se expenden los jarros del animoso Rioja, desde la orilla del Arlanzon al Gamonal. Sólo consigue el liquido espirituoso arreciar las risotadas, desafinar en las cantinas y trocar los pasos; pero no puede cambiar el buen humor del burgalés, del habitante más honrado de la faja cantábrica.

Temblorosas mesillas que aún conservan las cortezas y torceduras de su origen, contienen henchidas jaras de barro rebosando agua, para calmar la sed que provocan las rosquillas de azúcar y las mosqueadas confituras de todos colores.

Mil golosinas en puestos, ya ambulantes, ya sobre la yerba, provocan el apetito de los chicos, que saquean á sus madres los bolsillos, limpiándolos de blancas y aún de maravedises de cobre.

Mil aldeanas, limpiamente vestidas y airosamente

sentadas sobre sus borricas, aguijan con el acebuche los pasos de su corredora compañera de trabajos.

Algunas avanzadas de los más entusiastas, tremolan en sus bastones pañoletas de colores, en señal de que se divisa á la régia huéspeda.

Comienzan las carreras, los empujones y pisoteos. Por algunas vías estrechas se suele caminar sin sentar los piés en el suelo.

Sudores, risas, angustias, chanzonetas, lloros de chicos, algazara, codazos, todo forma un conjunto ruidoso, alegre, calenturiento.

Aquí fracasa un gorro de piel entre el pisoteo; allá se desapunta un manto, una toca de aldeana se arranca, una sandalia se pierde; los callos se maltratan, las sayas se arrugan, los chicos se entretejen, las viejas se atufan, los jóvenes alborotan. Todos caminan hasta hallarse frente á frente á la extraña viajera.

Arboles, tejados, tapias, ventanas, montecillos, todo está cuajado de gente.

Pasa la princesa con su comitiva el puente de Santa María. El Arlanzon henchido con una reciente lluvia, parece en su murmurio saludarla.

Las vestiduras del camello rozan sus mallas por el polvo. Sin embargo, á pesar de llevar cubiertas sus formas monstruosas, la gente le mira como á un fantasma, ó como á una aparicion diabólica.

No faltó alguna vieja que se santiguase tres veces al pasar por cerca de ella, ni alguna beata que acudiese á su rosario, ni algunos aldeanos que bendijesen sus mulos y sus bueyes, y sus burros, que encontraban más airosos y más elegantes.

Es una tarde de Julio. Pero la atmósfera está limpia, fresca y llena de vida. Ni una sola nube cubre el alegre horizonte del hermoso Búrgos. Parece el cielo de un acero bruñado.

El aire fresco del Arlanzon, refrigera á la bella enferma.

La princesa, en gratitud á la ofrenda que la hace el pueblo en su alegre algazara, echó el velo que constantemente la cubria á su espalda, cubriendo con otro velo de carmin sus blancas mejillas. La púdica doncella se enciende de rubor al verse objeto de todas las miradas.

Zulema la imita, y Fátima permanece amurallada entre sus linos transparentes.

La mirada modesta de la princesa, su dulce sonrisa, su belleza deslumbrante, encantan á la multitud.

Canelones de plata con bolitas azules se columpian en las caidas del dosel, al paso majestuoso del bruto de Zahara. Pero ni aquellas relumbrantes guarniciones donde refleja el sol, deslucen la blancura de la tez de la jóven.

Pañuelos como banderolas se agitan, y gorros suben por los aires á saludarla : ella contesta á todos los saludos con su mirada afable, con su sonrisa expresiva, con sus movimientos suaves.

El carro tirado por mancebos la espera. Es una especie de trono de flores. Pero á pesar de la amable sonrisa que brilla en su rostro, nadie se atreve á detener el paso del camello para invitarla á que acepte la galantería de los nobles de la corte. Tal respeto inspira, que ni la embriaguez de la alegría ocasiona el atrevimiento.

Al cabo un caballero se abre paso por entre la comision de nobles y por entre la multitud, y deteniendo con brazo hercúleo el paso del camello, se acerca á la viajera y la dice en lengua árabe :

— Hermosa princesa de Toledo, que por lo hermosa puedes ser princesa de los cielos, ¿quieres aceptar el humilde trono de flores que te ofrecen los caballeros de Castilla ?

La princesa le contestó en un purísimo castellano :

— Apuestos caballeros de Castilla, me avergüenzan vuestros galardones por mal merecidos. Si no los acepto, os pudiera parecer desden mi gratitud. Si los acepto, me parecerá á mí misma soberbia.

— Princesa, volvió á decir el caballero cuya barba apenas sombreaba su rostro. Si los nobles de esta córte hubieran presumido tanta belleza y merecimiento, no un humilde trono de flores, sino un cielo de arcángeles hubieran deseado ofrecerte.

Ven, dijo, y enarcando una pierna y abriendo sus brazos, esperó servir de escabel á la hermosa extranjera.

Pero comprendiendo una mirada de la princesa uno de los árabes de su servidumbre, inmediatamente desplegó una escalerita, que colgándola desde el asiento, facilitó la descension, no sin el auxilio del galante caballero, á la hermosa toledana.

Como por encanto fué trasportada al carro de flores.

Zoraida estaba vergonzosa y aturdida. Los caballeros entusiasmados : los mancebos que la conducian orgullosos : el pueblo lleno de admiracion.

Los juglares y las comparsas la siguen, y contem-

plando desde un alto aquella masa compacta de seres vivientes, parece no que anda, sino que se desliza como un cetáceo colosal, ó como una corriente de un río de colores, ó como un grupo de nubes que caminan impulsadas por el soplo de un mismo aquilon.

La princesa no se atrevió á marchitar con su peso el asiento de flores, y permaneció de pié sobre el carro.

Luce en aquella altura un traje blanco con pequeños puntos de oro. Una sobre-falda azul guarnecida de finas randas y grecas de plata, se recoge en ondas con cordones de perlas. Collares, brazaletes, petos, argollas en las gargantas de los piés, y leves sandalias, todo empedrado de ricos engastes, iluminan el traje delicado de la reina de la fiesta.

Una cinta de piedras de un gusto exquisito le adorna á manera de diadema, y las trenzas que se trasparentan por el velo tejido de oro que cae á su espalda, traslucen que aún no ha concluido la riqueza de los adornos.

Así caminó á impulsos del gentío, hasta el atrio de Santiago.

Allí suplicó que la dejaran bajar.

La gente se apiña á su derredor. No la permiten dar un paso. Entonces suplica que llamen cerca de ella á los necesitados.

Como chispa eléctrica cunde la voz de la hermosa extranjera. A poco, madres desgreadas, llevando en sus brazos hijos escuálidos, chicos con cabellos ásperos y bocas famélicas, viejos andrajosos y estropeados, y far-santes, y holgazanes, como turbias oleadas de un río que arrastra en su aluvion la planta seca y la tierra re-

movida, llegaban en rápida corriente hasta la caritativa princesa.

La turba que á su alrededor se apiñaba con las manos extendidas, recibia de su bolsillo infinidad de piezas de plata.

Muchos pobres afluyen, muchos parecen multiplicarse; pero cada mísero que se la acerca parece tambien que multiplica las monedas. Ya toca el fondo del depósito vacío, ya registra los ángulos, pero siempre aquella mano pequeña y blanca, y flexible, y dadivosa, halla una pieza escondida para consolar hasta el último infeliz que se presenta. Siempre halla un óbolo más para pagar el paso á su gloria.

La admiracion crece. El rumor se aumenta más y más: se estrecha el círculo por verla, como si fuera un juglar que desempeña una suerte de manos diabólica. Los mismos que ya fuéron socorridos toman otra direccion y vuelven á pedirle de nuevo. Pero el prodigioso limosnero acorre á todas las necesidades, á todas las exigencias, siempre aumentando el pasmo y el ruido del pueblo, que acaba por difundir como hechiceria ó milagro el prodigio del bolso inagotable.

Dando todavía y con paso lento, llega hasta delante de la portada de Santiago. La princesa preguntó si era aquel suntuoso edificio un templo; y habiéndola respondido afirmativamente, se encaminó con lentitud hacia la iglesia, sin cesar de repartir en todas direcciones aún, el contenido de su limosnero fabuloso.

La sencilla jóven, no ve como el pueblo entusiasta el prodigio en este suceso, ni le vió tampoco en las flores que enseñó á su padre en vez de las viandas que

llevaba á los cautivos. Esto en su clara razon y en su modestia, lo ve como obra de su previsora Fátima, y ahora cree que son pocos los pobres que se le acercan, comparados con las pequeñas y muchas monedas que su bolso contiene.

La verdadera virtud, no espera en su humildad favores especiales de la Providencia. Juzga que son inmensos los que recibe en comunión, como un átomo de la humanidad, y agradecida se postra, más bien que arrogante, espera.

Llega á la puerta principal de la iglesia. Allí se desnudó su preciosa sandalia, y entró descalza y como en actitud penitente.

Se arrodilla en la nave principal ante la efigie de un crucificado. La neófita aún no sabe pronunciar oraciones compuestas por la Iglesia; pero ante la efigie de su amado, se siente inspirada, y le contempla con un profundo amor y con una alta admiracion.

— ¡Dios! decia, el que naciste en las ruinas de Belem. ¡Tú tan pobre como humilde, tan paciente, tan maltratado por los tuyos! ¿Cómo vives en palacios tan lujosos? ¿Cómo tan brillante esplendor rodea tu desnudo cuerpo? ¿Cómo puede hoy albergar en tan soberbios alcázares á todos los desgraciados, el que no halló techo para su cuna, ni almohada para su cabeza moribunda?

¡Héroe de la mansedumbre! Ante ese humilde continente postras á todos los poderosos de la tierra. ¡Tú que mendigaste el sustento, que fuiste acusado y muerto como reo! ¿Cómo eres tan rico, y hoy amparas á todos los pobres, cómo tan piadoso que consuelas á todos los perseguidos?

¡Vosotros magnates de la tierra! ¡Vosotros héroes de la historias! Vosotros los Césares, los Alejandros y los Escipiones. ¿Dónde están vuestros altares, ó al menos vuestras tumbas? Os ostentásteis engalanados de púrpura sobre los carros de los tesoros que apresaron al enemigo seguidos de lujosas falanges cargadas de armas, de acerados paveses y de ciudades poderosas, ¿dónde están, pues, sus cenizas? Entre las piedras de un sepulcro consumiéronse sus huesos. ¡Quién os levantará un sepulcro que jamás desmorone sus piedras! ¡Quién un monumento que nunca perecerá! ¡Dónde un trono inmortal y una perpétua adoracion! Venid, levantaos, y ved al pobre de Judea, al ejecutado del Gólgota, lleno de esplendores eternos.

Él nos enseña que la virtud es el trono que manda en todos los imperios. ¡Príncipe inmortal! Yo te amo. Hazme santa. Dame un altar bajo tus piés. Detenme en el camino de la impiedad. Quiero ser tu vasalla, ¡oh gran rey! para que me mandes con el cetro de tu misericordia.

Héroe de la piedad y del sacrificio, yo te amo, yo quiero seguirte: yo quiero padecer para asemejarme á tí. Hazme tuya, hazme cristiana, hazme morir por tu doctrina.

La santa neófita cruza las manos sobre el pecho agitado. La emocion la devuelve su habitual palidez. La actitud le es dificultosa en su estado de debilidad, y se levanta desfallecida. No quiere sin embargo, aceptar apoyo, porque piensa que su cuerpo tiene la fortaleza que acaba de recibir su alma.

Los más atrevidos de los curiosos, entraron en el templo sólo por verla. Con ella salen. Pero la mahometana más reverente que los cristianos aún, no volvió la

espalda á su amado Jesus, sino cuando llegó á la puerta. Entonces se detuvo, calzó sus sandalias y se mostró de frente al pueblo que lleno de entusiasmo la esperaba.

Al presentarse en el dintel parece una estatua mármorea.

El pueblo que la ve de frente, que goza de todo su talante, que se impresiona de su lujo, de su belleza, de su amable sonrisa, de su púdico ademan; que ve derramar sin orgullo mercedes al pobre, benevolencia á todos; que la ve como penitente entrar descalza en el templo, que se arrodilla con reverencia, que ora, que derrama lágrimas en su oracion, no puede á tantas pruebas que excitan su entusiasmo, contener sus voces y prorumpe en gritos: ¡Conversion! ¡Conversion! ¡Cristiana! ¡Cristiana!

El frenesí ya no conoce ni diques, ni respetos.

Lain Rodriguez, jóven de la primera nobleza, y el que luego fué príncipe de la milicia castellana, y el mismo que antes le habia dirigido la palabra, Rodrigo Diaz de Vivar, que se apellidó el Cid, participando del entusiasmo popular, cogen en el atrio de Santiago á la desprevénida musulmana, y como por encanto la colocan sobre el carro de flores. Un grupo de nobles la rodea.

Lluvia de flores cae sobre su hermosa cabeza. Gritos, vivas, alabanzas y lágrimas se tributan en homenaje á la recién llegada.

Coronas de rosas blancas se tejieron de improviso, y sobre la rica diadema colocó el pueblo burgalés una joya, como enseña de su amor por su religion.

Así llegó la vírgen de Toledo al alcázar de los reyes de Castilla.

CAPITULO XXXVII.

LA RECEPCION.

Engañosa es la gracia y vana la hermosura : la mujer que teme al Señor esta será alabada.

(LOS PROVERBIOS.)

El rey y la reina la esperaban en el atrio de palacio, á donde llegó la princesa encendida, cuanto en su estado podia estarlo, de un rubor que la hizo cubrirse el rostro con la punta de su velo. Aquel triunfo que agradecía infinito su corazon, era un suplicio para su modestia. La mirada que poco antes se fijaba en todos con el despejo de su pura inocencia, la hizo tímida y vergonzosa.

La reina la besó con vehemencia en la frente y la oprimió con cariño las manos.

Todas las palabras le parecian poco enérgicas para expresar el placer de hallarla en su palacio.

El rey conmovido por los vitores de su pueblo, oblacion que no habia previsto, lujo que no habia preparado, pero que le colmaba de placer, no dió sin embargo otra muestra de afecto hácia la princesa que una muy cumplida reverencia.

Componian la comitiva de recepcion el valiente Die-

go Lainez, el anciano Rodrigo Alvarez, conde y gobernador de Astúrias, los nobles Porcelos, los nietos de Lain Calvo y los cuatro abades que despues recibieron los honores de la canonizacion, y eran Sisebuto de Cardena, García de Arlanza, Iñigo de Oña y Domingo de Silos.

Todos recibieron con afecto á la hija del rey aliado, y con gran entusiasmo á la presunta cristiana.

Fuéron llegando D. Gomez obispo de Búrgos, Atilano, santo prelado, y mil nobles y sacerdotes, cuyos nombres se han perdido en el espacio de los tiempos.

CAPITULO XXXVIII.

LA INOCENCIA POR DIQUE.

El Señor sabe librar de tentaciones á los justos, y reservar los malos para que sean atormentados en el día del juicio.

(SAN PEDRO.)

Pasadas las ceremonias de los nobles y grandes de la corte, y algun tanto satisfecha la curiosidad de la aristocracia castellana, como la del pueblo burgalés, quedaron á solas los reyes y los príncipes con la bella toledana.

La inmensa comitiva de la princesa fué alojada en palacios y casas particulares. Sus damas sólo se alojaron cerca de su señora en el palacio de D. Fernando y de D.^a Sancha.

Estos hallaron en la palidez de la princesa una nueva hermosura indefinible, y el pequeño lunar que adornaba su labio superior, parecia una graciosa violeta en un campo de nieve.

En D. Fernando volviéronse á renovar aquellas sensaciones de una dulzura inexplicable, de una atraccion irresistible, de un entusiasmo ciego, de una delicia profunda, de un temor religioso.

Al sentir la atmósfera balsámica de aquellas ropas perfumadas, de aquella carne limpia, blanca, sedosa y fresca, suave y tersa, olorosa y brillante, se sentía impregnado, aturdido, en el éxtasis del santo amor ó en el frenesí del amor criminal. No podía decir de sí mismo si era amor de admiración ó de codicia, de justo ó de impio.

El rey clavaba sus miradas en la joven modesta que sentada junto á la reina, cruzaba con ella mil frases amistosas, en tanto que enlazaban sus manos con el más cordial cariño. El rey, aunque conmovido y electrizado, tuvo un instante lúcido para conocer su peligro, y se levantó para alejar sus sensaciones y poder dominarse ante los príncipes, ante la respetuosa princesa, y la estimada y celosa, y algun tanto temida reina.

Pero al retirarse, antes de dar su saludo á las dos amigas, la reina le dijo :

—No os vayais, Fernando, hasta que la princesa se retire á descansar. Y si os vais, ni ella ni yo os consentimos un minuto de ausencia. La hermosa amiga estará muy poco entre nosotros, y sería un delito desperdiciar ni un átomo de esta felicidad.

Alumbraos como yo con la luz de su hermosura, y los resplandores de su virtud.

El rey no halló pretexto para dejarlas, y sólo dijo que deseaba hacer salir á los príncipes por si necesitaban usar alguna libertad lejos de sus padres y reyes. Que volvería al instante para gozar el beneficio que su esposa le ofrecía, y que la bondad de la princesa no le negaba.

Salió el rey, tardando más en volver de lo que él mismo esperaba. Se encerró en su cuarto, se reprendió á sí mismo, vió en un espejo su juventud pasada, se burló de sus nuevas y tardías sensaciones, recordó los consejos del abad, y conoció que cuando le habia dicho que estaba curado y tranquilo, le habia engañado engañándose á sí mismo.

En tanto que así examina su estado y trabaja por dominarse, como señor de sí mismo, las dos régias amigas se referian los más notables acontecimientos desde su separacion hasta el presente. Zoraida le habló de la esperanza que le inspiraba su curacion en las aguas de los lagos de San Vicente; pero más de su deseo de curar su alma con las milagrosas aguas del Bautismo.

Estaban en esta plática sabrosa cuando entró el rey.

Tomó un asiento, y la reina, anhelosa de espiar las antiguas faltas, hacia un particular estudio en manifestarse confiada y generosa.

Ella misma suplicó al rey que se aproximase para gozar con más plenitud de los encantos de Zoraida.

Si hubiesemos vivido en aquellos atrasados tiempos con la experiencia del corazon del hombre que nos han dado las dolorosas lecciones del presente, le podriamos haber dicho: Señora, si fué imprudencia despertar con sospechas celosas la pasion del esposo, no lo es menos provocar ocasiones al amor. Para apagar las pasiones se corta el edificio como en los incendios. Se le aisla de combustibles, y ni el agua para apagarle ni el aire para darle vida, se le suministra. No hagais como la débil madre que lastimada del castigo que dió á su hi-

jo, redobla las condescendencias, y convierte la correccion en origen de insubordinaciones. No hagais como la amante que rechazó con rigor la exigencia del amante atrevido, y que temerosa de perderle le ofrece despues la triste flor de su flaqueza. No seais rigurosa; pero sed firme. No le persigais ni le impulseis.

Pero aquella señora no tenia una amiga que viviendo entre el tropel del mundo que se llama despreocupado, conociese las joyas del libro de las pasiones una por una, y le pudiese decir de memoria muy tristes lecciones, aprendidas á fuerza de látigo en las aulas del sentimiento, ó en el peligroso trampolin de la despreocupacion.

Nunca Zoraida reparó en el rostro del rey, pues aunque le mirase, no habia sido con la mirada del exámen.

El rey atravesaba la edad madura. Su rostro impasible, señal del temple de su alma, no habia contraido con el tiempo esos surcos que marcan los gestos de las pasiones dominantes. Pero su tez estaba un poco ajada por los soles, por los insomnios y por los trabajos del espíritu. Sus facciones, de una noble expresion, y sus ojos radiantes, le daban una belleza especial, que más que á las razas cruzadas de europeos y africanos que habian producido tipos de singulares bellezas, se asemejaba á las estátuas que bajo calados doseletes servian de adorno á su palacio.

La reina, deseosa de dar muestras de su ciega confianza, se levantó con pretexto de ordenar por sí misma las comodidades que preparaba á la princesa, y se retiró diciendo :

— Yo misma quiero disponer hasta el aire que debe

respirar en su habitacion. Ya que no puedan los reyes de Castilla ofrecerle las galas de los palacios árabes, puedan al menos ofrecerle los cuidados de la amistad.

La jóven se levantó para despedirla, dirigiéndose ambas mil palabras de afecto.

Despues, hallándose un poco molesta en el sitio que ocupaba, tomó un almohadon, y se sentó á su usanza cerca de los piés del rey.

El cansancio como los dolores que le producía su enfermedad se lo exigian así.

El rey abarcó ahora de una mirada toda aquella prodigiosa figura.

¿Qué juzga á solas? ¿Qué juzga en aquel instante en que sin testigo puede contemplarla? ¿En qué puede saciar su avara mirada? ¿Qué juzga de aquel conjunto de perfecciones, de aquella masa de perfumes divinos, de aquel sér fascinador que tiene á sus piés?

No lo sabe, no ve, no piensa. Siente sólo que por sus arterias se difunde un fuego irresistible. El hábito de dominar le pone presente de que es rey, y de que á su deseo todo se le ha humillado. La conciencia de que es hombre le disculpa consigo mismo sus pensamientos atrevidos.

Zoraida tenia distraídas sus miradas en el gusto y rara arquitectura del salon cuadrado que alumbraban ocho ventanas ogivas, y en medio de arcos elevados de formas góticas. Las curvas ligeramente inclinadas de estos arcos se adornaban de niños alados hasta unirse á la techumbre, donde sus ángulos agudos se escondian bajo un roseton de dorados follajes.

Las puertas pequeñas que dan á otras habitaciones,

como á las salidas, aunque desproporcionadas con la elevacion de los arcos, están sin embargo llenas de bordados y gruesos doseles de figuras y de marcos de piedra calada á punto de encajes

Las paredes labradas, los cuadros de completo relieve, expresando pasajes bíblicos, adornan los cuatro lienzos que componen la estancia.

Interpolados entre estos cuadros, se hallan retratos de los fundadores de la metrópoli de Castilla, coronados de calados doseletes, que servian de basamento á los santos que fundaron órdenes, reglas, instituciones ó templos. Estos tambien se hallaban bajo su afiligranada techumbre, y bajo escudos de armas y labores, todo de más primor que buen gusto.

En los cristales de colores de las ventanas habian pintadas figuras humanas con ropajes de colores tan vivos como la luz que los traspasa.

A la hora en que Zoraida contempla estas ventanas, es la luz escasa, y la gravedad de la arquitectura gótica crece agigantándose las proyecciones con los rayos que alumbran oblicuamente en la última hora de la tarde.

Hubo un instante de solemne silencio; Zoraida estaba absorta en una meditacion indeterminada. Su debilidad, su cansancio, el placer de las ovaciones, la impresion que habia recibido bajo la bóveda del templo cristiano que acababa de visitar, su conversion, su anhelo por el bautismo, el recuerdo de sus caros hermanos cuyos destinos desconocia, la soledad y afliccion de su padre, la gravedad de los adornos artísticos que la rodeaban, todo á la vez bulle en su fantasia. Nada la fija; todo la absorbe.

El rey está agitado en aquel instante por un sentimiento, ó más bien por una sensacion. Ni piensa ni define lo que siente. Su razon está confusa, sus nervios tremantes.

La vírgen levanta sus ojos inocentes, y con sus labios apenas rosados le dirige su voz de arcángel, para pedirle explicacion de las marmóreas figuras que la rodean.

El rey se halla desprevenido para contestarla. Era demasiado violento tan repentino cambio desde las sensaciones á las ideas.

No entendió, pues, la pregunta de la jóven.

—¿Qué dices, divina Zoraida? Cielo de los amores, fascinacion de los sentidos, ¿qué pronuncian esos labios pálidos y que aspiran perfumes como las rosas blancas de tus jardines de Toledo? Que....

Zoraida le interrumpió con sólo una mirada de inocencia, que fijando sus grandes ojos en los vivos y expresivos del rey, le dijo en mudo lenguaje:

—¿Qué me dices?

El rey no pudo resistir aquella mirada. Bajó sus ojos y continuó:

—¿Qué me has dicho princesa?

—Deseo saber, dijo esta, qué significan estas figuras vestidas como vos, que rodean y adornan esta habitacion.

—Son mis abuelos; son conquistadores y los que crearon esta ciudad. Estos son recuerdos de lo que fué para aprender en ellos lo que mañana será. Estos son romances como llamais vosotros á la relacion de los sucesos. Sólo que el moro los escribe con signos sobre un

rollo, y nosotros los escribimos en nuestros edificios con duras piedras. Así llevaremos las historias á la posteridad.

Los sarracenos mostrareis vuestra civilizacion á los sábios dentro de esas bibliotecas que Abderraman adoraba. Nosotros les enseñaremos las nuestras á los pueblos venideros en estos rollos de labradas piedras.

A ambas dió el Egipto su cuna; pero cada hermana muestra su genio por distintas vías. Vuestra civilizacion hoy es más alta, pero la nuestra es imperecedera. Vuestro Mahoma que sujeta las artes os matará. Nuestro Jesucristo que las protege y las inspira, nos hará dueños del mundo, y nos dará una civilizacion imperecedera.

No caminaba el genio de D. Fernando delante de su época, al ser tan filósofo. Las civilizaciones de Atenas Esparta y Roma, estaban delante con sus profundas lecciones, pero sí caminaba delante de su civilizacion gótica, no tan rudas como los críticos historiadores nos han hecho concebir.

La mujer estudiosa, no hallaba difícil el comprenderle.

D. Fernando habló maquinalmente. Dijo lo que sabia; pero no sabia lo que estaba diciendo.

Zoraida volvió á anudar la idea.

—Me gustaria, dijo, que los adornos de flores de nuestros edificios y los adornos de hombres de los vuestros, se uniesen, se hallase la semejanza completa entre estas figuras, á las que el arte intenta copiar; pero perdóname, castellano, en gracia al respeto que me inspira este grave edificio. Mas estas figuras no son bellas como los castellanos. Ninguno de estos condes ó reyes ó santos, tienen

tu hermoso y expresivo semblante, tu noble apostura, ¿por qué no se copian, ya que vuestras santas leyes no os lo prohiben, las bellezas con toda su vida, con toda su expresion para ilustrar mejor vuestras historias?

D. Fernando en este terreno tenia gran espacio que recorrer. Su talento era vasto y su instruccion profunda; pero le habian producido una impresion extraña las palabras de Zoraida.

¡Hermoso semblante! ¡Noble apostura! ¿Era sencilla alabanza nacida de su indiferencia? ¿O una expresion de afecto estas palabras?

D. Fernando deseó leer el fondo del corazon de la jóven; pero ni era práctico en las artes de la coquetería de la mujer, ni el estado de su corazon le dejaba libre su entendimiento para formar juicios acertados.

Fijó no obstante los ojos en los de la vírgen, para estudiar el fondo de su corazon. Zoraida miró al rey con benevolencia; pero volvió á distraer sus miradas sobre las figuras, objeto de su curiosidad.

El rey dijo para sí: Le soy absolutamente indiferente.

Antes lo sabia, pero no se lo habia dicho nunca á sí mismo.

Esta palabra terminante de su razon, le exalta y siente que sus nervios se crispan, que su sangre se agita.

—¡Zoraida, Zoraida! ¿No has amado nunca? preguntóle con una viva exaltacion.

La jóven le miró un instante, alzó los ojos, y contestó con una expresion de sentimiento profundo:

—¡Mucho, mucho! El rey abrigó por un instante

esperanzas, y tuvo impulsos de cogerla una mano; pero el respeto le contuvo. Sintió otro momento de duda, y volvió á preguntarle:

—¿A quién habeis amado que no posee aún ese tesoro inagotable?

—No he hallado objeto, señor, entre los humanos. Es decir, un objeto especial. Nosotras vivimos retraídas y no conocemos más que á nuestros padres y hermanos. Yo amo no obstante, cumplo una ley divina impresa en mi alma sin duda por Jesucristo, que es el Dios del amor.

—¿Pero á quién has amado entonces?

—No puedo responderte á quien; pero yo tengo aquí en mi corazon un sentimiento de inagotable ternura, y es tan grande, que no cabe en un solo sér.

Amo todo lo bello, lo sensible, y prefiero á los que padecen.

—Bien, esa es la disposicion de tu alma. No está todavía el sér amado en ella. Yo sin tan delicados sentimientos amaba así tambien. Sólo que mis séres elegidos fuéron las ciudades, la gloria. Tu eliges el sér débil, y tu espíritu de gloria es la compasion. Pero en mí se fijó un objeto, una imágen viva, imágen de la divinidad, y amé. Y fijé mis ojos y mi corazon y comencé una existencia nueva, desconocida y celestial.

—Yo tambien, le interrumpió Zoraida exaltada, yo tambien amo así. Yo tambien fuera de lo humano hallé un sér magnífico y llenó mi corazon. Hallé un príncipe más amoroso que ninguno, más dadivoso, más espléndido. Es un héroe, y á pesar de sus grandezas, vino á buscar á su mismo hogar á esta humilde vasalla.

¡Cuánto su presencia enriqueció de amor mi corazón! A vos rey debo que este germen de mi alma ofrezca sus frutos. Sin vos hubieran sido quizá infecundos, ¡qué felicidad para mí haberos conocido!

El rey, arrebatado con estas palabras, cayó de rodillas delante de la princesa, diciendo :

— ¿Con que yo soy el dichoso mortal que te hace conocer esa profunda dicha? ¡Zoraida! Yo amo por la primera vez de mi vida. Amo con la locura del primer amor y la locura del que no puede nunca volver á amar. Dame tus primicias, dame ese amor intenso que abrasa los sentidos y se apodera del alma, dame ese amor que sólo puede sentir é inspirar tu raza, dame... El rey cogió la mano de Zoraida con un arrebatado convulsivo, frenético. La jóven impassible no la retiró y le dijo :

— En verdad, no te entiendo. ¿Qué me decís?

La fria expresion de Zoraida hizo comprender á don Fernando su equivocacion y levantóse, no orgulloso, sino cortado. Balbuceó un instante; pero al fin pudo decirle :

— Te pido indulgencia, princesa, inspiracion para sentir como tú, y amar como tú á.....

Zoraida creyó continuar la frase al par del rey, y dijo :

— A ese Dios poderoso que me has mostrado en tus libros y en tus prácticas sublimes.

Yo soy la que debo recibir las santas inspiraciones, la leccion bendecida por tu ejemplo.

Todo es admirable entre vosotros. Esta virtud ejercida en el hogar me enamora. Este respeto á la esposa,

este lazo íntimo, indisoluble, sin que otros nuevos lazos puedan aflojar tan dulce union, esta proteccion de fuerza y ternura que dispensais al hijo, esta marcha igual, compasada y serena por el camino de la vida, me parece una continúa y purísima oracion. Tú, tú, buen cristiano, debes enseñarme la virtud, y practicándola, podrémos decir que amamos la religion inspirada por Dios.

El rey ve en aquella inocencia una barrera inexpugnable; en aquella virtud severa, una leccion que más bien le aterra que le avergüenza y le humilla.

Cometia un delito horrible en su conciencia, y la mujer milagrosa acababa de salvarle hasta de la vergüenza de aparecer á sus ojos criminal.

Recordó su promesa á Almenon cuando estuvo en su palacio. Hoy pagaba aquella hospitalidad, hoy estaba la princesa confiada á un rey amigo, á un cristiano, á un paladin de la fe católica... ¡Qué villano fuera abusar del poder, de la confianza amistosa, de la garantía ofrecida por su religion!

Se encuentra tan rebajado á sus ojos, tan mezquino ante su conciencia, tan criminal, que él mismo se reprocha las sensaciones de que no ha podido disponer, y continúa:

—Te pido inspiracion, porque si mis conocimientos del Dios verdadero son más extensos, la pureza de tu alma para adorarle es más perfecta. Al arrodillarme delante de tí, lo hago ante una santa. Dame sí, esa calma de tu espíritu, ese corazon sin borrascas. Daria cuanto he conquistado por deslizar como tú mi vida en esa mansa corriente. Pero no, no quiero esa calma. Me es ama-

do el dolor que padezco. Tú sola debes ser dichosa. Yo quiero el dolor y la penitencia, porque así place á la actividad de mi alma.

Pero tú no me entiendes, hablemos de otra cosa.

Con efecto, Zoraida, que le mira con gran atencion, no puede entender por qué D. Fernando se contradice, aunque todo lo atribuye á un sentimiento religioso.

Los tintes de la última luz de la tarde se confundieron.

La conversacion vagó sobre Almenon, sobre su hermano Ali, sobre su bautismo, y la necesidad de ocul-társelo á su afligido padre.

Las luces artificiales iluminaron la estancia.

La reina volvió para acompañarla con los médicos, y presenciar ella misma los cuidados que se le tributaban, y conducirla despues á sus habitaciones de descanso.

En aquellos momentos la activa conquistadora era sólo la humilde cristiana.

El rey despidió cortesmente á la princesa. Ella con su inocente franqueza le extendió su mano al salir.

El rey, aunque la sintió fria, le pareció, no obstante, que aquel contacto le abrasaba la sangre.

La reina no hubiera otros dias gustado de aquella liberalidad de afecto, si hoy no considerase que nada pertenecia al amor material.

El rey habló muy poco. No se ocupó de negocio alguno, aunque todos los del reino pesaban sobre su cabeza. Se retiró temprano; pero pasó casi toda la noche sin acostarse.

CAPITULO XXXIX.

REMORDIMIENTOS Y ESPERANZAS.

Las tribulaciones de mi corazon se han
multiplicado : sácame de mis angustias.

(DAVID.)

El rey permanecía á las altas horas de la noche sentado delante de una mesa en un ancho sitio, alumbrado por una lámpara de vidrio verdosa con bordes de metal dorados, cuya luz mal animada, formando grueso pábilo, despedía un gas fatigoso y una claridad escasa y amarillenta.

A esta luz escasa parecían crecer las figuras góticas que en cuadros pintados decoraban la estancia, y los escudos y arneses que parecían coronar cada figura, reverberaban algunos puntos de la mortecina luz en las convexidades de los petos y almetes, que parecían ojos observadores que arrojaban sobre el rey miradas siniestras.

El retrato de su madre D.^a Nuña estaba frente á sus mismos ojos. Los duros contornos del imperfecto dibujo, se la representaba grave, como cuando caminaba al suplicio de fuego que él y su hermano D. Garoía habían

atizado con su bárbara calumnia. El traje claro del retrato estaba oscurecido por la sombra de la puerta que en dos hojas cerraba perpétuamente aquella gran caja que guardaba el cuadro.

Le pareció á D. Fernando que las puertas se habian abierto sin ajenos impulsos, y que aparecia D.^a Nuña con la túnica de terciopelo negro que vistió para ser arrojada á las llamas. Más allá del retrato de su madre se hallaba el de su hermano bastardo D. Ramiro, defensor de la reina en el juicio de Dios. Sobre aquella alta y noble figura se hallaban los arneses con que estaba vestido, cuando venció al acusador en la plaza de Nágera. La luz chisporroteaba, y las reverberaciones sobre la armadura, le parecian á D. Fernando chispas de la hoguera que fuéron á consumir las entrañas que le dieron cabida. Aquellas dos figuras parecia que miraban á una brillante corona que yacia sobre la mesa.

D. Fernando en un instante de exaltacion dijo, dirigiéndose á los retratos :

—Sí, á vosotros la debo. Tú, Ramiro, salvaste á mi madre, y mi santa madre castigó mi crimen con esta corona. La sustentaré como rey y como cristiano. No me mireis, no me acuseis. No la mancharé con una bajeza.

A poco, anheloso de arrancar de su frente locas fantasías, comenzó á revolver un rollo de pergamino que contenia las comunicaciones con el rey de Sevilla, respecto á las disputas sobre la entrega del cuerpo de San Isidoro y de Santa Justa.

Halló en el mismo rollo una carta del obispo Alvito en que le suplicaba que admitiese su propio cuerpo en

vez del de San Isidoro, objeto de su tenaz demanda, para evitar la efusion de sangre cristiana, y obrar sobre el espíritu musulman fáciles tareas, una vez que llevaba en gran adelanto la conversion de la princesa Zaida, hija de Aben-Amel, rey de Sevilla. Le añadía que llevar un individuo á un partido, jamás es uno, sino el primer eslabon de una cadena, y que la princesa Zaida llevaria tras sí muchas ovejas al rebaño del Señor. Le decia que le anunciaba su muerte sucedida antes de que leyese su carta, y cuando tuviese concluida aquella conversion. En fin, que le aseguraba que el trono de Castilla, muy pronto presentaria la señal de la fusion de razas godas y musulmanas, testificando el poder de la primera, pues vendria al trono castellano una princesa mora, para decir al orbe que en el ancho cauce del poderoso torrente moririan los pequeños arroyos.

El rey suspendió la lectura, y apoyando la cabeza sobre sus palmas y los codos sobre la mesa, permaneció largo espacio en esta actitud.

¿Qué quiso decirme el santo y profético Alvito? No lo sé. Estoy loco. Los negocios de mis Estados me hastían cuando otras veces eran mi única felicidad. No puedo pensar sino en ella. No veo más que á ella. Hace un año que es mi sólo pensamiento; pero al léjos creia verla siempre en un trono de arcángeles y me parecia mi amor más celestial. Me engañé y he engañado al confiado Udalberto. ¡Pobre santo! Ni él ni yo conociamos las traiciones de esta pasion que se oculta, que se disfraza y que nos miente sin cesar á nosotros mismos. Hoy ó ayer, ignoro si ha pasado ó no la noche, estuve á punto de cometer un crimen, y comprendí que mi

amor no era sólo la adoracion á su virtud , supuesto que hubiera ofrecido en aquel instante mi vida por admirar su belleza un solo momento , porque su boca me hubiera dicho te amo.

Queriendo librar su frente del peso que la abruma , separa de ella su espesa cabellera enredando sus dedos y como queriendo hasta despegar los cabellos de las calenturientas sienas.

Despues de algun tiempo de silencio y de arrojar hondos y prolongados quejidos , como si sintiese doloridas todas sus entrañas , procurando calmarse , decia :

—¿Qué es esto, rey Fernando? Tú que con orgullo te llamaste con el titulo de los más grandes poderosos ; tú insensible al dolor propio y extraño ; tú que llevando sin gran peso en el alma un crimen contra una madre ; tú sereno al verla inocente caminar al suplicio ; tú que encaneceste en un dia la cabeza de tu padre y de un gran rey , y tú que para desechar la culpa horrenda te bastó la confesion que fué como simple fórmula de arrepentimiento , ¿por qué hoy para esta culpa no te basta ni el ara santa ni el verdadero dolor del arrepentimiento , ni elevarte hasta Dios diciendo : Señor, padezco, tened compasion de mí?

He orado cuando dejé á Zoraida y me levanto del ara más avergonzado de mi falta , más entristecido y más rebelde tambien.

Despues de meditar unos instantes más , añadia :

—¿Y al fin, cuál es mi falta? Sentir lo que no he podido evitar que pase hasta el fondo de mi corazon.

¿Es culpa mia que el fuego que se aproxima á mi carne me abraze? ¿Debo huir? He huido. ¿Debo luchar?

He luchado. ¿Debo padecer? Padezco con tormento horrible. Pero no, algunas veces es una felicidad tan inefable, tan rara, tan nueva para mí!

Haciendo otra pausa, volvió á decir:

—¿Pero quién es esta mujer? ¿Qué influencia ejerce sobre mí? No, yo no la amo. Esto es una enfermedad que afecta mi cabeza y que cunde el estrago por mis arterias. No es esto amor, es soberbia, es que irrita mi orgullo su talento, y ya que no se lo puedo arrebatarse como á un rey sus ciudades, se me ha antojado poseerla, para que ese talento sea tambien mio.

Es que anhelo tambien esa fortaleza de alma superior á la mia, y me irrita su glacial indiferencia. Ella, una musulmana superior á un cristiano, hoy que ¡hasta el último soldado es un ejemplo de virtud!

¡Oh Sancha, Sancha! ¿Por qué todavía no eres celosa para disculpar con tu imprudencia mi culpa?

Tus celos avivaron mi sentimiento. Por tus celos pensé en ella noche y dia, hasta que se grabó en mi alma para no arrancar su imagen nunca. ¡Nunca! Tú me diste este amor, ó este tormento irresistible, ó este crimen, ó esta felicidad.

Estoy loco. ¡Qué contrastes combaten mi alma! Si la miro hermosa, ataviada con sus galas deslumbradoras ó con las vestiduras sencillas de las mujeres homéricas, mis nervios se crispan, mi boca se seca, mis ojos brotan fuego, mi sér todo se incendia. Pero si la miro con su cándido semblante, con su sonrisa angélica, cuando veo que no comprende mis palabras atrevidas, y me tiende su mano casta, y me dice que ama al Dios que le hemos enseñado, el respeto ahoga el crimen de

codiciarla. La adoracion á su virtud sofoca el amor á su belleza.

¡Insensato de mí! En un instante estuvo que no comprendiese mi desacato y mi bajeza.

¡Yo que ofrecí á Almenon tratarla como á un hermano, á ella como á la hija del aliado y del amigo; al justo abad, á quien tanto venero, como á una santa; á mi esposa como á una convertida, á mí mismo, como á una adquisicion para el mundo cristiano!

¿Qué haces, rey Fernando? Tú que quisiste, como tu padre D. Sancho el Mayor, ser amado por el respeto á tus virtudes; tú, conquistador de Lusitania, emperador de tres reinos, que adquiriste el renombre de Grande y que te reputaron valiente y poderoso, ¿cómo te ciegas y no ves que se mancharán tus proezas? ¿Es noble engañar á un rey amigo? ¿Empañar la castidad de la doncella, burlar la dignidad del sacerdote, que la arranca de los lares patrios, mentir á la esposa que confía en tu palabra, y rebelarte contra tus propias creencias? No: yo parto para Aragon. Dominaré mi flaqueza, embriagaré mi tormento con nuevas hazañas y conquistas.

¡Pero si tampoco quiero olvidarla, ni buscar otra felicidad que este tormento!

Estoy loco.

Su cabellera cubria sus manos, y tal vez por la vez primera la mojaba con su llanto.

Despues, aún con el corazon oprimido, recordó las palabras de la carta del obispo Alvito, y decia:

— El obispo predijo su muerte y se verificó. También me ha predicho la alianza del trono de Castilla con

el trono musulman. ¡El trono de Castilla! ¿Qué es esto?

Se levantó del sitio y comenzó á andar por la habitacion con pasos agitados.

— ¡Fusion de razas sobre el trono de Castilla! ¿Qué quiso decir el santo obispo?

— ¡Ah! ¡Si Zoraida me amara! ¡Si Almenon me la ofreciese por esposa! Ella se hace cristiana. El santo prelado nada anunció que no se cumpliese. Pero ¿y Sancha?

— Sancha, dominada en Sahagun por una profunda tristeza, me dijo:

— Pronto vendré á este sepulcro que me destinas.

— ¿Se cumplirán estos vaticinios?

Una sonrisa de fruicion brilló en el lloroso semblante de D. Fernando.

Los rayos del dia se anuncian por una ventana circular, atravesando vidrios verdosos entre dibujos de plomo; cuya ventana, practicada en el muro de su alcoba y sobre su cama, envia su luz color de rosa modificada por el tinte verde del cuerpo trasparente que pasa.

Un vientecillo frio azota las puertas que dan al castillo y que cierran su habitacion.

D. Fernando llamó á aquella hora á su ayuda de cámara, entonces criados instruidos y amigos de sus amos, que solian ser poetas ó filósofos, cuya instruccion estaba en armonía con los conocimientos de la época.

CAPITULO XL.

EL POLICÍA DEL REY.

v.

El hombre perverso mueve pleitos; y
el hablador pone division entre los
principes.

(LOS PROVERBIOS.)

—Señor, dijo Sisebuto, que así se llamaba el servidor. ¡Qué hora de acostarse! No lo digo por mí, que aunque vestido, he dormido como un liron en los bancos de vuestra antesala. Y aunque la madrugada es fria en este demonio de país, aunque sea verano, al cabo ya dormí lo principal de la noche. ¡Pero vuestra alteza! ¡Tanto trabajar para los negocios del Estado! Es menester descanso, treguas á tanto afan. ¿Apuesto á que habeis pasado la noche en trabajos de conversiones?

El rey sintió impaciencia, como si Sisebuto le reconviniese.

—Toma, toma este ferreruelo. Desabrocha este cinturón; díjole el rey con sequedad.

Y luego prosiguió el ayuda de cámara :

—Ese que fué obispo de Leon y de... no sé de qué otra parte; y vamos, ese que fué á Sevilla y que ha

conquistado tantos moros. Ese... ¡qué cosas tan prodigiosas dice, ó decia! Creo, señor, que os darán qué pensar. ¡Cuidado con predecir su muerte estando bueno y sano! ¡Cuidado con ofrecer su cuerpo, y morirse para cumplir su palabra! *Profeta Dei.*

—Toma esta túnica. Descalza estos borceguíes.

Sisebuto obedecia.

—¿Y crees tú en esas profecias?

—¿Cómo no he de creer en las de los santos? ¿Cómo no creer en lo que vemos y palpamos todos? ¿No ha muerto el obispo Alvito? ¿Puede dudar el más perro incrédulo? ¿Cómo creyó Santo Tomé? Viendo y tocando la llaga.

Además que ya sabe vuestra alteza mis creencias. Yo no pertenezco á estos filósofos que en vez de creer se empeñan en disputar. Lo que yo digo, señor, sí que es más sencillo creer que investigar. Así que yo lo que hago es creerlo todo, todo. *Quod non capis, quod non vides animosa firmat fides.* Bien estaríamos si pudiésemos creer lo que se nos antojase. Yo seria cruel con el que no cree. La incredulidad es hermana de la calumnia. Si señor, su hermana la calumnia, es el más horroroso pecado á mis ojos. Del uno proviene el otro. Y lo pruebo. Allá va un silogismo.

—No es hora de que me plantees cuestiones. Dí lo que hoy has sabido, como haces diariamente, y adios.

—Pues á eso iba. Pues señor, esos incrédulos moros... trate vuestra alteza bien á los moros. Cria abrojos y te sacarán los ojos. Como no creen sino en sus maldades, se figuran tambien que vuestra alteza es ca-

paz de ser como ellos, de obrar con la misma impudicia que ellos, de...

—Pero ¿qué se ha dicho de mis actos? Esto es lo que tienes obligacion de decirme.

—Pues á eso iba, señor.

Decia que... á estas horas la imaginacion se me turba y no sé por dónde iba.

—No vayas por más camino que el de decirme qué se dice del rey.

—¡Ah! sí señor. ¡Qué se dice del rey! Pues se dice, por supuesto por un incrédulo, que vuestra alteza hoy, al ver á la princesa... Pero no quiero molestar á estas horas á mi rey y señor, con cuentos de alarbes. Son mentiras, calumnias, hijas de la poca fe, en la virtud de un rey cristiano.

—Adelante Sisebuto. Siempre te enmarañas en un bosque de ideas, ó mejor dicho de palabras.

—Pero ya se ve, como ellos no creen en la virtud ni en la castidad, calumnian con sus malicias. Por eso digo que de la incredulidad, se pasa naturalmente á la calumnia.

El rey habia ya entrado en curiosidad, y le dijo:

—Habla Sisebuto sin cuidado. Los reyes que ignoran las quejas de sus pueblos, no saben gobernarlos. Las justas observaciones me agradan, y desecho sin enfado la necedad, y despierto mi cuidado á la malicia. ¿Qué se dice?

—Pues señor, se dice, pero esta no es voz del pueblo, sino de un hablador sin fe, ni creencia buena. Se dice, ó más bien dijo un alarbe muy protegido por vuestra alteza por cierto: y á propósito de proteccion.

—Adelante, adelante, dijo el rey con viveza. ¿Qué se dice? te pregunto, y á esto, á contestar á esto te concretas.

—Pues á eso iba, señor.

—Es que por esos caminos con tantas malezas de digresiones, no llegarás nunca á adelante.

—Pues señor, como teneis tanta viveza, y esa voz tan fuerte, y mi respeto... en fin, se me ha olvidado lo que iba á decir. Si vuestra alteza me permite que reflexione un poco....

—Decias, dijo el rey con tono de muy marcada calma. Decias que murmuraban de mi persona respecto á la....

—Ya, ya, ya, dijo Sisebuto con prontitud. Ya recuerdo. Pero si nadie lo cree, ni de la princesa ni de vuestra alteza.

El rey impaciente le dijo: vamos explícate, concluye, y marcha.

—Pues á eso iba señor, es ya de día y necesitaba vuestra alteza descanso. Pues decia que... esos moros eran los que decian, yo no. ¿Cómo me habia yo de atrever á murmurar de mi rey, de mi señor, ni de la princesa que se conoce que es una santa, cuando señor, hace unas horas que vino? Bien que en el momento de llegar murmuraron. ¡Y que hermosa es! ¡Que caritativa! ¡Qué!... Vaya no he visto una mora más cristiana,

—Pero, ¿qué se dice, qué se dice? Dijo ya el rey sobrado impaciente.

—Pues á eso iba, señor.

—¿Qué tienen que ver moras, ni cristianas con las murmuraciones contra mi persona?

—Eso digo yo. Pero ya se ve. Esos morazos sin fe, que no agradecen los favores de vuestra alteza, son capaces como lo han sido, de inventar calumnias.

—Quiero oir esas calumnias, y que no dilates más la explicacion. Al caso, al caso.

—A eso iba, señor. Si descais saberlo todo, voy á explicar cómo sucedió el caso.

Pues señor. Yo habia compuesto mi romance, un precioso romance para festejar á la princesa mora cuando llegase á palacio, si vuestra alteza me lo permitia, por supuesto. Hice una obra digna de los mejores tiempos de Atenas. Un romance tan sentido, tan histórico; no es por alabanza; pero ¿qué tiene que ver el romance de Abdelrrahaman que empieza?

Tú tambien insigne palma
eres aquí forastera.

—Adelante, adelante, dijo el rey.

—Bien, adelante. ¿Qué tienen que ver estos versos con los mios tan sonoros que empiezan?

Ballo á la nada en manzanar aurífero
Moyer nodrida en ligde de orto Deis.

—Son muy buenos versos; pero ahora los suprimes.

—¡Buenos! ¡y tan buenos! Como que son un remedo del gran Virgilio, cuando dice....

—Tampoco nos hace falta Virgilio. Al cuento y nada más.

—Pues á eso iba. Yo leí mis poesías á todos mis amigos. Muchos tambien que no lo son escucharon deleitados mi obra. Y muchos enemigos que tambien escucharon, fingieron que mordian los labios de risa; pero era de envidia, señor. Porque la envidia dice

San..... no recuerdo qué santo. La envidia es el demonio que pisa las plantas á la gloria.....

El rey tomó el partido de acostarse una vez desnudo, aunque no sentia el frio de la madrugada.

Sisebuto continuó :

— Yo leia mi poesía sin cuidarme de nadie, sin poseido de mi obra, de sus bellezas. Porque este es el poeta de mi clase, de mi entendimiento, del verdadero mérito. El poeta debe ser amante de su mismo talento.

Yo leia con un entusiasmo y una entonacion dignos de un Virgilio. Las lágrimas casi se me agolpaban. La voz se me anudaba al verme yo mismo crear imágenes de la sublimidad de Horacio, cuando digo.....

— Sisebuto; dijo el rey con un tono del cual era imposible desentenderse ni abusar. En tres frases me contestas, qué y quién, y adónde se ha murmurado del rey.

El hablador hallóse cortado con el tono que dió D. Fernando á sus palabras, tan terminante. Duda un momento, teme, y responde al fin á manera de Alejandro:

— Que ama á la princesa. Almanzor. En palacio.

— Vete; le dijo el rey.

Sisebuto salió murmurando y diciendo: son unos ignorantes los reyes de ahora. No entienden jota de poesia.

El rey se durmió pensando. Ese osado moro ha comprendido que amo á Zoraida. En poco tiene su vida, puesto que no lo ha sabido callar.

Zoraida quedó con su hermana Zulema en la habita-

ción de descanso. Se despojó de las galas que tanto habían admirado en Búrgos. Vistió una túnica oscura, y sentándose junto á Zulema, y ambas junto á una mesa, comenzó á la luz de una lámpara de plata á leer en el libro del abad, que así le llamaban las dos á la santa Biblia.

Abrióle Zoraida y leyó estos versículos de los salmos que dicen: *Tú eres Señor el refugio de mi tribulacion. Tú mi alegría. Sepárame de en medio de las penas que me rodean.*

Yo, dijiste, te daré conocimiento, y te enseñaré el camino por donde has de ir, no apartando mis ojos de tí.

Vosotros pecadores, no sigais vuestros apetitos como el irracional, porque el Señor sabe poner un duro freno á los que se apartan y sacuden el yugo de sus mandatos.

Los pecadores sufrirán el castigo de la divina justicia, y los que esperan en el Señor, alcanzarán misericordia.

Alegraos justos en él, y gloriaos los que teneis un corazón recto.

Zoraida habló unos momentos con su hermana de las bellezas de la lectura sagrada, y se retiró despues de su oracion, dándola muy sencillas y piadosas lecciones de rectitud y caridad.

Pasó la noche tranquila.

CAPITULO XCI.

EL COMEDOR DE PALACIO.

Mas la reina con motivo de lo que habia acontecido al rey y á sus cortesanos, entró en la sala del banquete, y dijo ella : ¡oh rey! vive para siempre: no te conturben tus pensamientos ni se altere tu semblante.

(DANIEL)

El banquete de palacio fué al otro dia todo lo espléndido que permitian las circunstancias de la casa de doña Sancha, huérfana de Leon, de un reino dividido y despedazado, y de D. Fernando, á quien el orgullo de don Sancho el mayor y el suyo, dieron el nombre de reino á un condado, cuya pingüe herencia era el cuidado de mandar.

Esta casa era una parte de los Estados del rey don Sancho, en la cual no residia. D.^a Sancha habia recibido en dote de sus hermanos que, con grave disgusto, hicieron un enlace que desmembraba sus posesiones.

Sólo las madres llenan de alhajas los cofres de las desposadas, y las casas de menajes domésticos.

Las guerras de conquistas habian sangrado á los pueblos, agotado las arcas públicas y los bienes especiales de los reyes, sin haber todavía gozado las adqui-

siciones de la guerra, en las economías y orden de la paz.

El espíritu de la época, que era el espíritu de su necesidad, mandaba emplear todas las fuerzas sociales, de los tres poderes del pueblo, la nobleza y el rey, en levantar la iglesia, poder fuerte contra todo poder. Las abadias, monasterios, y templos, llevaban en sus erecciones ó mejoras, todo lo pingüe de los Estados.

D. Fernando repartió en dotes á sus hijas, cuando más tarde fuéron al matrimonio, con las rentas varios monasterios y abadias, riquezas activas en aquellos tiempos.

Pero el lujo de los palacios, más que abandonado, estaba desconocido. Desde el rey de Covadonga hasta este hábil político y valiente guerrero, y afortunado conquistador, en medio de los reinos estrechos y combatidos, los asilos régios eran fuertes ó ruínas, segun eran vencedores ó vencidos.

Sólo la arquitectura prodigaba su lujo y su magnificencia, y elevaba atlantes de piedras preciosamente labradas, en los soberbios templos. Estos eran los fuertes, los alcázares, los palacios. El clero era la agricultura, el comercio, las rentas del Estado, el arma de la guerra, los estatutos en la paz, el orden, las artes, el espíritu de la industria, las letras. Era el Estado. Por consecuencia era el poder. Era el pueblo: por consecuencia era la riqueza.

Algun obispo y algun abad, prestó á la pobre reina sus vajillas, para que no se avergonzase de la deslucida hospedería que ofrecieran los reyes poderosos de Castilla á la princesa del palacio encantador de Toledo.

Vasos de oro tallados , jarrones de plata labrados en Grecia , escudillas macizas de los botines de Cártama , resucitaron sus historias seculares sobre la mesa del palacio de Castilla.

Pero lo macizo de unas piezas del gusto de las provincias romanas , contrastando con la esbeltez de las griegas , la desarmonía en los tamaños y en las figuras , las suculencias de las carnes humentes , la abundancia unida á las faltas de los servidores , poco avezados á tales fiestas , hacia un conjunto tan pesado , tan inarmónico y tan poco risueño , que más parecia banquete de gastrónomos , que ceremonia consagrada al lujo y á la ostentacion del buen gusto.

El edificio activo con su bóveda de piedras perfectamente enlazadas , pero sin pinturas ni barnices , la tapicería de sedas de gruesos tejidos , los primorosos bordados que decoraban aquellas telas de dibujos incorrectos y colorines ingratos , las ventanas altas , ojivas y cerradas con vidrios de colores , hacian del salon un monumento grave.

Grecia , cuyos modelos fuéron por el mundo enseñando las artes plásticas , detuvieron su comercio de sabiduría en las religiones góticas y musulmanas. Ambas necesitaban destruir aquellas artes para entronizar sus religiones unieráticas , con la extincion del paganismo se destruyeron en España las maravillosas artes de Atenas.

La pintura y la escultura eran bárbaras en aquellos tiempos. Así que el comedor del palacio de D. Fernando , decorado con tablas pintadas , de dibujos duros , recortados , incorrectos , y manchados de colorines y oro , daban al salon un aspecto sombrío.

Sin embargo, en todo aquel conjunto habia una especie de semblante artístico tan grave, que á la jóven que desconocia las bellezas del dibujo natural, le pareció un compendio de magnificencia.

Más complacida aún se manifestó cuando por el rey se fuéron designando los altos personajes que rodearon la mesa.

Eran los altos prelados de Cardeña y Cluni, de Oca y Búrgos; D. Diego Lainez y sus hijos; el poeta latino Villegas; los historiadores Bertoldo y Lamberto; el expositor Butimio Lesmes, que más tarde fué reconocido santo; Armengol, obispo de Urgel, García de Arlanza; en fin, la corte del rey de Castilla, á la aurora de la paz, reunia, en la órbita de su astro el rey D. Fernando, todo lo más escogido en ciencias, poder, valor y santidad, no sólo de los reinos, sino hasta de reinos lueños y extraños.

Los príncipes y los jóvenes de la grandeza, vestian cotas de seda, fingiendo mallas aceradas ó lorigas, fingiendo escamas plateadas, de dibujos bordados, y de pasadas de hilos argentinos.

El rey vestia túnica corta, manto pequeño color de grana, zaragüelles y borceguíes, y por todo adorno una cruz de Santiago en el pecho bordada sobre la túnica y una diadema de oro sujetando la espesa cabellera.

La reina llevaba falda de tisú blanco con flores rojas, gaban sin mangas y dejando ver las del justillo interior, que eran iguales á la tela de las faldas. Manto como el del rey y gorro de seda bordado con algunas perlas que tambien la adornaban brazos y cuello.

Zoraida se presenta con traje de seda blanco, sujeto

á la cintura con un cordon de oro. Un velo blanco tambien y salpicado con pequeñas puntas color de rosa, y este velo caido á la espalda. Los cabellos recógidos á manera de la reina, y la cruz de granates que recibió del abad de Cardaña, es la única joya que se asienta sobre su pecho.

Su nodriza y Zulema la acompañan hasta la entrada desde la habitacion, recargadas de lujo asiático.

Zoraida al presentarse produjo una emocion de viva sorpresa.

La reina se apresuró á recibirla. El rey seguia á su esposa con ademan y gesto imperturbable.

El abad de Lormano que acababa de llegar de su largo viaje, observó que los labios del rey al verla, habían palidecido.

Tambien D.^a Sancha notó esta mudanza; pero decidida á conjurar con su prudencia todas las tempestades pasadas, procuró no alterar ni su semblante, ni variar sus expresiones de afecto con la inocente princesa.

La reina se sintió satisfecha de su lujo.

D. Fernando comparó el fantástico aparato de los palacios árabes, con el lúgubre fausto de los góticos.

Al rey guerrero le bastó unos lienzos para guarecerse de las flechas y de las tempestades. Al rey amante no le bastaba quizá el lujo de todos los imperios para recibir á una sola mujer.

La comida fué animada. Los ojos de los seglares no se apartaron de la extranjera. Sólo los prelados estóicos á toda sensacion mundana, absortos en sus ambiciones de conquistas por el reino de Cristo, pensaban en engrandecerle con la adquisicion de la nueva catecúmena.

A otro día hubo bailes por las calles. Los seminarios de los monasterios, fuéron teatro de juegos y se quebrantó algun tanto la austera disciplina, dando suelta á los estudiantes para que pudiesen disfrutar de la fiesta pública.

La numerosa comitiva de la princesa, que pasaba de quinientos caballos y se ignora el numeroso séquito de á pié, deslumbraba con sus pedrerías y sus jaiques de colores, y sus turbantes variados. Los reyes, la grandeza castellana y el pueblo curioso que sigue tras de tanta novedad y aparato, llenaba las calles de Búrgos.

El rey solia llevar un caballo indómito, que vomitaba espuma al sufrir la presión de la dura mano que le enfrenaba.

La reina, aunque manejando la brida con soltura, muchas veces estuvo su caballo á punto de atropellar á algunos de los del numeroso séquito que los seguia.

Zoraida llevaba dos palafreneros que cuidaban de no atropellar á los infinitos que rodeaban su cabalgadura para saciar su justa curiosidad.

Las turbas de chicos desarropados corrian detrás é ingiriéndose entre la bulla y gritaban: ¡Viva la mora cristiana! Infinidad de voces atipladas respondian: ¡Viva!

¡Cuántos prodigios se contaron en estos días y al compás del uso de las burgalesas!

Quién referia que la mora era dueña de un bolso con tantas monedas como pudieran necesitar los pobres de Búrgos: quién, que habia sido bautizada por mano de una virgen aparecida cerca de Toledo: quién, que el diablo intentó asustarla en forma de dragon para evitar que fuese cristiana: quién, que el Señor le habia exten-

dido sus brazos cuando á su entrada rezó en Santiago. En fin, el entusiasmo fué tal, que las imaginaciones burgalesas fáciles á los prodigios é impregnadas de su siempre ardiente fe, dieron lugar á todos los cuentos que no la invencion de uno, sino los progresos que lenta é involuntariamente verifica la relacion sucesiva de los hechos, hizo que los verdaderos acontecimientos se desfigurasen, y que estos sirvieran de punto de apoyo para otros mil completamente falsos.

Desdichados los que sobresaliendo del vulgo, se hacen blanco de sus miradas. Su reputacion no les pertenece, no está fundada en sus hechos. Pertenecen á los que refieren y á los que comentan. Y más fácil que el estudio de la verdad, parecen los prodigios. El vulgo los crea y los acepta, y el héroe es la víctima de las alabanzas, que exageradas llevan el ridículo, ó de los vituperios que llevan el odio.

Pasaron algunos dias visitando los preciosos templos de la ciudad y las abadías y monasterios de las próximas afueras.

Muchos cuentos aumentaba en el hogar cada una de estas salidas. Pero lo que habia de verdadero era, que la princesa repartia muchas monedas entre los pobres, y que sus modales cariñosos eran simpáticos á todos los castellanos, y que era admirada su hermosura, y respetada su modestia.

Zoraida no abandonaba las lecciones que habia recibido de su sacerdote y médico cristiano, ni las de su buen abad de Coimbra, el sábio Udalberto. Tampoco abandonaba el comunicar sus instrucciones á su amiga Zulema y á su querida Fátima. La primera recibia fá-

cilmente la lección. La segunda, por razón de su edad, estaba tan apegada á sus hábitos, que sólo el amor de Zoraida y el imperio que sobre la razón ejercen las verdades cristianas, hubieran podido dominar su flaca razón.

Debemos creer que no el lenguaje en que expresaba sus oraciones, sino el espíritu que las guiaba, sería escuchado.

—¡Mahoma de los cristianos! decía: salva á mi Zulema y á mi Zoraida de todo peligro. Llévanos á tu gloria si es mejor que la de los buenos creyentes. Así lo espero, porque creo que es más pacífica que la nuestra, y á mi edad ya no se desea volver á los laberintos de la juventud. Es cierto que es magnífico el banquete de la gloria de los buenos musulmanes; pero más quiero el sosiego eterno, que el bullicio de aquella mesa perpétua y sin fin. No quiero separarme de mis hijas; y aquí me teneis, Profeta de los cristianos, para que nos unais en el paraíso.

El gran Alá sea para siempre ensalzado y vencedor.

Un rico musulman llamado Abdalá, que por encargo secreto de Almenon venia á la custodia de Zoraida, halló á Almanzor, esclavo en Castilla, el amigo más íntimo de la corte sevillana, á cuya nobleza pertenecía Abdalá. Viniendo este á la de Toledo con el objeto de instruirse en su viaje, halló motivo en el de Zoraida para extender sus conocimientos así como el estudio de las leyes y costumbres de la alta Castilla.

D. Fernando, con pretexto de no deshacerse de un cautivo que decía de importancia política, daba prision en su mismo palacio al esclavo Almanzor.

Abdalá, desde que reconoció á su antiguo amigo, le visitaba en todos los momentos en que no dispensaba á la princesa sus voluntarios servicios.

CAPITULO XLII.

EL DÓMINE.

No hablarás mal de los dioses, ni mal-
decrás al príncipe de tu pueblo.

(EL ÉXODO.)

El rey hablaba con Sisebuto en una de las noches de fiestas en la ciudad.

Sisebuto, cuando fué llamado, se figuró que el rey queria conocer su obra. Para no encontrarse desprevenido, guardó en el bolsillo el pergamino que contenia su obra poética, cuyas letras góticas perfectamente dibujadas, se asemejaban á calles de pequeños edificios. Su firma era un telar y unos rollos de lienzo.

El rey, como debe creerse, no tuvo exigencia ninguna respecto á la tal composicion.

Le dijo : Mañana, con cualquier pretexto, cambia de habitacion al moro Almanzor. Le llevas adonde suelen alojarse los enviados de los reyes que quiero hospedar en mi palacio. En el cuarto inmediato hay un nicho. En el nicho una puerta delgada que por la otra parte, por el cuarto de embajadores, es un armario. Cuando su amigo el moro Abdalá, que viene á visitarle todos los dias, entre, te colocas en el nicho, escuchas, y no pierdas ni cambies palabras.

— Bien, señor, contestó Sisebuto. Apuntaré en este rollo cuanto hablen para no equivocarme.

— ¡Ah! En este no puede ser, añadió con fingida sorpresa; porque este es el magnífico romance que escribí para la princesa. Esta es mi obra poética, que sin duda pasará á la posteridad.

El rey le despidió, sin cuidarse de las glorias póstumas de su sapiente dómine.

Sisebuto salió más enfadado que nunca de su rey y señor, diciendo:

— Un rey que no aprecie las letras, no puede ni sabe gobernar bien su reino.

Estos reyezuelos no saben más que pelear y tener en una eterna revolucion su país. ¡Necios! Se figuran que con las armas y la Iglesia han cumplido con el mundo y con Dios. No señor. Es un crasísimo error. Las armas, Sr. D. Fernando; los soldados, señor rey de Castilla, son un enjambre de lobos que devoran el rebaño del vecino como el de su tierra. Y la Iglesia tan mimada, tan protegida, tan ensalzada, tan enriquecida, tan... tan..., en fin, tan... quiero decir, que todo lo gobierna, es... es un... es una serpiente que se enrosca por el mundo, y que con sus silbidos atrae á su boca los rebaños.

Sisebuto quedó muy satisfecho de su imagen; pero volvió los ojos en rededor, temiendo que le hubiesen adivinado el pensamiento.

Continuó charlando para sí, atravesando corredores, hasta llegar á su cuarto.

Allí, aunque á solas, con voz más alta continúa:

— ¿Quién dió aquellos siete sábios á la nacion me-

jor gobernada y más floreciente del mundo? Las letras. ¿Por dónde empiezan las sabidurías de los más grandes pueblos? Por los poetas. Por los romances se saben los hechos. Vienen los cronicones, los recogen y se archivan en los monasterios, que son los arcópagos de nuestros tiempos. En los romances se refieren las costumbres, se introducen los sábios consejos. Vienen después los filósofos, y aquellas máximas en compendio, las recogen, las estudian y hacen los grandes libros. De aquí se enseña á gobernar y temer á Dios; y en fin, todo lo bueno y provechoso, sale del romance. No, no. No te auguro un gran reinado, fátuo emperador don Fernando I. No proteges la poesía; mal camino llevas.

¡Mire! ¡Convertir en un chismoso al autor de la poesía más selecta de su época! ¡Chismosas las letras! ¡Las letras! ¿Se verá eso algun día?

En esto entraba en su cuarto. Una tabla sujeta con un cordón de seda y una cuerda, y amarrada á unas argollas que estaban clavadas en la pared, era su mesa. Sobre ella se encontraban muchos pergaminos borroneados con los versos á Zoraida. Ya en este se halla pintada una media luna, en señal de la ley que profesa la heroína cantada. Ya una cruz, símbolo de conversión. Ya las armas de Castilla, trofeo de la ciudad que la recibía; ya, en fin, la fachada de San Lorenzo, como catedral de la metrópoli de las iglesias cristianas.

Pero todo ejecutado pésimamente, aunque muy á la satisfacción de Sisebuto.

—¿Para qué? dijo tirándose en un sitio que tenía su banquillo delante para poner los piés, unido á la pieza principal. Pero el forro del asiento todo despeda-

zado, aunque de seda de primera calidad en su tiempo, indicaba que *in illo tempore* habia pertenecido á persona más principal; ¿para qué estudié tanta ciencia y sabiduría? ¿Por qué me devané los sesos en el aula? ¿Por qué sufrí tantos coscorriones de los malhadados nudillos del reverendo padre Simon? ¿Para verme hoy postergado ante el más ignorante soldado?

¡Ah! Ya te pesará, amado discípulo mio. Por supuesto, no debí esperar menos de tí. No tenias un rabo de memoria. Te aseguro, que si en vez de ser hijo de un Sancho el Mayor, eres de un Sancho menor, te trasladado bonitamente los coscorriones del padre Simon.

Verdad que hablas correctamente las lenguas; verdad que ayer mismo escribiste en buen latin las escrituras de donacion al monasterio de Cardena, y las del obispo D. Gomez y sus sobrinos; pero esto no es cuenta para un dómine. ¿Sabias las lecciones al pié de la letra? No. Pues debiste sufrir la pena que yo sufrí, por sucesion. ¡Y qué diferencia de tí á mí! Yo siempre fuí premiado. ¿Qué medalla no fué recompensa de mi memoria? ¿Y tú? ¡Zoquete! Los premios que te colgaron ¿no fuéron debidos al poder de tu padre? ¡Ah! ¡Si hubieras sido Juan Cualquiera!

En esto sacó sus versos, y leyó con la mayor fruicion:

Ballo á la nada en manzanar aurífico,
Moyer nodrida en lignes de orto Dei,
O die die homildanza ocelus ballan
Corent ofercion de leguemos ledos
Toledana esmeralda homilde ovelia (1).

Relatando estos versos se durmió Sisebuto sobre su cama de bancos, y sus esportones de libros rociados acá y allá por el cuarto.

Al contemplar el desórden que en él reinaba, nadie hubiera conocido que aquello era una habitacion de palacio, ni que en él vivia un maestro y un mayordomo, y ayuda de cámara, y policía de un rey. Sisebuto amaba infinito á su régio discípulo; pero no podia soportar los desaíres, á lo que él creia su talento, y la herida estaba muy fresca para que no sintiese su dolor.

Mujer nacida en árboles del huerto de Dios,
Hoy día humildad sus ojos cantan:
Por tanto démosle ofrendas alegres
Esmeralda de Toledo y humilde oveja.

CAPITULO XLIII.

RESIGNACION CRISTIANA.

Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas.

(EL DEUTERONOMIO.)

Tambien la reina hablaba á aquella hora con su dama D.^a Fronilde, y esta le decia :

—¡Cuánto me alegro, señora, veros curada de vuestra dolencia ! Los celos ciegan la razon. Crean fantasmas, se ve lo que no existe, y hacen cometer injusticias y gravísimas faltas. Estais iluminada, y ya sois justa.

—Sí, Fronilde. Calumnié á esa santa en mi delirio, y siempre pido en mis oraciones perdon á Dios. No fui tan injusta respecto al rey. El la ama...

—Señora, delirais todavía. Si así fuese, no rehusaría acompañaros á las abadías, y sólo lo hace por ceder á vuestras peticiones. Cuando nos acompaña, se emplea solamente en las visitas, y parece en ellas un delegado apostólico, segun se informa de las necesidades de la disciplina y del órden de los monjes. Apenas se ocupa de la princesa. Yo me he alegrado por vos. Pero lo siento por ella.

Ha estado el rey á veces hasta desatento

—Las mujeres que como yo amamos con pasion incansable, no leemos las exterioridades, sino el fondo del corazon.

El rey palidece en su presencia , se siente turbado, balbucea al hablarla , tiembla.

No son estos celos, no. Es la conciencia clara de la situacion del rey , la que compadezco en medio de mi tormento. ¡Ojalá! Fronilde, fueran celos injustos , porque padeceria yo sola. Pero él lucha, él padece mucho, y temo de este rudo combate.

Jamás fué más solícito con su esposa que hoy. Desea santificar su pasion cumpliendo sus deberes. Pero yo que le veo padecer al prodigarme sus obsequios , me aparto con dulzura , le cuido como á un enfermo , y aunque léjos de su presencia , lloro , Fronilde, por sus males. Cuando estoy junto á él , me afano por ser complaciente, no le manifiesto la más ligera desconfianza , y rehuso sus halagos, respetando su pasion, y compadeciendo sus tormentos.

Cuando me pide perdon por alguna ligera falta , no sólo me halla fácil á concedérselo , sino á la disculpa. Cuando hablamos de la princesa, conversacion que él excusa, aunque indirectamente provoca , yo soy la que prodiga las justas alabanzas. Él entonces goza en mis palabras con un placer profundo. Pero parece que su lengua se quema al pronunciar su nombre , y calla.

Creo que me he rehabilitado á sus ojos : no para que me ame , que esto no será ya nunca...

La reina se interrumpió en esta frase, para desalo-

jar de su pecho un hondo suspiro, y siguió diciendo: sino para que un día estime mi triste sacrificio.

—Señora, si así lo creéis, haceis bien en respetar su pasión. ¡Quién sabe si ese martirio que padece le purificará! El vuestro os hace santa. El vuestro os lava de toda otra culpa. Nada hace Dios en vano. Vuestra mal dirigida pasión, os ha conducido á la caridad que merece la de vuestro esposo. Quizá os equivocais; pero no es menos por eso vuestra virtud.

Examinad bien al rey, señora. Tal vez los cuidados del gobierno, las guerras contra Sevilla, las hostilidades de sus hermanos, sean sus motivos de agitacion y alguna coincidencia tal vez....

—No, Fronilde. El rey padece un mal para él desconocido. Yo le he visto vivir un día y otro como un soldado, circuido de armas poderosas y superiores á las suyas; asediado en una fragil tienda, viendo perecer en una batalla cien triunfos adquiridos con graves trabajos, y siempre su rostro impasible y su fria sonrisa, han sido el velo de su corazon. Pero este velo ya no existe. Ahora se lee en su fondo como en un libro abierto.

Pero hoy su dolor no me irrita; sino me produce tristeza y compasion. El buen abad de Lormano, elaboró en mí esta tolerancia, esta conformidad, este valor, esta justicia, este amor sin egoismo.

Yo naufragué como flota desarbolada al huracan de una pasión, cuyo timon era mi orgullo. Pero el santo confesor me condujo á fuerza de remo al puerto de la religion consoladora, y héme, buena Fronilde, héme aquí salva. Padeceré, sí; pero no seré su verdugo. No me

amará ; pero podrá respetarme. No gozaré nunca sus caricias ; pero podré siempre consolarle.

Las pasiones locas, nos hacen atormentar al que amamos. La religion, más amorosa que todos los amores, nos manda consolar al afligido. ¿Quién debe ser más digno de esta caridad, ó más bien, en quién debemos emplearla con más placer que en aquel á quien amamos ?

Despues, Fronilde, es ella tan bella, tan piadosa, tan pura, que es imposible no disculpar al que la ame.

Yo confieso que me siento fascinada con su eco, dominada por su blanda elocuencia, humilde ante su virtud. Yo la he detenido en palacio por gozar de sus cualidades extraordinarias. Me parece un ángel que ha venido á anunciarme el lugar que destina el cielo á la inocencia y á la castidad. Ella viene á mí y reconoce por santa mi religion. Yo voy á ella y reconozco por santa su virtud.

—Señora continuad vuestro sacrificio. Santificad con esa generosa abnegacion la más difícil y útil de las penitencias. Llevad ese nudoso cordel sobre el corazon. Y aunque hoy sintais el dolor, mañana habreis sanado las llagas todas. Los trabajos voluntarios del alma, la purifican.

Descansad, orad antes de dormir y vuestro sueño será pacífico. Adios.

D.^a Fronilde salió del cuarto, diciendo :

—Dichosa señora, ¡ Qué grande será la paga que Dios prepara á su sacrificio !

La reina oró, y llena su alma de un sentimiento melancólico, pero sublime, pudo dormir tranquila.